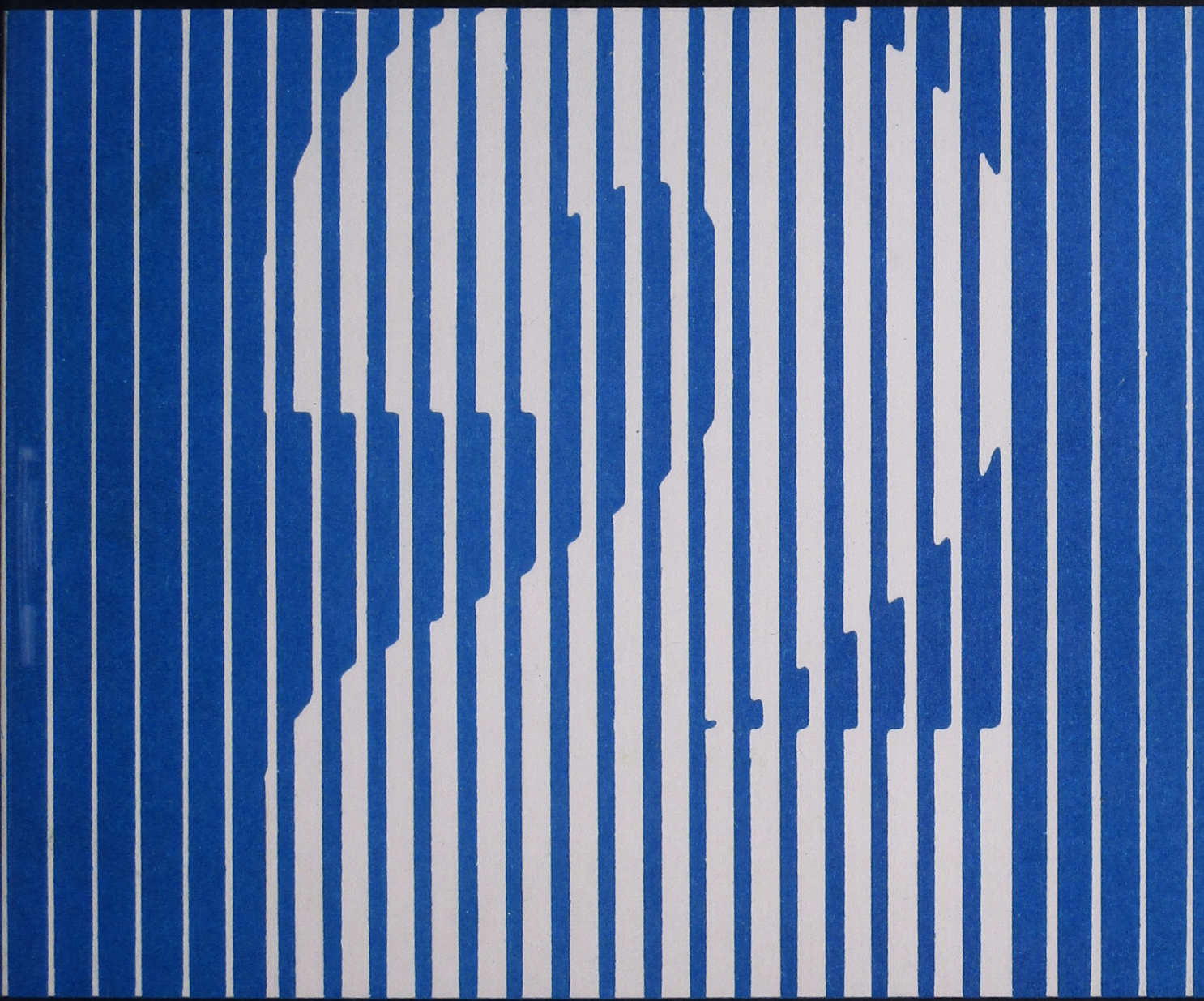


Cuadernos del Sur

- 
- CRISTINA LAURELL** • Crisis y Salud en América Latina
JAIME OSORIO • Chile: Estado y Dominación
JOHN HUMPHREY • La Fábrica Moderna en Brasil
CARLOS ABALO • Notas Sobre la Economía Argentina
Durante la Crisis de los Años Ochenta
PEDRO VUSKOVIC • A Propósito de Raúl Sendic

Cuadernos del Sur

Número 2



Abril-Junio de 1985

Tierra  fuego
del

CONSEJO EDITORIAL

Argentina: *Eduardo Basz / Eduardo Lucita /
Roque Pedace / Alberto J. Pla / Carlos Suárez*

México: *Alejandro Dabat / Alberto Di Franco /
Adolfo Gilly / José María Iglesias (editor)*

Italia: *Guillermo Almeyra*

Brasil: *Enrique Anda*

El Comité Editorial está constituido por los miembros
del Consejo Editorial residentes en Argentina.

Publicado por © *Editorial Tierra del Fuego*

Número 2

Argentina, abril de 1985

Toda correspondencia deberá dirigirse a:

En Argentina:

Casilla de Correos No. 167, 6-B, C.P. 1406
Buenos Aires - Argentina

En México:

EDITORIAL TIERRA DEL FUEGO

Nebraska 43-402

México-03810-D.F.

INDICE

ALBERTO SPAGNOLO • Argentina: la transición y sus problemas	5
CARLOS ABALO • Notas sobre la economía argentina durante la crisis de los años ochenta	15
PEDRO VUSKOVIC • A propósito de Raúl Sendic	27
JOSE MIGUEL CANDIA • Argentina: proceso militar y clase obrera	35
JOHN HUMPHREY • La fábrica moderna en Brasil	47
JAIME OSORIO • Chile: Estado y dominación	73
CRISTINA LAURELL • Crisis y salud en América Latina	101
MICHEL LEQUENNE • Arte, historia y sociedad	127

CUADERNOS DEL SUR responde a un acuerdo entre personas, las que integran el Consejo Editorial. La revista es ajena a toda organización. La pertenencia, actual o futura, de cualesquiera de sus integrantes a partidos o agrupamientos políticos sólo afecta a éstos de modo individual; no compromete a la revista ni ésta interfiere en tales decisiones de sus redactores.

CUADERNOS DEL SUR es un órgano de análisis y de debate; no se propone, ni ahora ni en el futuro, ser un organizador político ni promover reagrupamientos programáticos.

El Consejo asume la responsabilidad del contenido de la revista, pero deslinda toda responsabilidad intelectual en lo que atañe a los textos firmados, que corren por exclusiva cuenta de sus autores, cuyas particulares ideas no son sometidas a otro requisito que el de la consistencia expositiva. El material de la revista puede ser reproducido si se cita la fuente y se añade la gentileza de comunicárnoslo. Las colaboraciones espontáneas serán respondidas y, en la medida de nuestras posibilidades, atendidas.

Argentina: La transición y sus problemas

Alberto Spagnolo

(La historia) es similar a cada vida individual, tan ligera como ella, intolerablemente leve, ligera como una pluma, como polvo que gira en el viento, como cualquier cosa que ya no existirá mañana. (M. Kundera, *The unbearable lightness of being*, Harper and Row, 1984).

1. Lo genérico y lo particular

Esta afirmación de Kundera* quizás sea el núcleo de esperanza que todo argentino lleva dentro de sí, azorado por cierta tozudez de los acontecimientos. Son tantas las veces y tan similares las circunstancias que se podría intentar la formulación de una *teoría de la transición*. Se trata de un ciclo político rutinario: desgaste civil, golpe militar, descomposición del núcleo dictatorial de turno, brusca politización de la sociedad, elecciones y retorno civil. Por teoría de la transición designamos el proceso económico, social y político multifacético que coloca como objetivo el ejercicio democrático, las libertades públicas y la manifestación plural y tolerante de las diferencias. Una transición a la democracia entendida como *forma*, como *mecanismo* para una gestión razonable de la pluralidad y la fragmentación.

La inminencia del acto electoral, punto culminante del desgaste, la descomposición y la búsqueda de salidas, permite trazar un cuadro descriptivo de las fuerzas. Desde el poder, la soberbia militar juega con el sueño de la "trascendencia", programa nuevas prerrogativas, intenta clausurar la posibilidad civil de revisar lo actuado, procura resguardar su capacidad interventora sobre la sociedad.

La oposición política, centrada en la actividad de los partidos tradicionales (peronismo y radicalismo) y animada por un acuerdo multipartidario que amplía el campo de las alianzas con los partidos menores, condensa las posibilidades civiles. Los partidos tradi-

* La primera versión de este trabajo se presentó en una mesa redonda sobre las transiciones democráticas en el Cono Sur, llevada a cabo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, en septiembre de 1984.

cionales vuelven a mostrar, como tantas veces, el monopolio de la cultura cívica y el señorío ejercido sobre la cultura política del conjunto de la sociedad; tantos años alejados de la experiencia estatal, sin embargo, los ha debilitado en el control sobre la cultura de los negocios. Si bien rápidamente se instalan en la escena política —punto crucial entre las oposiciones sociales y el poder estatal/militar— pesadamente se desplazan en el mundo empresario, en el ámbito de los negocios y de los programas económicos.

En la oposición social, mientras tanto, surgen vertientes y reagrupamientos que anuncian la modificación del mundo de los oficios, la alteración de las condiciones de existencia social como producto del periodo dictatorial. El rasgo común de estos aspectos novedosos, sin embargo, es la ausencia de integración plena con las expresiones políticas constituídas, la bifurcación de práctica social y práctica política, la incapacidad de los viejos partidos para expresar los nuevos rumbos en la lucha por la subsistencia y la vida. Algo más merece ser mencionado: la oposición social navega en momentos crítico-negativos, el esfuerzo de los enfrentamientos se dirige hacia la rendición de cuentas, hacia un retorno esclarecedor del pasado inmediato bajo los militares. Los encuentros intermitentes con las prácticas políticas de los grandes partidos clausuran, muchas veces, la construcción del momento positivo en la acción contestataria, la construcción de un proyecto de país. Cuando más, la revisión de lo actuado se asume como necesidad, como plataforma de algo que aún no existe y que merece ser discutido. La revisión como requisito de un nuevo proyecto social y político.

Estos rasgos genéricos de los contendientes —poder militar, oposición política y oposición social—, propios del momento previo al acto electoral y productos del periodo dictatorial tienen, en la actual transición, determinaciones que suenan a puntos culminantes en la historia contemporánea del país. Nunca antes el genocidio había sido norma, la guerra lenguaje universal y el terrorismo económico palanca transformadora de las condiciones de existencia social. Nunca tampoco, la violencia, el saqueo, la disputa por el botín y la total degradación moral habían atravesado a las Fuerzas Armadas como cuerpo social diferenciado.

Además de ello, un rasgo de especificidad de la actual transición se define a partir de su coexistencia con un largo periodo de crisis económica mundial y nacional que llevan implícitas, también, transformación, mutación, ingreso a un nuevo periodo histórico. En esta transición, corto y largo plazo, circunstancia y estructura, se mezclan en un abigarrado núcleo problemático. En torno a este as-

pecto, al menos cuatro problemas merecen ser mencionados en tanto son datos imprescindibles.

El primero de ellos se centra en lo que se conoce como segunda revolución industrial y a lo que a través de ella emerge como modificación radical de la producción real (crisis del fordismo, flexibilización de los sistemas productivos, diferenciación del consumo, aumento de los asalariados mediatos conocidos como autónomos, incrementos de productividad, nuevas economías de escala, etc.). Un segundo problema aparece con el proceso de integración capitalista creciente (zonas libres o francas, dislocamiento de los procesos productivos, acuerdos multinacionales de producción, agotamiento de la funcionalidad de las fronteras geográficas, creciente importancia de las dinámicas regionales, etc.). La modificación de las hegemonías en la economía mundial como sistema abierto y jerárquico es, sin duda, un elemento clave de la crisis; con ella se discuten hoy las nuevas formas de cohesión, los nuevos vínculos entre individuos, empresas y Estados. Por último, la síntesis de las dificultades puestas por la crisis se concentra en los cambios drásticos del sistema financiero (deuda generalizada, violencia monetaria, nuevas disciplinas y comportamientos inducidos, cortoplacismo e incobrabilidad, autonomía dineraria).

En fin, si tuviéramos que caracterizar en pocas palabras la especificidad de esta transición en Argentina escogeríamos los dos rasgos ya mencionados: momento culminante en la descomposición del país corporativo y confluencia, en él, de una modificación profunda de la dinámica capitalista que rebasa el ámbito del espacio nacional de valorización.

2. La necesidad de la política

Sabemos que la transición es amalgama de lo viejo y lo nuevo, conflicto entre los datos de un pasado que se resiste a morir y un presente que muestra posibilidades prematuras, referentes inacabados. Pero, ¿qué es lo viejo, qué elementos se constituyen en datos claves del pasado? He aquí una primera dificultad.

Lo viejo no es cronología; tampoco se reduce a experiencia reciente. Debe remitirnos, según pensamos, a nuestros *momentos constitutivos*, a las circunstancias conflictivas que determinaron los proyectos de país dominantes del escenario nacional. Los dos grandes proyectos—el del 80 del siglo pasado y el del peronismo de la década de los cuarentas—, contaron con la participación decisiva de un núcleo estatal clave, las Fuerzas Armadas. Este hilo invisible articu-

ló, a espaldas de los contendientes ocasionales, puntos importantes de unidad entre los proyectos, más allá de sus antagonismos y contradicciones. Así, desde el deben explicarse fenómenos tales como la militarización de la sociedad, la fusión Fuerzas Armadas-proyecto industrial, la jerarquía y la prepotencia en los vínculos sociales cotidianos, la debilidad de las instituciones políticas. Sobre todo, y no es un elemento intrascendente, es posible explicar la ideología de la Argentina Potencia que, manifiesto de suficiencia nacional en el proyecto del 80 fue consigna cohesionadora del retorno peronista en 1973. Nada quedó al margen de la presencia militar; nuestra propia historia fue contada siempre como gesta heroica de uniformados. La misma izquierda soñó siempre con la existencia salvadora de fracciones militares nacionalistas o patrióticas, o bien concibió múltiples modos para una convergencia cívico-militar revolucionaria. No es sólo torpeza política la del Partido Comunista Argentino que declaraba, por boca de Athos Fava, que "Un convenio nacional democrático permitirá superar el escollo de los condicionamientos que se mantienen, como el problema de los desaparecidos, al que sólo un acuerdo democrático de civiles y militares puede dar una solución esclarecedora" (semanario *HOY*, 10 de enero de 1981). Otras respuestas populares de diferente signo no quedaron al margen de escalas valorativas que resultaban de la presencia militar. Es como para ponerse a pensar si la estructura jerárquica y la asimilación de las responsabilidades políticas con los grados militares, típica de los Montoneros, no son expresión de la imposibilidad que nuestra sociedad tiene para liberarse de sus momentos constitutivos. Aún más, el desliz corporativo y gremial del "clasismo", siendo expresión progresiva de sectores importantes de la clase obrera, ponía al desnudo el mismo conflicto. En síntesis, una sociedad presa de su circunstancia vital originaria, un Estado sometido permanentemente al asalto de las corporaciones, partidos políticos sin fuerza para disolver el impulso corporativo de la política, respuestas populares que internalizaban rápidamente la jerarquía, el autoritarismo y la prepotencia como formas orgánicas.

La corporación militar creó sujetos a su imagen y semejanza, expandió las posibilidades para otros nudos corporativos. Destacan, sin duda, la Iglesia y la burocracia sindical. Para nadie es sorpresa el aval de sectores de la jerarquía eclesiástica a la represión y la tortura o la proximidad de ciertas cúpulas sindicales con el poder militar. Un ejemplo notable de estos acercamientos lo proporciona Hermínio Iglesias, candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires por el partido peronista en las últimas elecciones, que hasta último

momento propagandizó sus simpatías por Monseñor Plaza y aceptó sus vínculos con los sectores más represivos de las Fuerzas Armadas. Otrá muestra, las declaraciones del cura Von Wenich, confesor del general Camps, jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires y conocido secuestrador de militantes populares que asumió, antes de las elecciones e inmediatamente después de ellas, una actitud francamente provocativa y desafiante ante las autoridades electas y el pueblo mismo.

Pues bien, este pasado, el de los feudos corporativos, es el que se resiste a morir; está claro, asimismo, que no habrá transición posible mientras subsistan las corporaciones y su peso social y político; no habrá democracia mientras estos actores permanezcan al acecho de la política, mientras la sigan transformando en interés gremial inmediato, en pretensión de poder corporativo. Este pasado se resiste a morir; la soberbia militar niega la posibilidad de juzgar a los responsables de la tragedia argentina reciente, rechazando el informe de la Comisión Nacional de la Desaparición de Personas, en abierto desacato a las instrucciones dadas por el propio presidente de la república. Abierto desafío a la sociedad, al gobierno y a la naciente democracia. La iniciativa del gobierno para propiciar elecciones libres en los sindicatos terminó en la renuncia del entonces ministro de Trabajo —primera deserción del equipo de Alfonsín— y en el fracaso de la salida propuesta. Frente al debate parlamentario sobre el divorcio, la Iglesia afirmaba que no estaba de acuerdo con referendun alguno ya que tal problema dependía de la voluntad divina y no de la voluntad de los hombres. Los tres frentes corporativos más importantes, que no los únicos, realizan un repliegue ordenado y organizan el contra-ataque.

Lo difícil de la circunstancia se complica por la falta de firmeza y decisión política en el gobierno. El voto por Alfonsín puso en evidencia la demanda social por una posibilidad más civil, laica, igualitaria, política y republicana. Ciertamente es también que el terrorismo estatal, la guerra perdida en las Malvinas y en general el convulsionado panorama argentino de los últimos años, marcó a fuego el voto de las capas medias que buscaban tranquilidad, paz y trabajo. Este rasgo contradictorio entre el conservadurismo y la posibilidad política de modificar la situación prevaleciente, ha reaparecido con fuerza en la operatividad política del gobierno. A ello se suma la disputa dentro del mismo Partido Radical carente, por momentos, de una homogeneidad política precisa. A la contraofensiva corporativa se opone, muchas veces, una voluntad política débil, preocupada sólo por durar el periodo constitucional y dedicada a la administración de

una crisis frente a la cual pretende adoptar dinámicas autónomas. Existen, sin embargo, síntomas de una modernización de la política que manifiestan audacia por parte del oficialismo y reiteración de la caducidad o, al menos, de la crisis de ciertos valores y caudillajes aglutinantes. El Beagle, por ejemplo, evidenció iniciativa gubernamental ante una oposición que siguió haciendo uso de un discurso patrioterista, guerrillerista y carente de proyección internacional. La misma propuesta "movimientista" permite apreciar una estrategia de ocupación de territorios políticos por parte del radicalismo que consolida su imagen y le permite absorber el amplio espectro de las "políticas posibles"

Este punto nos indica que la transición atraviesa por momentos decisivos. Lo que comenzó a sonar como la posibilidad de fragmentación o atomización del país no es una idea descabellada, es posibilidad real. Dicho en otros términos, la transición puede agotar sus efectos y sus objetivos ante un gobierno que, sin continuidad en la decisión política y con escasa fuerza para garantizarla, asista impotente a pugnas sociales incontrolables (armadas o no). Otros factores contribuyen, en gran medida, a fortalecer esta perspectiva. Destacan, entre ellos, la crisis profunda de los partidos políticos —peronismo sobre todo— y la inmovilidad creciente que la crisis específicamente económica impone. A ella dedicaremos el siguiente apartado.

3. La crisis y sus consecuencias

Un año de gobierno y aún no hay plan económico alguno. Previsiones mensuales en un intento de acomodar ciertas expectativas de los agentes se consignan como las únicas medidas asumidas por la conducción económica. La inflación se instala como núcleo de las preocupaciones en tanto fragmenta, erosiona y atomiza el tejido social. Un plan habría indicado la definición sobre quién paga la crisis y su necesario reordenamiento; es decir cualquier plan económico necesita esta definición política elemental y es esto, precisamente, lo que estuvo ausente en la evaluación oficial. Mientras tanto el creciente deterioro de la situación económica no puede sino ser interpretado como la posibilidad económica de la ruptura del tejido social. No hay símbolos mercantiles cohesionadores, el mercado adquiere dinámicas perversas, la producción real se debilita, la violencia monetaria llega a niveles intolerables. La nación como ámbito diferenciado de valorización; como espacio de valorización peculiar, no tiene rumbo alguno. La especulación, la guerra de precios,

el contrabando legalizado, la apertura vía sobrevaluación como apertura indiscriminada, el desmantelamiento de la estructura productiva, dominan la escena. El único capital que llega al país lo hace sólo de manera temporal y dispuesto a valorizarse en los circuitos dinerarios. El inmovilismo que la crisis impone como fenómeno objetivo, sumado a la imposibilidad material de decisiones soberanas en el ámbito dinerario socavan, rápidamente, cualquier iniciativa. Todas las disciplinas específicas del mercado mundial, de las fracciones capitalistas locales, de la deuda y la moneda, acosan al gobierno, agudizan su impotencia, atraviesan sus débiles iniciativas. No hay proyecto, no lo hubo desde un comienzo y la improvisación se paga más temprano que tarde.

El frente externo de las dificultades económicas terminó en derrota, la negativa a firmar con el FMI, las presiones renegociadoras de la deuda, terminaron en marcha atrás. Argentina quedó sola porque ni Brasil ni México acompañaron en los momentos decisivos. Tampoco aquí se podía improvisar: distanciar los problemas internos de los externos o pretender asumir negociación sin proyecto local anunciaba fracaso prematuro.

Si algún pálpito en política habría que reconocer al gobierno de Alfonsín es que identificó, al menos de manera formal, los enemigos; en el terreno económico estuvo ausente el rumbo porque no hubo identidad precisa de los contendientes. La distancia entre economía y política no hizo más que profundizarse a lo largo de estos meses; las iniciativas destinadas al juzgamiento de los militares o el impulso al proceso de normalización sindical contrastaron con el inmovilismo Radical frente a los graves problemas económicos. Sólo el enunciado general de que se protegería, a través del salario, las difíciles condiciones de existencia social de los sectores obreros y populares, de que no se daría curso a programa de austeridad alguno que afectara los niveles de ingresos. Esta buena intención, fácil es percibirlo, quedó atrapada en el reciente acuerdo firmado con el Fondo Monetario Internacional; ahora el gobierno insiste en que las medidas a tomar “no serán totalmente antipopulares”. Prebisch, mientras tanto, cuestiona los aumentos retroactivos en los salarios. El resultado, entonces, es que el inmovilismo ante la crisis, el respeto a la lógica objetiva de su funcionalidad destructora, vuelve a señalar, claramente, a los que cargarán con el costo de la misma. El conjunto de los asalariados y fracciones del capital real o productivo sin mayores vínculos con el aparato financiero correrán con la carga y con el costo de una situación que aparenta no tener salida. La protección de los ingresos de los sectores obreros y populares, argumento más político que

estrictamente económico, mostró su debilidad ni bien las disciplinas económicas pusieron las cosas en su lugar.

Mientras tanto, el esfuerzo productivo de millones de argentinos se evapora en los circuitos dinerarios. Un solo mercado de dinero, el interempresario, opera con una magnitud aproximada de 600 millones de dólares que buscan cotización superior a la existente en los circuitos dinerarios institucionales. El promedio de interés diario oscila en un 1 %, sin garantías y a cortísimo plazo. El endeudamiento, la morosidad y la incobrabilidad creciente es un fenómeno cotidiano, las quiebras siguen un curso incontenible y el país observa atónito el efecto devastador de la crisis. Mirando el pasado reciente, la pretensión de grandeza, la "Argentina Potencia", suena grotesca. El delirio corporativo de nuestra sociedad arrastró al país a un callejón sin salida.

En economía, contracara material de la posibilidad de la fragmentación, no quedan sino soluciones heroicas. Es decir, salidas que serán necesariamente drásticas pero absolutamente imprescindibles si el gobierno pretende llegar a buen término al cabo de su mandato; mucho más si el viejo compromiso latente de construir una democracia que funde definitivamente un país laico, republicano e igualitario, reaparece con algún ímpetu.

Un primer requisito es, sin duda, identificar los enemigos o, al menos, saber que la economía no es un hecho técnico; registrar también la economía como relación conflictiva entre individuos en donde no hay soluciones únicas ni lógicas exclusivas. Es posible suponer que el acoso corporativo, el acecho del pasado que se resiste a morir constituye hilos invisibles, vínculos necesarios con la economía como terreno apropiado para la desestabilización y el desgaste. El "desorden y el descontrol" se proyectan como imagen caótica a partir del descalabro económico; éste el punto de partida del "desgobierno". Habría que pensar, aquí, que el vínculo tejido entre terrorismo económico y terrorismo político durante los años de la ofensiva iniciada en el 76 se mantendrán e incluso intentarán ampliarse durante los años de retirada y acoso iniciados en diciembre de 1983.

Un segundo elemento a destacar es la absolutamente necesaria actividad de *fortalecimiento estatal* frente a las diferentes fracciones privadas del capital. El reconocimiento de las virtudes innatas de la iniciativa privada fue el eje sobre el cual se construyó el programa del 76. Quiérase o no, el resultado de todo ello se observa hoy como proceso de profundización espontáneo de la crisis; el resultado de las prédicas libertarias para el capital han dado el fruto que todos hoy conocemos: desmantelamiento, descontrol, pérdida de

soberanía en la decisión económica, circuitos dinerarios no institucionales, delitos económicos de todo tipo (delitos de “guante blanco”). La instauración de mecanismos reguladores básicos pasa hoy por el fortalecimiento real de lo público frente a lo privado.

Un tercer aspecto que suena a requisito indispensable de la transición es la politización de la economía que encierra la pregunta de quién paga la crisis y los posibles programas de austeridad. Desde otro punto de vista, deberíamos preguntarnos qué puede ofrecer la transición democrática a las amplias masas del país como distinto a la reconversión salvaje del capitalismo argentino inaugurada en 1976. Podemos imaginar que, aún cuando las medidas y los mecanismos del tránsito sean provisorios e inestables dada la complejidad de las determinaciones, respondan, sin embargo, a la protección elemental de las condiciones de vida de la mayoría de la población. Esto implica una especie de “traslado” del enfrentamiento: no sólo es contra el FMI tomado como factor disciplinario externo sino que también debe dirigirse contra aquellos que lucraron y se beneficiaron del inicio salvaje y profundamente autoritario de la reorganización necesaria del capitalismo argentino.

Hasta aquí, politizar la economía, consigna básica de los tres elementos mencionados, señala un enfrentamiento necesario entre el Estado y algunas fracciones del capital identificadas como claramente conspirativas, negadoras del control estatal sobre la situación y abiertamente beneficiadas por la dinámica económica del periodo dictatorial. No hay salida económica alguna para la transición si el Estado no se apropia del sistema financiero y no controla abiertamente las actividades generadoras de dinero mundial. En otro sentido, el Estado necesita avanzar sobre el interés y la renta de la tierra, formas del excedente social que cristalizan en sectores parasitarios, conspirativos y con intereses manifiestamente opuestos al interés general de la sociedad. Esto, igualmente, es requisito de autonomía estatal frente a otras fracciones. No habrá fortalecimiento estatal si no se consolida su autonomía financiera, si no se fortalece el capital público como organizador colectivo de las posibilidades valorizadas.

Pero lo anterior es sólo un aspecto de la necesaria politización de la economía. El otro elemento que la constituye es la movilización de los recursos productivos paralizados por la crisis, movilización que sólo será posible en la medida en que la iniciativa de producción se despliegue como iniciativa de masas y, en consecuencia, como violación de la lógica capitalista. Gestión cooperativa de las fábricas cerradas, acuerdos productivos autogestionarios que coloquen como

objetivo de la producción el valor de uso, el producto concreto como producto necesario en la cadena industrial. Estas actividades e iniciativas sólo tendrán espacio en la medida en que se instaure como preocupación social la superación del inmovilismo de la crisis y en tanto se limite la lógica de la ganancia y la eficiencia capitalista.

Politización indica, entonces, fortalecimiento real del Estado y despliegue de las iniciativas de masas; es decir, fortalecimiento de los sujetos sociales —a través de la política— que fueron relegados, atomizados y golpeados en la “refundación” capitalista del 76. En síntesis, “utilizar” la economía como mecanismo esencial de reconstrucción de un tejido social y político favorable a la transición, favorable a la democracia misma.

Una última reflexión. Decíamos antes que un requisito indispensable de este tránsito que Argentina vive es el fortalecimiento del capital público como organizador colectivo de las posibilidades valorizadoras; el capital público como organizador, también, de los espacios productivos que coloquen el valor de uso como producto necesario. Este aspecto incluye, asimismo, el problema de la integración a los movimientos productivos y circulatorios del capital mundial. Es profundamente reaccionario, hoy, pensar en el aislamiento del país, el cierre de fronteras económicas o algo parecido. Los fortalecimientos de los que hablamos —Estado e iniciativa de masas— no implican clausura de nuestro contacto con las modificaciones económicas del universo; son, según pensamos, la posibilidad para que esta integración necesaria no nos ubique como sujetos pasivos, como receptores de los desequilibrios de la economía mundial o como simples absorbedores de mercancías y dinero mundial sobrante por la crisis. Podría pensarse, por ejemplo, en que la capacidad organizadora del capital público incluyera una diferenciación de espacios valorizadores, sectores integrados plenamente al capital mundial, sectores de integración restringida y sectores protegidos. Esto es sólo una intuición que, por cierto, debería desarrollarse.

La necesidad de la política rebasa el ámbito de la disolución necesaria de las corporaciones y se instala, con toda su importancia, en el ámbito económico. La democracia como gestión de la pluralidad y las diferencias debe incluir una visión sobre los modos y las posibilidades que el pueblo tiene para ganarse la vida. En fin, la transición es unidad indisociable de economía y política, compromiso inestable entre ambas. El tiempo corre en contra de las buenas intenciones.

México, D.F., noviembre 1984

- Alberto Spaguolo. Economista argentino. Profesor de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.

Notas sobre la economía argentina durante la crisis de los años ochenta

Carlos Abalo

La integración mundial y las economías nacionales de la periferia

El sistema económico mundial actual está integrado por países capitalistas centrales de acumulación autocentrada, países de capitalismo periférico y países de economía centralmente planificada, con la mayoría de los medios de producción en manos del Estado. El mercado mundial, que es capitalista, está dominado por el capital financiero y las grandes empresas transnacionales, y el capital ha establecido un sistema de relaciones internacionales desiguales y jerarquizadas, sujetas a un centro hegemónico. En un sistema de este tipo, las economías nacionales no integradas plenamente ocasionan una pérdida de productividad en el promedio de la economía mundial. Las economías nacionales no plenamente integradas permiten un mejor nivel de vida en el espacio nacional, pero las burguesías nacionales más concentradas tienden a integrarse y subordinarse a la burguesía mundial cada vez con mayor fuerza. Las razones son varias: en primer lugar, en una economía periférica, la vinculación al comercio mundial genera rentas monopólicas de exportación que brindan un poder económico acrecentado por la disponibilidad de divisas. La burguesía industrial, que no cuenta con rentas de base agraria o minera, puede apropiarse de una parte de ellas si la industria está directamente vinculada con estas actividades o se ve favorecida con créditos preferenciales, tipos de cambio promocionales y exenciones impositivas y, además, dispone de divisas por operaciones de exportación que puede negociar en el mercado financiero. La vinculación de las industrias concentradas locales con el centro del sistema les asegura a éstas una posición monopólica en el mercado interno. Por último, a esto se agrega el sistema financiero internacional y la posibilidad de lograr ganancias adicionales en ese circuito, que pueden llegar a ser tanto o más considerables que las otras

y permiten también la difusión del capital en inversiones a lo ancho del mundo.

Con la integración, la burguesía imperialista consigue un más amplio acceso a la mano de obra barata y a una parte de las rentas agrarias y mineras. Para todos ellos, la difusión de la propiedad estatal, la intervención del Estado y la actividad de las burguesías poco concentradas significan una menor porción en el excedente mundial y un control más débil de esta compleja trama de relaciones que integran la acumulación en escala internacional, sin hablar del consiguiente menor control político y militar. De ahí que el capital financiero imperialista (propiamente financiero y de intermediación), las oligarquías nativas (constituidas por las burguesías productoras de bienes primarios, y manufactureros de exportación y el capital financiero e intermediario doméstico asociados al capital imperialista), que podríamos denominar *establishment*, formen una cerrada alianza estratégica alrededor de una política no nacionalista, de integración del país periférico con el centro imperialista. Esta alianza estratégica sólo se debilita periódicamente cuando aparecen intereses contrapuestos en la gestión de la sociedad periférica o en la relación con los centros imperialistas.

En un *sistema mundial capitalista* como el actual, un funcionamiento con alto grado de autonomía tiende a reducir el aprovechamiento de las ventajas comparativas, que, en los países periféricos, se encuentran mayoritariamente en la producción primaria.

En la Argentina, las diferencias del sistema nacional de precios con los precios internacionales tenían un punto de partida: los precios relativamente bajos para la producción agropecuaria. Estos precios bajos elevaban el poder adquisitivo de los salarios y creaban un mercado complementario para la industria, cuyos precios eran, en términos generales, más altos que los internacionales. La renta agraria no sólo se reducía por medio de los precios, sino también por vía de los impuestos y del costo relativamente alto de los insumos. Esta última circunstancia contribuía a mantener un nivel de inversiones bajo en la economía agropecuaria, remarcando el carácter extensivo de la explotación. Las consecuencias eran una producción de cereales y de carne virtualmente estancada y la imposibilidad de exportar productos manufacturados. Precisamente la exportación industrial sólo pudo conseguirse con tipos de cambio más elevados y diferenciales con respecto a los tipos de cambio de la producción primaria, con créditos subsidiados cuyo origen estaba en la renta agraria y con la reducción en los salarios que siguió a la implantación de planes de estabilización

La acumulación de capital en los países capitalistas industrializados se basa en una diferente división social del trabajo con respecto a los países subdesarrollados, que se refleja en una articulación de tal calidad entre las ramas de la producción que puede hablarse de un sistema autocentrado. En la reproducción autocentrada, el sistema capitalista nacional puede concurrir a la competencia internacional en condiciones de relativa igualdad y ello facilita la división internacional del trabajo. La acumulación autocentrada conduce a una gran homogeneidad interna.

La sustitución de importaciones en los países subdesarrollados vendría a ser una especie de giro hacia una acumulación aparentemente más autocentrada, pero forzada y limitada. En la acumulación autocentrada, los costos están dentro de las pautas imperantes en el mercado mundial. En la sustitución de importaciones, los costos presentan grandes diferencias con las pautas mundiales, y esas diferencias sólo pueden cubrirse con altas barreras arancelarias. En la acumulación autocentrada puede haber diferencias de costos entre las diversas economías nacionales, pero la estructura de la producción tiene, en casi todos los casos, posibilidades de adaptarse a la sustitución, porque existe una cierta homogeneidad de desarrollo entre el país importador y el exportador. La mayor homogeneidad existente entre ellos, que se basa en la homogeneidad interna, reduce considerablemente las diferencias de costos y las ventajas de unos pueden trasladarse a otros en la mayor parte de los productos manufacturados en lapsos no demasiado grandes y con modificaciones arancelarias, cambiarias y de crédito relativamente pequeñas. En el periodo histórico en que la mayoría de los países capitalistas centrales conformaron sus sistemas nacionales, las distancias con los países que ya habían alcanzado una amplia capacidad de competencia mundial no eran siderales*, aunque esta situación podría modificarse en el futuro inmediato, si la revolución tecnológica en marcha tiene la envergadura que parece. Si así fuera, los países capitalistas industrializados menos desarrollados quedarían en un estadio intermedio entre los periféricos y las naciones centrales más avanzadas.

La posibilidad de una verdadera integración al mercado mundial depende de la manera en que la sociedad nacional resuelve su integración interna. Cuando la integración al mercado mundial se ba-

* Ver Carlos Abalo, "Argentina: fundamentos del reordenamiento económico y premisas para una propuesta industrial" en *Argentina: políticas económicas alternativas*, CIDE, Estudios de caso, núm. 1, México, septiembre 1982.

sa en la dislocación interna, no hay desarrollo sino profundización de la fractura interna mediante la constitución de una factoría exportadora.

Este fue el caso general de la Argentina, con las siguientes características específicas. La economía exportadora no dio la tónica del mercado de trabajo, porque la industrialización sustitutiva generó una demanda de mano de obra cuya remuneración estuvo basada en la extensión del mercado interno. Dado que este proceso se consolidó con el peronismo, en el marco del debilitamiento del poder económico del *establishment*, de la aparición de una nueva burguesía industrial no ligada a los intereses tradicionales y de la emergencia de un poder sindical alentado por el Estado para establecer un nuevo equilibrio con respecto a las clases dominantes tradicionales, las escalas de remuneración fueron relativamente elevadas, sobre todo en comparación con otras economías latino-americanas y periféricas.

La acumulación homogénea restaurada

El modo de acumulación homogéneo del capitalismo periférico argentino anterior a la crisis de los años treinta fue paulatinamente sustituido por un modo de acumulación no homogéneo, contradictorio o dual.

El primero estaba fundamentado en una acumulación centralizada en la producción de carne y cereales en la pampa húmeda —que retenía una renta diferencial en escala internacional— articulada con una industria directa o indirectamente complementaria: la reproducción del sistema no generaba contradicciones insalvables dentro de las clases dominantes de la sociedad nacional ni en las relaciones jerárquicas de dependencia frente al capital imperialista, salvo en circunstancias excepcionales.

La plena vigencia de una *acumulación homogénea* significó en la Argentina la consolidación de una alianza estratégica, en la que los núcleos de la burguesía industrial concentrada tenían escaso peso y gran integración de intereses con la burguesía terrateniente y el capital bancario e intermediario.

El periodo de acumulación homogénea que culmina con la crisis de los años treinta estuvo condicionado por el funcionamiento de una economía agropecuaria competitiva. Desde los años treinta hasta 1976 se desarrolló la etapa de la acumulación compartida e inestable, marcada por una economía agropecuaria competitiva y

una economía industrial protegida. Durante los años de la crisis mundial y de la segunda guerra está planteada la dualidad de la acumulación, pero esa dualidad se aceptó en función de la crisis de la economía agropecuaria competitiva, de su requerimiento de precios sostenidos y de la necesidad de ésta de recurrir a subsidios y a la inflación. En el periodo peronista (1946-1955), la dualidad se definió a favor de la industria: el Estado desplazó la renta agraria hacia la actividad manufacturera y el mercado interno, que se financiaron no sólo con la renta agraria, sino también con recursos inflacionarios. El deterioro de la producción agropecuaria recortó el desplazamiento de la renta y la disponibilidad de divisas, y el Estado peronista debió replantear la relación entre ambos sectores, por lo que se puso en marcha un plan de estabilidad. En el periodo posperonista que se extendió de 1956 a 1976 se planteó la dualidad en forma abierta, dado que ninguno de los dos sectores pudo prevalecer definitivamente sobre el otro. El eje de la acumulación se trasladaba de uno hacia el otro, según la evolución de la balanza de pagos y el denominado "estrangulamiento externo", que expresa el conflicto en el momento en que el desplazamiento de la renta agraria a la industria manufacturera y el mercado interno extiende considerablemente la actividad de la industria y recorta los ingresos de la economía agropecuaria. En este periodo hubo un pequeño paréntesis (1973-1974) en que se trató de subordinar la acumulación agropecuaria a los intereses de la industria manufacturera y del mercado interno, de una manera más profunda que en el periodo 1946-1955, pero ese intento fracasó por la crisis del peronismo y la insistencia de una gran parte de éste de revertir dicho modelo. El golpe militar de 1976 provocó una rebaja histórica en el nivel de los salarios, de no menos de 10 puntos del PBI. En otros países de América Latina, las políticas de estabilización de los últimos años redujeron la participación de los asalariados, pero en proporciones menores. En Argentina, la reducción de los salarios sólo pudo hacerse a costa de un descomunal retroceso industrial, de una desarticulación de los circuitos productivos y de una represión particularmente intensa, en medio de una crisis continuada. El aumento de la participación de los asalariados en el ingreso nacional había sido una consecuencia de la relativa autonomía económica nacional y de la vigencia de un sistema de precios relativos diferente de los precios mundiales. Esa economía nacional con alto grado de autonomía sólo pudo subsistir mediante una elevada protección arancelaria y fuertes controles de cambio, apenas interrumpidos esporádicamente.

En 1976, la dictadura militar implantó un ordenamiento econó-

mico-social-político que terminó homogeneizando el modo de acumulación, pero no exactamente sobre los patrones tradicionales de comportamiento. Sucede que la vigencia del modo de acumulación no homogéneo había acrecentado los conflictos y las luchas por el reparto del ingreso entre las clases extremas y dentro de la burguesía. El resultado era una altísima tasa de inflación. Ese funcionamiento había dado lugar, al mismo tiempo, a una intervención del Estado que se tradujo en un déficit creciente. El capitalismo periférico argentino, basado en un modo de acumulación no homogéneo, no podía sobrevivir sin inflación y sin déficit fiscal. A diferencia de lo que sucedió con otros países de América Latina, la decadencia relativa de la Argentina se explica por la persistencia de esa situación, que se agravó con la crisis mundial. Sin embargo, la crisis internacional obró de una manera un tanto indirecta sobre la economía argentina, dado que las exportaciones de granos a la Unión Soviética más que neutralizaron la caída de la demanda en los mercados tradicionales, lo que —a su vez— permitió aumentar la producción agraria.

El golpe militar redujo los salarios y abrió la economía. El retraso del dólar, implantado en 1979 para facilitar el ingreso de capitales monetarios, demoró la crisis, pero cuando ésta se presentó fue particularmente aguda. La caída de los costos internos y el aumento del dólar agrario permitieron concentrar en la burguesía terrateniente, los productores pampeanos y las empresas transnacionales comercializadoras de granos una gran parte de la renta agraria diferencial en escala internacional, que antes se difundía parcialmente a través del Estado. Más tarde, el retraso del tipo de cambio y el endeudamiento generalizado, aunque no afectó notablemente a la pampa húmeda, facilitó la concentración de la producción en detrimento de los pequeños y medianos productores agrícolas. La rebaja arancelaria y el mantenimiento de una baja paridad para el dólar desquiciaron el aparato industrial. Asimismo, la reforma financiera de 1977 y el retraso del precio del dólar facilitaron el desarrollo de diversos mecanismos de especulación que ya se habían acelerado con el incremento de la deuda interna. En 1975, cuando se inició el profundo receso industrial, muchas empresas sortearon su difícil situación de ventas con ganancias extraoperativas provenientes de la adquisición de títulos públicos indexados con elevada rentabilidad. En lo sucesivo, la deuda pública originada en el déficit fiscal se convirtió en un mecanismo normal de ganancias privadas, y en muchos casos permitió formar o acrecentar el capital especulativo que se desarrollaría considerablemente a partir de 1977. La renta agraria y

el capital industrial encontraron en la especulación una forma de reproducción que ya no ofrecía el mercado de consumo. Por ese motivo, el pleno usufructo de las ventajas comparativas debidas a la exportación de bienes primarios favorece no sólo a la burguesía terrateniente, sino también al conjunto de la burguesía más concentrada, reduce los salarios y el mercado interno y, al integrar más a la economía nacional con la economía mundial, incrementa las posibilidades de rentabilidad del capital financiero internacional.

La evolución de la agricultura

Las únicas actividades económicas que en Argentina cuentan con ventajas comparativas internacionales son las relacionadas con la economía agropecuaria pampeana. El periodo de gran expansión del país concuerda con el desarrollo de la producción pampeana, mediante la cual la Argentina se incorporó al mercado mundial, como proveedora de materias primas para la producción de alimentos destinada al proletariado europeo y especialmente al inglés. Gran Bretaña era en ese momento el centro hegemónico del sistema capitalista, y la Argentina era un país periférico estrechamente vinculado a ese centro hegemónico con una producción complementaria.

La expansión del agro pampeano se detuvo en la crisis de los años treinta, pero poco tiempo antes, durante los veinte, prácticamente se había agotado la expansión de la frontera agropecuaria. La producción agropecuaria era predominante, expansiva y bastante primitiva, debido entre otros motivos a que el componente más importante era la producción de carne. El desarrollo de la pampa húmeda estuvo relacionado con la expansión de los ferrocarriles, del transporte marítimo y de las instalaciones portuarias. La producción de cereales y oleaginosas se triplicó desde comienzos de siglo hasta la crisis: en el periodo 1900-1905 se sembraron 5.7 millones de hectáreas de cereales y 1 millón de hectáreas de oleaginosas, lo que daba un total de 6.7 millones de hectáreas. En 1930-1935 se habían sembrado 15.7 millones de hectáreas de cereales y 3.2 millones de hectáreas de oleaginosas, lo que representaba un total de 18.9 millones de hectáreas. La producción anual de este último periodo fue de 17 millones de toneladas de cereales y de 2 millones de toneladas de oleaginosas.

El desarrollo agrícola se debió a la colonización y al arrendamiento. Los arrendatarios representaban, junto con los aparceros, el 60 % de la producción de trigo y en las explotaciones había un marcado predominio del trabajo familiar (entre los arrendatarios y los

pequeños productores), que abarcaba del 50 al 70 % de las explotaciones. Los arrendatarios pagaban una renta elevada y disponían de un bajo nivel de ingresos. La explotación de este tipo, unida a la ganadería extensiva, llevada a cabo especialmente en las estancias, daba lugar a una bajísima incorporación de mejoras a la tierra.

De 1935 a 1980 hubo un estancamiento en la superficie cosechada. Durante la crisis los precios se redujeron hasta un 50 % con relación a los años veinte, pero no cayó el volumen de la producción de cereales. Hubo una decidida intervención estatal para fijar los precios y comprar las cosechas. La segunda guerra mundial interrumpió las exportaciones de granos, pero no las de carne (las de maíz, por ejemplo, cayeron a 10 % de sus niveles normales), lo que obligó a reducir la superficie cultivada. En 1942, el gobierno apoyó a los arrendatarios para preservar la producción agrícola e impedir un gran desplazamiento hacia la ganadería. La reducción de los arrendamientos se prolongó y redujo la renta de la tierra percibida por los terratenientes. En la posguerra se mantuvo la política agraria de los años de emergencia, retrasándose el tipo de cambio y los precios, con lo cual la agricultura financió el desarrollo industrial.

Esta política favorable al desarrollo industrial, pero que no promovió cambios estructurales en la producción agropecuaria, descapitalizó al sector, que reclamaba mejores precios para adquirir maquinarias. La respuesta fue una caída de la producción y de la exportación que provocaron una sustancial modificación en la política del gobierno peronista, en el comienzo de los años cincuenta.

En el momento de iniciarse la crisis de los años treinta, la producción de granos (cereales y oleaginosas) era de alrededor de 20 millones de toneladas anuales. Esa marca se mantuvo invariable hasta la iniciación del decenio de los setenta. Durante el primer quinquenio, el máximo de producción llegó a 25.9 millones de toneladas (en la campaña 1973-1974); en las dos campañas siguientes la producción se redujo y a partir de 1976-1977 el promedio de producción se ubicó cerca de los 30 millones de toneladas, pero en la actualidad la producción está en el orden de los 40 millones de toneladas anuales.

El considerable aumento de la producción agraria no fue sólo una consecuencia de las modificaciones introducidas por la política económica por el golpe militar de 1976. En los últimos veinte años se está registrando un incremento de los rendimientos; en la producción de oleaginosas, además de los rendimientos, se expandió la superficie cosechada, y el valor de la producción agraria creció no sólo por el incremento de la producción, sino por la mayor proporción de

oleaginosas (que tienen el doble de valor unitario que los cereales).

La mecanización tiene ya una larga trayectoria en el campo argentino y su desarrollo se debió al éxodo de trabajadores hacia las ciudades en los años cuarenta y cincuenta. La mecanización tuvo nuevo impulso con el aumento de la producción en los setenta, período en que se incorporaron los tractores de gran tamaño, adecuados a las nuevas características de la producción. También la elevación de la tasa de interés aumentó la mecanización, para aprovechar los créditos oficiales a menores tasas y lograr una mejor rentabilidad.

Sin embargo, el aumento de la producción agraria en los últimos años se debe en especial a la fitotecnia y los agroquímicos. Una parte de la mayor rentabilidad debida a la aplicación de estos productos fue comercialmente apropiada por las empresas transnacionales comercializadoras que generan y difunden estas tecnologías. La acción del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en el mejoramiento de las semillas se redujo en los años de la dictadura. La mecanización y las mejoras fueron impulsadas por los créditos bancarios subsidiados.

La nueva forma de producir incrementa los costos unitarios, pero genera mayor rentabilidad por unidad de superficie, debido al aumento en los rendimientos. Para tener una idea de la magnitud del cambio en los rendimientos, puede señalarse que en los años veinte se obtenían en la pampa húmeda 2.000 kilogramos por hectárea de maíz, 30 años después se había llegado a 2.400 kilos, pero ya en la segunda mitad de los setenta se estaba trabajando con rendimientos de 4.000 a 4.400 kilos por hectárea. En comparación con Estados Unidos, el aumento de los rendimientos argentinos en trigo y maíz desde la primera mitad del decenio de los cincuenta hasta la segunda parte del decenio de los setenta fue sustancialmente inferior, salvo en soja. El aumento en los rendimientos argentinos en ese período también se sitúa por debajo del promedio mundial en trigo y por encima en maíz y soja.

Las modificaciones tecnológicas fueron impulsadas por considerables transformaciones sociales en la pampa húmeda. Por empezar, hubo una disminución del arrendamiento y un mayor desplazamiento hacia la agricultura en detrimento de la ganadería, debido a los bajos precios de la carne y a sus menores posibilidades de exportación frente a la enorme demanda de granos. En todos los casos hubo una concentración de la producción y las estancias asignan más importancia a la producción agraria. En función de estas variaciones, se produjo una especialización en las tareas de recolección, a cargo

de empresarios agrícolas dueños de tractores y cosechadoras, que surgieron a veces de los viejos arrendatarios. Los minifundistas y pequeños chacareros rentan sus parcelas a los empresarios agrícolas y el levantamiento de la cosecha y la primera fase de comercialización se simplificó por la difusión del transporte a granel, que redujo la mano de obra. Antes, los acopiadores vendían a los mayoristas y éstos a los exportadores; ahora existe una mayor integración vertical, con acopiadores que se hicieron mayoristas y viceversa, y con las transnacionales cerealeras trabajando también en el acopio.

Es cierto que hubo una transformación importante en la pampa húmeda y que la introducción de tecnología y la variación en la productividad colocan al agro más cerca de la evolución de los países desarrollados. Sin embargo, la explotación no ha perdido las características combinadas que mantienen el peso de factores que se identifican con el subdesarrollo. La producción argentina tiene bajos costos, pero la alta rentabilidad que se deduce de los bajos costos se expresa en la renta de la tierra, que en los decenios de 1940 y 1950 representaba aproximadamente de 30 a 35 % del valor de la producción, mientras que ahora se ha elevado a 40 ó 45 %. El gran peso de la burguesía terrateniente determina que esa renta quede en sus manos, debido al monopolio de la tierra, o que se transfiera parte hacia la comercialización y la incorporación de tecnología por medio de las empresas comercializadoras, lo que implica que el capital financiero internacional tiene una participación mucho más considerable en la explotación agropecuaria argentina. Además, la transformación operada en la pampa húmeda no puede explicarse sólo con la mayor incorporación de tecnología. La actitud más favorable de los grandes productores a una explotación más intensiva en capital es, en parte, una consecuencia del paulatino desplazamiento de la ganadería hacia las zonas marginales a raíz de las transformaciones operadas en el mercado mundial de carnes y de granos, pero también un resultado del doble proceso de concentración y división de las propiedades. El promedio de las explotaciones es más extenso en la actualidad, por la reducción de los arrendamientos y la desaparición de minifundios, pero también se han subdividido algunas grandes extensiones, por herencia o por compra, y ello dio lugar a una especie de *camino prusiano sui generis*, con un empresario agrícola rico más volcado a la inversión.

Sin embargo, la peculiar *prusianización* no transformó a la economía agraria pampeana en plenamente desarrollada, por la gravitación de la renta de la tierra, que en gran medida sigue sin invertirse en forma productiva. La incorporación de mecanización y

nueva tecnología se efectuó en gran medida sobre la base de créditos que contenían un subsidio implícito considerable. En el caso de los tractores, según un cálculo de Jorge F. Sábato, en 1974 ese subsidio implícito en el crédito, que no incluía el beneficio percibido por el pago diferido en la devolución del crédito ni las exenciones impositivas específicas, había ascendido a un máximo de 78 % sobre el precio nominal de la máquina *

Aunque la agricultura pampeana incorporó fertilizantes en una medida mínima, el uso de este tipo de tecnología no se puede comparar con la agricultura de los países capitalistas industrializados, que basaron en ella los grandes aumentos de productividad. Con retraso, la Argentina se apresta a incorporarlos, pero ello requerirá nuevos créditos subsidiados a los productores, para alentarlos a incrementar la producción. Es indudable que la política de expansión agropecuaria debe constituir uno de los pilares del crecimiento económico del país y seguirá siendo el principal medio de procurarse divisas, pero será necesario evaluar en qué medida deberán usarse los fertilizantes. Sucede que en los próximos años, la biotecnología provocará mayores incrementos de producción con costos mucho más bajos y sin daño ecológico. Por consiguiente, una de las cuestiones clave reside en medir la inversión estrictamente necesaria en fertilizantes en el periodo intermedio hasta la aplicación en gran escala de la ingeniería genética y volcar recursos a la investigación en esta última disciplina, para que en los años futuros la Argentina no pierda su única ventaja comparativa reconocida: la producción de granos y oleaginosas.

* Jorge F. Sábato, *La pampa pródiga.. claves de una frustración*, Editorial Cisca, Buenos Aires, 1980; Adolfo A. Coscia, *Segunda revolución agrícola de la región pampeana*, Editorial CADIA, Buenos Aires, 1983.

• Carlos Abalo, Economista argentino. Jefe de la sección de economía del Semanario *El Periodista*, Buenos Aires, Argentina.

A propósito de un texto sobre economía de Raúl Sendic

Pedro Vuskovic

La lectura de los apuntes económicos* de Raúl Sendic representó para mí una experiencia singular y una fuente motivadora de reflexiones diversas.

Supe sobre las condiciones en que los había escrito, más dramáticas de cuanto pudiera imaginarse; y por lo mismo, la avidez de la lectura no tenía que ver con cualquier intención de evaluación “técnica”, de identificación de los méritos académicos que pudiera tener o las críticas que desde ese ángulo pudiera merecer el texto mismo. No era, en mi disposición de lector, la rigurosidad de sus contenidos específicos lo que importaba sino, reconocidas las circunstancias de su origen, lo que dejaría sugerido para el presente y para la elaboración posterior de uno mismo. Una condición, por lo demás, que ojalá se la pudiera encontrar también en otros escritos económicos que —a diferencia de éstos— amparan la calificación técnica y la dedicación principal de sus autores.

Pensé que esa disposición de lectura era lo que el mismo Sendic esperaba de los lectores. Porque ha escrito sobre temas económicos debe su condición fundamental de dirigente político; y por lo mismo, muy probablemente lo ha hecho para levantar inquietudes, para reclamar otras contribuciones desde ángulos no convencionales, que sin embargo son los que importan a los pueblos aunque no sirvan a los grandes intereses privados.

He creído advertir dos rasgos muy importantes en el propósito y el contenido de estos escritos; uno, que tiene que ver con el significado

* Raúl Sendic, *Reflexiones sobre política económica. (Apuntes desde la prisión)*, Editorial Tierra del Fuego, Buenos Aires, 1984.

de ellos precisamente como manifestación de las preocupaciones económicas de un dirigente político; el otro, como expresión de una profunda convicción sobre la necesidad de extender el conocimiento económico a las masas, al hombre común. Quisiera, pues, decir algo sobre una y otra cosa.

La relación entre "lo económico" y "lo político" ha sido y sigue siendo tema de preocupación constante y frecuente controversia. En verdad, no siempre con sentido constructivo y muchas veces bajo el sesgo de las acusaciones recíprocas: la recriminación por el "mecanismo económico" en que incurrirían unos, al exagerar la determinación política de los factores económicos; o por el "voluntarismo político" de otros, al subestimar la gravitación que tendrían en las tendencias y hechos políticos los acontecimientos económicos que los influyen. De lo que no cabe duda es de que, particularmente en el mundo contemporáneo, la habilitación para comprender los procesos económicos es una necesidad insoslayable del dirigente político: y ello no sólo cuando asume responsabilidades de gobierno, en la culminación exitosa de su causa, sino también para la contribución eficaz de su participación en la lucha que busca abrir paso al triunfo de esa causa.

La necesidad es evidente en la situación presente de América Latina. Desatada la crisis económica más profunda del último medio siglo, está arrasando en su intensidad y su extensión con los propios entendimientos del desarrollo latinoamericano que habían llegado a hacerse convencionales. La perplejidad abrumba no sólo a los dirigentes políticos, sino a los mismos economistas profesionales. Las propuestas "desarrollistas" que imperaron en las décadas pasadas terminaron reconociendo fronteras aparentemente infranqueables y contribuyeron a gestar las respuestas más conservadoras o francamente reaccionarias, que en los últimos años fracasan estrepitosamente sin que surjan todavía, en su reemplazo, las nuevas propuestas de transformación social que se intuyen como las únicas capaces de abrir nuevas perspectivas de futuro.

Particularmente para la izquierda latinoamericana se ha abierto así un desafío perentorio de reinterpretación, de revisión de sus esquemas de pensamiento sobre el desarrollo de América Latina, y en consonancia con ello, de actualización y elaboración más cabal de sus propuestas. Una tarea que reclama la contribución de los economistas, pero que de ninguna manera podría ser privativa de ellos: es, en lo esencial, una tarea política, que incumbe a los dirigentes políticos. Si otros dirigentes revolucionarios del pasado reciente sintieron la necesidad de absorber una cuota de conocimiento econó-

mico para encarar nuevas responsabilidades de administración de un aparato de Estado, hoy día esa necesidad es fruto de los requerimientos de la lucha misma y los obliga al esfuerzo de autoformación para responder a ella. Sin que lo diga explícitamente así, este propósito parece surgir de cada párrafo de los escritos de Sendic, que pareciera enseñar aprendiendo él mismo en las condiciones más penosas.

La otra condición tiene que ver con el acceso a un conocimiento económico básico de los trabajadores, del hombre común, de los no economistas. Lo cual supone romper el hermetismo de un lenguaje “especializado” que pareciera buscar deliberadamente constituirse en las claves de una cofradía cerrada, de comunicación entre sus miembros y de barrera impenetrable para los extraños. Y aún más importante: supone referir el análisis económico a los problemas relevantes de la vida real, despojándolo del preciosismo de unas construcciones abstractas tan rigurosas en su lógica interna como lejanas de la realidad misma. Es decir, que los economistas escriban para el pueblo, no sólo para otros economistas; que faciliten entender la significación económica de los hechos de la vida cotidiana —el salario que se percibe, los precios que se pagan, el trabajo que se encuentra o no se encuentra, y la relación de todo ello con la economía nacional y sus relaciones económicas externas—; que ayude a todos a la comprensión de los procesos sociales en que de cualquier modo estamos todos envueltos; que contribuya a asentar las bases para el futuro de una sociedad “participativa”, también en lo económico.

Tal vez es esta omisión grave de los economistas profesionales lo que anima a Sendic. Por eso busca construir él mismo un “manual práctico de economía”, se esfuerza por simplificar, propone imágenes familiares que ayuden a entender los conceptos fundamentales. Se podrá criticar, con razones, el texto a que llega; pero no la legitimidad de la intención. La crítica a sus escritos supondrá a la vez el reconocimiento to autocrítico de no haberse siquiera propuesto encarar un compromiso similar; y además, reconociendo en ello una tarea particularmente difícil, que no cualquier economista se atrevería a emprender.

Por eso, procura no perderse en la maraña de influencias diversas que parece recibir, buscando desde el inicio unos ejes orientadores que prevengan los desvíos. Los encuentra, en primer lugar, en la población misma, en el propósito de que se cumpla la doble condición del hombre de ser a la vez el factor básico del proceso económico y el destinatario de sus resultados. Define entonces el objetivo de la

economía en términos de una asignación de recursos que lleve a “una producción que asegure alimentos, salud y máximo desarrollo y bienestar posible de cada uno de los miembros de la población”, para lo que reclama el máximo de equidad y el mínimo de desperdicio.

Parece elemental, pero no es del todo frecuente esta colocación del hombre en el centro del “problema económico”. Sendic no vacila: recuerda la Europa en la inmediata posguerra, cuando inicia su recuperación a partir del único capital que pudo preservar, su capital humano; y advierte cómo “una inversión en máquinas es para 10 años, en alimentación, salud y enseñanza es para 40 años”. Habría que contrastar esa línea de pensamiento con la queja constante de nuestros “diagnósticos” por el *problema* de los contingentes de desocupados y subempleados, es decir, por la “gente que sobra”, en lugar de identificar en esa fuerza de trabajo no utilizada una fuente extraordinaria de *potencialidades* productivas.

En el marco de esos dos ámbitos de preocupación central la dimensión económica que tiene que asimilar el pensamiento político y la necesidad de hacer más accesible el conocimiento económico —el texto— levanta una diversidad de áreas más específicas de interés; dando a veces la impresión de que se trata más de la intuición del autor que del abordamiento sistemático del tema, pero que en cualquier caso deja identificados campos de singular interés e importancia.

Una de esas áreas tiene que ver con su crítica al carácter excesivamente global que asumen, por lo general, los planteamientos económicos: “la economía tradicional está enferma de globalismo”, dice Sendic. La observación me parece justificada y de la mayor importancia. De hecho, y particularmente en nuestros medios de capitalismo subdesarrollado, es ostensible la incongruencia entre la globalidad de las categorías económicas que se manejan en el análisis y las pronunciadas diferenciaciones en el interior de los mismos conceptos en la realidad concreta a que se refieren esos análisis. Así por ejemplo, se habla del *consumo*, de sus niveles y su composición, como si los totales o promedios representaran unas situaciones relativamente homogéneas, en circunstancias que existen diferencias abismales entre distintos grupos o estratos socio-económicos y, por lo tanto, hay que preguntarse de quiénes se trata en esa referencia general. Ocurre lo mismo con las clasificaciones sectoriales en uso: no basta identificar un sector agropecuario o ramas determinadas de la industria manufacturera; es preciso desglosar entre la agricultura comercial y la economía campesina, entre la producción que se basa en mano de obra asalariada y la que generan los llamados trabajadores por cuenta propia, entre la que proviene de empresas na-

cionales y extranjeras, de las grandes, las medianas y las pequeñas empresas.

Los perfiles técnicos de tales estratos suelen ser muy diferentes y las cifras de producción y productividad, así como del ingreso de los factores productivos, marcan distancias enormes entre unos y otros. La “heterogeneidad estructural” se constituye en un rasgo distintivo de la mayoría de los sistemas económicos latinoamericanos. En cambio, las políticas económicas por lo general se siguen definiendo y poniendo en práctica de manera global; y por lo mismo, resultan ser idóneas o eficaces respecto de algunos estratos (de ciertos “agentes económicos”) y absolutamente inapropiados o inútiles respecto de otros.

Hasta las imágenes simplificadoras que suelen proponerse encubren en su globalidad la verdadera naturaleza de las cosas y sugieren apreciaciones equívocas y conclusiones erradas. El “círculo vicioso de la pobreza” —las sociedades pobres no pueden dedicar proporciones mayores de su ingreso a la formación de capital, y por lo mismo siguen siendo pobres— ocultan la realidad de los estratos que concentran cuotas muy grandes del ingreso total, en las que potencialmente podrían sustentar tasas de ahorro sustancialmente mayores, que sin embargo se desvían hacia niveles y formas de consumos excesivos para los grados de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzados.

Con razón, Sendic se pregunta “¿qué inversión, y qué consumo, y dónde?”; y a la afirmación corriente de los textos más elementales que buscan explicar el problema económico como expresión de unas demandas ilimitadas frente a recursos limitados, opone el axioma “los recursos son limitados, las necesidades también, el consumo suntuario es ilimitado”

En todo esto, independientemente de si queda o no bien resuelta en el texto, se expresa otra vez la misma preocupación fundamental, que se constituye en desafío para los economistas profesionales: es necesario identificar y explicar la naturaleza esencial de los problemas económicos, sin sofisticaciones.

El recorrido de la lectura del texto irá sugiriendo también otros desafíos similares. No siempre explícitos, ni sustentados con rigor técnico, muchas veces confusos; pero apuntando hacia cuestiones de indudable relevancia.

La preocupación por los valores democráticos y las formas en que ellos habrían de expresarse en la economía, es manifiesta en diversos párrafos y convoca a reflexionar por caminos poco transitados. Valora el trabajo, la iniciativa y la creatividad, como funciones a la vez

individuales y sociales; previene contra la burocratización y busca definir los ámbitos más propicios para la participación, no tanto en los propósitos básicos como en las formas de alcanzarlos. “El objetivo —dice— no es transformar al hombre en espectador, ni en un consumidor compulsivo desentendido de la producción”; “tiene que haber vías especiales para que la creatividad no se vea frustrada: en la fábrica, es mejor la célula, donde se pueden expresar todos, que la asamblea”; “la célula debería ser la unidad de toda democracia”. Y en el parangón de célula y fábrica deja sugerido todo un tema sobre la democratización de la vida económica cotidiana.

En el mismo sentido esencial de preocupación coloca sus referencias a los problemas tecnológicos: “la producción en serie con mano de obra masiva no es la única”; y tal vez con la imagen implícita de su propio país, de dimensión absoluta relativamente pequeña, abre discusión sobre las opciones tecnológicas de pequeña industria, llama a proteger una “logística local” y defiende el criterio económico de la ventaja de las fábricas pequeñas a niveles de zonas determinadas, que contribuyan además a evitar, según piensa, la emigración de los trabajadores.

Apreciar la desigualdad creciente de la distribución del ingreso no sólo sus dimensiones sociales y políticas, sino también su significado directamente económico: “todo aumento de productividad necesita un aumento proporcional en el número de consumidores (mayor atomización del poder adquisitivo)”, relación que incorpora a su análisis proponiendo el concepto de *correlatividad*, cuya ausencia sería determinante de las crisis. Parece elemental, pero involucra sin embargo una dirección de análisis muy distinta de la que, respecto de estos temas, ha predominado largamente en el pensamiento latinoamericano. En efecto, la denuncia de la desigualdad y la propuesta de unas políticas “compensatorias” ha supuesto implícitamente que la concentración creciente del ingreso ha representado un factor de impulso dinámico al crecimiento (al favorecer la rápida diversificación de los desarrollos industriales “sustitutivos”), frente al cual se necesitaba de políticas “compensatorias” para neutralizar sus efectos adversos sociales y políticos; y sólo muy recientemente ha comenzado a abrirse paso la idea de que los altos grados de concentración del ingreso, a la vez que han aprisionado los límites de la tolerancia social y política, se constituyen también hoy día en un obstáculo objetivo para la continuidad del propio crecimiento económico. Para Sendic, esto se hace ostensible por “la quiebra de un alto porcentaje de empresas, mientras hay vastos sectores de la población que necesitan su producción y no pueden adquirirla”,

configurando lo que llama la “paradoja de las dos crisis simultáneas e incomunicadas, en la que cada una tiene la solución de la otra: superproducción y subconsumo”

Desprovisto de algunos perjuicios que para los economistas profesionales adquieren frecuentemente la condición de verdades inamovibles, incursiona en campos en los que la ortodoxia ha procurado erigir vallas insuperables. Enfrentado al tema de la relación entre los medios de pago y la disponibilidad real de bienes y servicios, e invocando un “proceso de desmistificación de la moneda”, llega a sugerir la posibilidad de una circulación simultánea de dos monedas con capacidad de adquisición de distintos conjuntos de bienes y servicios; con lo cual, en su opinión, se podría aplicar políticas económicas y monetarias diferenciadas de modo que no se recurra a “una restricción monetaria total cuando hay sectores que pueden servir a un consumo igual o mayor si le permiten expandirse”. Con más razón, la dualidad quedaría justificada cuando se trata de los tipos de conversión de la moneda nacional respecto a las monedas extranjeras, reeditando así, en otras palabras, la vieja controversia sobre la fundamentación de un cambio único en economías que se caracterizan, por otra parte, por sus grandes heterogeneidades económicas internas.

En otro campo, las referencias a la deuda externa constituyen otra ilustración de lo que ocurre con el texto en relación a varios de los temas que toca. La argumentación, referida a los grados de correspondencia del capital especulativo involucrado con las corrientes reales de la producción, es ciertamente discutible; pero las conclusiones fundamentales que enuncia se sitúan directamente en las cuestiones centrales del asunto: “es obvio que el Tercer Mundo no podrá pagar su deuda externa... si la moratoria obligada del Tercer Mundo trae la quiebra de la banca privada internacional, no se derrumba la economía mundial por eso... es cada día más claro que lo que reciben los capitales especulativos por pago de sus préstamos, es lo que están restando de compras a sus industrias... Un ‘Plan Marshall’ para el Tercer Mundo levantaría también las economías de los países de la OCDE”

Es la reflexión del político, del dirigente imbuido de profunda conciencia nacional y popular, más que la elaboración técnica del economista, la que conduce a Sendic a conclusiones económicas relevantes y correctas, independientemente de la forma en que las sustente. Y es también esa misma condición esencial suya la que se expresa en los párrafos que involucran propuestas del futuro. Tal vez sin proponérselo específicamente así, participa de hecho en los

debates actuales sobre las "opciones" y "estrategias" del desarrollo, apuntando también en ello a las cuestiones más esenciales. Su convicción sobre la necesidad de reducir las desigualdades sociales, cuyos extremos se han constituido en rasgo distintivo de casi todas las necesidades latinoamericanas, su afán constante por diferenciar lo esencial de lo superfluo, el concepto de "suntuoconsumo" que utiliza, sustentan la propuesta esencial de la sociedad sobria, sin excesos de consumos innecesarios y sin déficit de necesidades básicas, que propicia para la próxima fase histórica del desarrollo latinoamericano. Recuerda a Ghandi: "no se trata de multiplicar las necesidades hasta el infinito, sino de aislar las esenciales y solucionarlas"; y aventura sobre la identificación de lo que podrían ser instrumentos idóneos para actuar en consecuencia. Otra vez, lo que pudiera parecer elemental, pero que de todos modos es lo verdaderamente importante y lo que no siempre se rescata con todo el rigor necesario en los análisis económicos más sofisticados.

Una clave tal vez excepcionalmente prometedora para avanzar a esa integración verdadera de "lo económico" y "lo político" que siempre proclamamos como indispensable, pero de la que sin embargo seguimos tan lejos en los hechos. Acaso en ello radique la contribución más importante de estos escritos de Sendic. Y si el texto en su versión actual no llega a cumplir bien su propósito de divulgación, de extensión amplia del conocimiento económico básico, cumplirá en cambio, sin duda, la función de motivar a los economistas, de desafiarlos en su propio campo desde fuera de su campo. Por ello, acaso sean los propios economistas los principales destinatarios de este texto, del que podrán reprobar muchos de sus contenidos, pero en el que encontrarán anotaciones sugerentes e inspiradoras. Un destino principal del texto que probablemente no estuvo en la intención de Sendic, pero que no deplorará en tanto motive las respuestas de las que los economistas pasamos a ser deudores.

- Pedro Vuskovic. Economista chileno. Ex ministro del gobierno de Salvador Allende en Chile. Investigador en el Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE), México, D.F.

Argentina: Proceso militar y clase obrera

José Miguel Candia

1. *Cambios en la estructura ocupacional*

La investigación* sobre la cual se basa este trabajo fue realizada durante 1983 y tuvo el propósito de analizar los cambios que se produjeron a partir de 1976 en la composición de la clase obrera argentina.

El objetivo principal del estudio fue detectar las modificaciones operadas en la estructura ocupacional y en los niveles de ingresos de los asalariados desde el momento en que comenzó a aplicarse un modelo de desarrollo que abrió la economía nacional a la competencia externa con la intención de modificar los patrones de crecimiento que se habían seguido hasta 1976. Este proyecto vino a reemplazar los esquemas que desde la década de los 30 habían impulsado la industrialización sustitutiva de importaciones respaldada con fuertes barreras proteccionistas y abundante auxilio crediticio.

Un primer aspecto que llama la atención es el registro de bajas tasas de desempleo abierto durante los primeros cinco años de aplicación del programa económico de Martínez de Hoz. Los valores consignados en las principales ciudades del país son ilustrativos en este sentido (cuadro I).

Alrededor de este tema hay diversas interpretaciones, aunque existe cierta coincidencia en señalar que fue la acción simultánea de varios factores de ajuste lo que impidió una elevación brusca de los niveles de desempleo durante esos años. Entre las variables “amortiguadoras” que se citan con más frecuencia se encuentran:

a) la fuerte absorción de mano de obra que se operó en sectores como construcción, finanzas, comercio y servicios, que compensó la

* Los temas que se abordan en el presente artículo forman parte de un trabajo más amplio que, con el título: *Argentina: Proceso Militar y Clase Obrera* será presentado próximamente por Editorial Tierra del Fuego.

CUADRO 1

TASAS DE DESEMPLEO ABIERTO-PRINCIPALES
AREAS URBANAS

1974-1982

(para octubre de cada año)

Año	Buenos Aires	Rosario	Córdoba	Mendoza	Tucumán	Santa Fe	La Plata
10/74	2.5	3.7	5.4	4.7	8.4	5.5	7.7
10/75	2.8	5.5	7.2	4.4	6.9	4.4	6.3
10/76	4.1	4.1	5.4	4.8	5.6	5.9	
10/77	2.2	2.6	4.0	4.4	4.3	5.7	5.8
10/78	1.7	2.3	2.7	3.5	4.8	5.5	3.6
10/79	2.0	2.7	1.8	3.4	4.8	3.0	2.0
10/80	2.2	2.4	2.7	3.1	8.3	4.1	1.1
10/81	5.0	6.5	4.7	5.3	9.2	8.3	3.7
10/82	3.9*	8.4*	3.9*	3.5*	8.0*	9.2*	3.2*

* Tasas Provisionales.

FUENTE: Encuesta Permanente de Hogares, INDEC.

notoria reducción del personal ocupado en la industria; b) la considerable expansión del llamado sector "cuenta propia", en el cual se reubicó un importante contingente de la fuerza de trabajo cesada en otras áreas de la economía, en particular en la industria. Sobre este punto conviene aclarar que el rubro cuenta propia no actuó simplemente como espacio de refugio para la fuerza de trabajo despedida; también constituyó, por lo menos hasta 1980, una condición laboral más atractiva que la de asalariado. En efecto, entre 1976 y 1980 esta categoría ocupacional reportó mayores ingresos que los que obtenían por aquellos años los trabajadores en relación de dependencia;

c) otra variable de ajuste fue el denominado "efecto retiro" que se presentó en ciertos segmentos de la población activa. El caso de los trabajadores "jefes de familia" es tal vez el más notorio al ser uno de los grupos que presentó una marcada tendencia a abandonar el mercado de trabajo y buscar en las actividades independientes (pequeño comercio, reparaciones, fletes, etc.) una fuente proveedora de mayores ingresos. Esta conducta produjo una modificación en las tasas de actividad específicas de los distintos grupos poblacionales. Esto

fenómeno también abarcó a los estratos más jóvenes de la población activa, como es la tendencia a demorar su incorporación al mercado laboral por parte de los individuos con edades comprendidas entre los catorce y los veinte años;

d) Por último debe mencionarse el retiro voluntario o la expulsión del mercado interno de un número considerable de pobladores migrantes provenientes de los países limítrofes.

En los cuadros 2, 3 y 4 aparecen los valores que certifican el comportamiento de las variables que acabamos de mencionar.

Quizás el aspecto de mayor relevancia en cuanto a la conformación de la estructura ocupacional sea el desmesurado crecimiento de la categoría cuenta propia. Argentina presentaba hacia 1970 un 19 % de su población activa ocupada en el sector independiente.

CUADRO 2

VARIACION DEL PERSONAL OCUPADO URBANO

1974-1980

SECTORES	EN MILES	<i>Participación de los sectores en las expulsiones (-) y absorciones (+) del personal ocupado, en porcentajes.</i>
Industrias		
manufactureras	— 181	— 14.0
Electricidad	— 7	— 3.5
Construcción	+ 53	26.6
Comercio	+ 44	22.1
Transporte	— 11	— 5.5
Finanzas	+ 47	23.6
Servicios	+ 55	27.6

FUENTE: FIDE en base a datos del Ministerio de Trabajo.
FIDE No. 53. Buenos Aires, mayo 1981.

Para el mismo año otros países latinoamericanos registraban los siguientes porcentajes: Ecuador 41 % ; Perú 37 % ; Honduras 35 % ; México 35 % ; Venezuela 30 % . En el otro extremo se encontraban las sociedades industrializadas con valores considerablemente más bajos:

Suecia 11 % ; Estados Unidos 11 % ; Canadá 14 % ; Francia 15 % ; Japón 18 % .

El comportamiento de este rubro ocupacional en la mayoría de los países mencionados en primer término casi no varió durante la década de los setenta mientras que en Argentina, como dijimos, se expandió provocando una paulatina "latinoamericanización" de la estructura social. De acuerdo a la información captada por el Censo de 1980, 1 millón 930 mil personas trabajaban por su cuenta —el 24 % de la mano de obra ocupada—, mientras que la industria absorbía a 1 millón 900 mil, los servicios empleaban a 2 millones 400 mil y el sector comercio nucleaba a 1 millón 700 mil.

Dentro del rubro cuenta propia 496 mil desempeñaban actividades de comercio, 337 mil estaban en la construcción, 319 mil en el agro, 264 mil en tareas de servicios y 221 mil en la industria. Para 1983 se estima que aproximadamente el 27 % de la fuerza laboral ocupada estaba ubicada en el trabajo independiente. Este porcentaje tiende a aproximarse al promedio latinoamericano que varía entre el 30 y 35 % .

CUADRO 3
PROPORCIONES DE OCUPADOS CUENTA
PROPIA-PRINCIPALES AREAS URBANAS.

1974-1981
(Para octubre de cada año)

AREA URBANA	MES Y AÑO					
	10/74	10/76	10/78	10/79	10/80	10/81
Capital Federal y Gran						
Buenos Aires	18.5	20.1	22.5	20.9	23.1	22.3
Córdoba	18.1	23.7	26.5	26.5	28.4	29.1
Mendoza	21.6	23.8	23.7	25.6	27.8	26.8
Rosario	20.8	24.2	24.4	25.4	26.7	27.8
Santa Fe	17.7	22.9	24.5	24.2	22.8	27.7
Tucumán	17.2	18.9	17.9	21.3	18.2	
Total de las seis áreas	18.8	20.6	22.6	22.0	23.8	23.7

FUENTE: Encuesta Permanente de Hogares, INDEC.

CUADRO 4
INDUSTRIA MANUFACTURERA
PERSONAL REMUNERADO OCUPADO
EN TAREAS PRODUCTORAS DE BIENES (1)
(en miles)

AÑO	PROMEDIO ANUAL
1970	977,7
1971	1,007,0
1972	1,029,5
1973	1,061,8
1974	1,122,4
1975	1,165,4
1976	1,127,3
1977	1,057,9
1978	955,2
1979	934,7
1980	862,3
1981	753,8
1982	740,2

(1) Excluye al personal dedicado a tareas administrativas y a los patrones, socios y familiares no remunerados.

FUENTE: FIDE, Anexo Estadístico XIV. Buenos Aires, abril 1983.

II. La política salarial del gobierno militar

La aplicación del programa económico que diseñó Martínez de Hoz redujo bruscamente la participación de los trabajadores en la distribución del ingreso. La fuerte caída de los salarios reales provocó una voluminosa transferencia de recursos del sector asalariado a otras capas de la población. El monto de este traspaso habría alcanzado los 8 mil millones de dólares anuales, según cálculos obtenidos a partir de la información suministrada por el Banco Central y por la Encuesta de la Universidad Argentina de la Empresa.

La política de control salarial que instauró el equipo económico que acompañó al gobierno militar se propuso como objetivo principal lograr un profundo reordenamiento de la actividad laboral. Por

esta vía se buscaba atacar dos problemas que preocupaban especialmente a las autoridades económicas: el sobrempleo en la industria y la subutilización de la mano de obra.

El manejo de la variable salarial también tenía otros objetivos. A través del control de los ingresos de los trabajadores se trató de reducir las tasas de inflación y se procuró construir una estructura remunerativa que estimulara la especialización de la fuerza laboral y premiara el aumento de la productividad. Simultáneamente se buscaba alejar al Estado de su papel de "árbitro" para ir otorgando mayor libertad a los empresarios en la fijación de las remuneraciones de acuerdo a cómo evolucionaran los niveles de productividad.

La tarea de modificar la estructura salarial vigente hasta marzo de 1976, fue asumida por el Estado. El reordenamiento que se dispuso procuraba reformular el esquema de los salarios básicos estirando las escalas salariales, y con esto conseguir una mayor dispersión entre las categorías máximas y mínimas de cada convenio.

La segunda etapa consistió en la fijación de distintos márgenes de "flexibilidad salarial". A partir de marzo de 1977 se autorizó el pago de salarios por encima de los básicos de convenio.

En forma conjunta operaban dos mecanismos: uno instrumentado por el gobierno al asumir la responsabilidad de corregir los salarios básicos de convenio; el otro, aplicado por los empresarios al disponer de recursos que podían ser distribuidos según su voluntad con el fin de estimular el mayor esfuerzo y la especialización del personal obrero a su cargo.

La instrumentación de estas pautas provocó importantes cambios en los componentes de la estructura salarial. Había sido casi una constante desde la primera experiencia peronista (1946-55), el papel relevante que jugaban los salarios básicos de empresa por horas normales de trabajo. Aunque sujeta a los vaivenes del ciclo económico y a los cambios de orientación de las políticas gubernamentales, esta tendencia se mantuvo hasta 1975. Ese año el salario básico por horas normales ocupó el 69,2 % del total de las remuneraciones, mientras que la participación relativa de vacaciones, enfermedad y accidentes fue del 10 % y el monto correspondiente a salarios básicos por horas extras, premios y bonificaciones llegó alrededor del 8 %.

El panorama de la estructura salarial se modifica a partir de 1976. Un repaso de la situación de las remuneraciones en 1980 muestra los

CUADRO 5

ESTRUCTURA DE LAS REMUNERACIONES DEL SECTOR INDUSTRIAL 1975-1981

(en porcentajes)

Periodo	Salarios básicos por horas normales	Salarios básicos por horas extras	Premios y bonificaciones	Vacaciones, enfermedades y accidentes	Otros	Total remuneración*
1975	69.2	8.3	7.9	10.0	4.6	100.0
1976	68.0	8.2	9.9	9.7	4.2	100.00
1977	63.0	11.2	12.8	8.9	4.1	100.00
1978	61.5	10.2	13.6	8.5	6.2	100.00
1979	57.1	13.5	15.5	8.7	5.2	100.00
1980	57.1	11.6	15.4	9.1	6.8	100.00
1981	58.4	8.7	14.8	10.1	8.0	100.00

* Excluido aguinaldo y asignaciones familiares.

FUENTE: Encuesta Industrial. INDEC.

cambios operados. Se advierte una caída pronunciada de los salarios básicos por horas normales, que pasan a representar el 57 % de la remuneración total. El rubro premios y bonificaciones, por el contrario, se eleva al 15.4 % , con lo cual prácticamente duplica su participación relativa en la estructura de las remuneraciones. El salario básico por horas extras también aumenta su presencia al representar el 11.6 % de la remuneración total (cuadro 5).

III. *La clase obrera hoy*

Los casi ocho años de implementación de políticas de apertura económica y de aplicación sistemática del programa de reconversión del aparato productivo han dejado profundas huellas en la clase trabajadora argentina. Entre las consecuencias más graves de lo que quedó como herencia del proyecto de la Junta Militar pueden computarse la disminución cuantitativa del proletariado industrial, el incremento de la mano de obra incorporada a sectores como servicios, construcción, comercio, etc., y el aumento de la población activa ocupada en el trabajo independiente.

Estos factores, más la ampliación de la dispersión de las escalas salariales, fueron los principales resultados de una estrategia que se propuso debilitar la capacidad negociadora del movimiento obrero y generar un mayor nivel de heterogeneidad estructural en el campo popular. En este sentido puede afirmarse que las transformaciones acarreadas por el programa económico del gobierno militar afectaron negativamente a una clase obrera que había sido de las más numerosas y mejor organizadas del continente. Tradicionalmente fuertes, los sindicatos argentinos habían asegurado una participación importante de la clase trabajadora en las decisiones sociales y económicas y en la distribución del ingreso.

Corresponde señalar que la reducción cuantitativa de los asalariados industriales no es un fenómeno exclusivo de la experiencia argentina de los últimos ocho años. Lo que sí constituye un factor de significación es que la caída del personal ocupado en la industria se produjo acompañada por un fuerte crecimiento de la población que trabaja por su cuenta. Esta expansión del sector independiente no se corresponde con las tendencias que muestran las sociedades capita-

listas avanzadas en las que la mayor parte de la población activa se agrupa en dos grandes categorías ocupacionales: empleadores y empleados, predominando entre estos últimos los trabajadores de servicios. Para el caso argentino puede pensarse en una gradual aproximación a las situaciones de subdesarrollo clásico y junto con esto a un debilitamiento de aquellos rasgos de su estructura social que hasta 1970 le daban cierta semejanza con los países capitalistas centrales.

Es importante investigar también en qué medida los efectos de la política económica impulsada durante los últimos ocho años son reversibles a partir de la aplicación de un programa de crecimiento sostenido. Formulado en otras palabras, cabe preguntar si estamos en presencia de un fenómeno que responde a tendencias estructurales difíciles de cambiar en el corto y mediano plazo o es un hecho asociado preferentemente a la orientación que predominó en la política económica de estos años.

Sin asumir la hipótesis extrema de André Gôrz que pronosticó el "adiós al proletariado" en la sociedad del futuro, debe reconocerse que la reducción numérica de los trabajadores de la industria es el resultado de una tendencia universal que acompaña al desarrollo de las fuerzas productivas y a la creciente tecnificación del proceso de trabajo. Este comportamiento es común a las economías centrales y a los países periféricos. En ambos casos se detecta también un fuerte crecimiento de los empleados de servicios. El dato privativo de las sociedades menos desarrolladas es que junto a este fenómeno se produce la expansión del trabajo autónomo y la multiplicación de la mano de obra ocupada en las actividades de más baja productividad. Estos dos factores dan lugar a la conformación de un sector social al que suele denominarse "sector informal urbano"

Parece justo, por lo tanto, pensar que el programa económico de la Junta Militar acentuó ciertas tendencias que ya se venían manifestando en la sociedad argentina, a la vez que provocaba un profundo redimensionamiento del aparato productivo. Es por esto que la tarea de formular un proyecto que reoriente la asignación de recursos y defina un nuevo modelo de crecimiento sólo puede ser el resultado de una voluntad colectiva que se plasme en un bloque social alternativo capaz de desplazar a los sectores que dieron sustento material y político a la experiencia que se intentó a partir de 1976.

Quisiéramos por último hacer algunas referencias acerca de las repercusiones que tendrán los cambios que hemos señalado sobre la formación de la conciencia social y sobre la determinación de las identidades políticas.

Una de las lecturas más difundidas del triunfo electoral de la Unión Cívica Radical el pasado 30 de octubre es la que sostiene que se ha producido un cambio brusco en las simpatías políticas populares, en particular lo que se refiere al comportamiento del voto de las capas sociales más pobres. En la raíz de este vuelco se encontraría la pérdida de su condición de asalariados por parte de vastos sectores obreros y su incorporación al trabajo independiente.

Como un aporte al debate abierto alrededor de este interrogante queremos dejar planteadas algunas reflexiones sobre el tema. Entendemos que si bien la inserción en el aparato productivo es la instancia a partir de la cual los hombres articulan cierta concepción del mundo social y definen sus pertenencias políticas, esto no se genera a través de un proceso lineal ni en un período breve de tiempo. Debe recordarse, además, que en el caso argentino el segmento de la población que cambió su rol ocupacional durante los últimos años proviene mayoritariamente de la industria y ésta es una práctica que se prolonga en una fuerte tradición proletaria y sindical que no se diluye fácilmente. Sigue siendo, pese a todo, un sujeto social que todavía está "próximo" a la fábrica y al gremio y a la hora de volcar sus simpatías políticas esta parte de su memoria histórica no puede ser amputada, aunque se trate de sectores de la población que ya abandonaron su calidad de trabajadores en relación de dependencia.

La deserción de una parte del voto obrero que le restó fuerza al peronismo y contribuyó al triunfo del partido radical parece explicarse por razones de tipo político. El vuelco de un sector del electorado de las barriadas tradicionalmente peronistas hacia la alternativa ofrecida por los candidatos radicales obedeció más a la correcta jerarquización que los votantes hicieron de las propuestas y consignas que rescataban el valor de la democracia y del respeto a los derechos humanos, que a la súbita aparición de una conciencia "pequeñoburguesa" entre los ex obreros peronistas.

Habría que hacer referencia a otros factores que tienen que ver con el proceso mismo de la lucha electoral, con la selección de los candidatos y la elaboración de programas, etc., para ver cómo juga-

ron cada uno de ellos en el momento de decidir el voto. De cualquier forma debe señalarse que si bien el 30 de octubre fue una respuesta a la incapacidad del movimiento peronista para elaborar una propuesta que le asegurara el mantenimiento de su clientela habitual —los trabajadores urbanos—, lo ocurrido ese día puede transformarse en un primer aviso de cambios más profundos en las preferencias políticas de las masas si el peronismo no resuelve positivamente la crisis que lo paraliza. Entonces sí, al vacío político que iría dejando este movimiento se sumarán con el tiempo los efectos que sobre la conciencia de la clase obrera provoquen los cambios operados durante los últimos años en las estructuras de la sociedad argentina. Y, sobre ese espacio, se aglutinarán nuevas y viejas fuerzas políticas y sociales para gestar un proyecto nacional que conjugue en un solo programa las banderas del desarrollo económico, la justicia social y el respeto a la democracia y busque en el apoyo activo de la clase trabajadora y del movimiento popular el camino para cerrar el paso a las maniobras desestabilizadoras de la oligarquía y del gran capital.

BIBLIOGRAFIA

BECEARIA, Luis *et al.*, “Movilidad ocupacional y social de corto plazo durante los 70 en el Gran Buenos Aires”, en *Movilidad ocupacional y mercados de trabajo*, PREALC-OIT, Santiago, 1983.

BORON, Atilio, “Argentina: el fin de una época”, *Le Monde Diplomatique en Español*, México, noviembre de 1983.

CANITROT, Adolfo, “Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981”, en *Desarrollo Económico*. Vol. 21, No. 82, Buenos Aires, julio-septiembre de 1982.

“Mercado de trabajo. Doble del déficit de 1970”, *Clarín*, Buenos Aires, 13 mayo de 1984.

Gilly, Adolfo, “Argentina: los partidos menores. A derecha e izquierda”, *Uno más uno*. México, 5 noviembre 1983.

GORZ, André, *Adiós al proletariado*. El Viejo Topo, Barcelona, 1982.

LAGOS, Ricardo, Tokman, Víctor, “Monetarismo global, empleo y estratificación social. Los casos de Argentina y Chile” en *Movilidad ocupacional...*, *ibid.*

- José Miguel Candia. Sociólogo argentino.

La fábrica moderna en Brasil*

John Humphrey

1. Introducción

En el último cuarto de siglo, las principales economías latinoamericanas han experimentado la expansión de nuevas industrias. En ningún otro lugar ha sido más evidente este proceso que en Brasil, país en el que el desarrollo de industrias productoras de bienes de consumo duradero y de bienes de capital ha sido la característica dominante del crecimiento económico. En especial las industrias mecánicas, eléctricas y de equipo para el transporte han crecido desde prácticamente cero hasta convertirse en partes sumamente importantes de la economía nacional. A pesar de que la naturaleza de su producción es de capital intensivo, estos tres sectores han empleado a una proporción cada vez mayor de obreros en la industria manufacturera, cantidad que ha ascendido de 4.3 % en 1949 a 17.5 % en 1970 (IBGE, s.f., y 1974a). En el estado de São Paulo, la principal región industrial de Brasil (y también de Latinoamérica), estas tres industrias emplearon únicamente al 6.7 % de los trabajadores en 1949 pero, en 1974, la proporción había ascendido al 29.4 % (IBGE, 1976). Únicamente por esta razón, el examen de los sectores de la economía de desarrollo reciente sería sumamente importante en el análisis de la clase obrera brasileña. La necesidad de llevar a cabo este examen se ha visto fuertemente acentuada por la importancia que han adquirido los obreros de las industrias metalúrgicas en las movilizaciones de clase durante los últimos años.

El desarrollo de estas industrias dinámicas se ha caracterizado por su concentración en los nuevos suburbios industriales del Gran

* Este texto es la versión revisada de una charla dictada en la conferencia organizada por el Archivo Storico del Movimento Operaio Brasileiro en Milán el mes de marzo de 1980.

São Paulo y por el predominio de la gran fábrica moderna, frecuentemente de propiedad extranjera. En las zonas industriales que lindan con São Paulo al oeste, sur y este, hay plantas industriales en las que trabajan miles de obreros y sus nombres nos resultan familiares a todo el mundo, no sólo a los obreros. Se trata de las más importantes empresas automotrices —Ford, General Motors, Volkswagen, Mercedes, etcétera—, Philips, General Electric, Toshiba, en el ramo de empresas eléctricas, y muchas otras corporaciones transnacionales importantes. No obstante, la familiaridad de los nombres de estas firmas, y su importancia para la economía brasileña, puede encubrir fácilmente el hecho de que casi no se sabe nada de lo que ocurre dentro de estas fábricas. Es relativamente fácil encontrar estadísticas de ventas, exportaciones o ganancias, pero es bastante más difícil encontrar información sobre tasas de salarios, procedimientos disciplinarios o criterios de promoción. De hecho, las instalaciones de las fábricas están muchas veces bastante escondidas al público y el interior de la gran fábrica moderna es un lugar privado al que raras veces llegan visitantes. Incluso para los obreros que trabajan en estas plantas industriales, la combinación de gran tamaño, restricciones a sus movimientos en el interior del edificio, complejidad de la organización y carácter secreto de la dirección les puede dar un conocimiento global de una gran unidad de producción difícil de alcanzar.

La falta de acceso a las grandes plantas en las industrias dinámicas fomenta dos suposiciones respecto a ellas. La primera es que muchas veces se supone que las industrias dinámicas son relativamente homogéneas y se tiende a hacer generalizaciones sobre las mismas en base a la parte más visible de los sectores modernos, la industria de ensamble de coches. La segunda es que las características de la gran planta industrial moderna que son conocidas —como el uso de tecnología relativamente sofisticada y métodos de dirección modernos (especialmente departamentos de personal desde el punto de vista del empleo)— pueden crear una noción idealizada de lo “moderno” que después se contrasta con las atrasadas e incluso arcaicas industrias “tradicionales”. A partir de esto, resulta muy fácil crear modelos de una dicotomía tradicional-moderno basados en ciertas ideas sobre los efectos que pueden tener la importación de nuevas tecnologías y la práctica de relaciones laborales que conllevan. En este texto se aducirá que la “modernidad” de estas fábricas modernas no consiste únicamente en el tipo de tecnología que utilizan. Se demostrará también que las prácticas de las relaciones laborales (o prácticas de empleo, como las denominaremos aquí) no se pueden

derivar automáticamente de la tecnología empleada. Comenzaremos por la idea de que la fábrica moderna es el lugar de ubicación de la producción de la fábrica capitalista moderna, la cual sólo puede comprenderse mediante un análisis del proceso capitalista de trabajo. Después de analizar el proceso de trabajo en la sociedad capitalista, examinaremos algunos rasgos sobresalientes de la gran fábrica moderna en Brasil y aplicaremos los resultados de este análisis en un breve examen sobre las causas principales que explican el dominio reciente de los obreros de las industrias dinámicas dentro de la clase obrera brasileña.

2. Producción capitalista

La producción capitalista implica dos aspectos concretos: la producción de productos socialmente útiles, valores de uso, y la producción de bienes de consumo que se pueden vender, valores de cambio. Para que el capitalista pueda obtener una ganancia, no sólo se deben producir valores de cambio sino también plusvalía. Por lo tanto, la producción en el capitalismo es tanto proceso de trabajo cuanto proceso de valorización. El trabajo de las personas empleadas por el capital ha de ser dirigido y controlado por los agentes del capital (ejecutivos, supervisores, etcétera) de modo tal que, en combinación con la maquinaria y las materias primas necesarias, se elaboren productos útiles que se puedan vender con una ganancia para el capitalista. En las etapas iniciales del desarrollo capitalista, los procesos de trabajo eran los heredados del periodo anterior de producción no capitalista. En los talleres capitalistas se utilizaban las formas tradicionales de división del trabajo, técnicas y equipo. Pero a medida que se fue desarrollando el capitalismo, se reorganizó la producción y se fueron transformando las técnicas y la organización a fin de aumentar la eficiencia en el funcionamiento de la empresa capitalista.¹ Desde el comienzo, la tendencia de la transformación capitalista fue minimizar los costos del trabajo, de la maquinaria y de las materias primas (incluyendo la energía) en tanto que se maximizaba la rapidez en la ejecución de las labores, la precisión, la confiabilidad y calidad del trabajo, y la continuidad de la producción (Brighton La-

¹ Marx describió esta transición de las formas capitalistas de organización de la producción como el paso de la subordinación formal del trabajo (la combinación de trabajo asalariado con formas precapitalistas de organización laboral) a la subordinación real (cuando la producción se organiza de acuerdo a bases adecuadas a la valorización del capital).

bour Process Group, 1977: 13). Para eso, los procesos de producción se han de transformar de modo que mejore la eficiencia técnica de las operaciones y, al mismo tiempo, aumente el control del capital sobre el trabajo.

La transformación capitalista del trabajo se ha denominado a veces “taylorismo”, pero este término no transmite la complejidad de los cambios que han tenido lugar. En la transformación capitalista del trabajo se puede distinguir cuatro procesos importantes:

1. La división del trabajo. Se utilizan las mismas herramientas y técnicas pero el trabajo se divide de un modo diferente entre los obreros. La división del trabajo puede aumentar la velocidad en la ejecución de la tarea por cada obrero, reducir el tiempo que se necesita para cambiar de una tarea a otra, y reducir el costo en fuerza de trabajo aislando los trabajos especializados de los que no lo son, de manera que sólo los trabajadores especializados reciban la paga que les corresponde. Al mismo tiempo, el desmenuzamiento de las tareas en sus partes constituyentes preludia la mecanización y la especificación cada vez mayores que hace el capital de las labores que se han de llevar a cabo.²

2. La transferencia de la toma de decisiones de los obreros a la dirección. En muchos de los primeros procesos capitalistas de producción, los obreros retenían un gran margen de opinión respecto a cómo se debían realizar las tareas. Uno de los rasgos del taylorismo es la especificación cada vez mayor de la naturaleza exacta de cómo debe realizarse el trabajo. A partir de sus investigaciones, Taylor elaboró normas generales sobre cómo cortar los metales y así pudo trazar directrices para cortar los metales que podían ser puestas en vigor por personal de la dirección en tareas específicas de este terreno. En vez de dar al obrero una tarea y que decidiera cómo se tenía que llevar a cabo, es la dirección la que toma esta decisión. La concepción de la tarea queda dividida desde su ejecución y el trabajador queda tanto desespecializado cuanto controlado más de cerca.

3. Integración de la producción. Trabajadores en lugares de trabajo independientes o que llevan a cabo tareas que no dependen directamente de la rapidez de ejecución del trabajo de otros obreros, pueden ser integrados a una línea o secuencia de producción y, a partir de esto, encontrar que su ritmo de trabajo está regulado. La

² Aun cuando se recombinan algunas tareas divididas —como en el caso de programas de enriquecimiento del trabajo— es importante tener en cuenta que el capital sigue reteniendo el conocimiento y control de la producción suficientes como para determinar la productividad total.

forma más común de este tipo de regulaciones, por supuesto, la línea de ensamble pero se pueden integrar tareas no de ensamble mediante cadenas de transmisión o incluso control por computadora. La importancia de estos sistemas integrados consiste en que reducen los niveles de reservas y de tiempos muertos (periodos en los que no se realizan actividades laborales), y en que ligan más estrechamente al obrero a un ritmo de trabajo determinado desde afuera.³

4. Sustitución de los trabajadores por máquinas. En muchos procesos nuevos, la maquinaria reemplaza a los obreros en tareas que antes ejecutaban ellos; ya sea directamente, cuando la máquina desempeña el mismo trabajo, ya sea indirectamente, cuando se rediseña la tarea o el producto para que se pueda llevar a cabo por máquinas.

En todos estos casos, se crean nuevos puestos de trabajo y, simultáneamente, se transforman los antiguos. Se crean en especial nuevas funciones de organización del trabajo y control de los obreros a causa de la complejidad e integración de funciones cada vez mayores. En cada una de las etapas de la reorganización del trabajo, el capital examina las necesidades tanto de la organización racional del trabajo como del control mismo cuando toma sus decisiones. En algunos casos de reorganización no hay nueva tecnología en absoluto sino meramente una reorganización de las tareas, pero incluso cuando se introduce nueva maquinaria o mecanismos de integración, la cuestión del control surge desde el principio.⁴ Se plantea ya en el diseño de máquinas y es un factor todavía más importante en la elección de sistemas de control e información que son parte esencial de la fábrica moderna. El objetivo del capital es desarrollar sistemas jerárquicos de mando y control que hagan posible que la producción sea totalmente planificada y predecible. Para esto se requiere de un elaborado sistema de cadenas de mando, cumplimiento de instrucciones, supervisión de tareas y corrección de faltas y errores. Para el capitalista, la fábrica perfecta tendría que funcionar como una má-

³ Hay que señalar que las tendencias generales que se encuentran en la integración de la producción pueden ser transformadas por el desarrollo del microprocesador. Hasta ahora, la automatización y la mecanización requerían de una producción en gran escala. Uno de los efectos de los microprocesadores es que se puede combinar la automatización con una gran flexibilidad. Esto podría transformar el tamaño óptimo de las plantas industriales en algunas fábricas y también permitir la reorganización descentralizada de la producción. En la misma industria electrónica, la producción está mucho más descentralizada que en las industrias metal-mecánicas.

⁴ Para un análisis más detallado de la utilización que hace el capitalismo de la maquinaria, véase Palma, 1972.

quina en perfecto estado. Cada parte desempeñaría su función específica y todo el mundo estaría tranquilo y sería eficaz y predecible. Se eliminaría el elemento humano.

Pero en la práctica esto es imposible. A resultas de las incertidumbres de los procesos de producción (accidentes, variaciones en las materias primas, averías, etcétera), de las limitaciones que puedan tener los directivos en el conocimiento de los procesos de producción, y de la necesidad de que la opinión de los obreros se tenga que poner en práctica en algunas esferas de la producción que son caras de mecanizar, el capital necesita constantemente recurrir al juicio y especialización de los obreros. Además del poder que derivan por su propia importancia en los procesos de producción, los grupos de obreros siempre pueden obtener poder resistiéndose a la dirección a través de su solidaridad colectiva. Este poder aumenta cuando a los obreros no se les puede sustituir fácilmente o cuando las tareas que llevan a cabo son cruciales para el funcionamiento de la empresa. Al enfrentar la necesidad que tiene de la cooperación de algunos obreros y el poder de resistencia a la autoridad de la dirección por parte de otros, el capital tiene que idear métodos para contenerlos o controlarlos. La dirección puede tratar de crear las condiciones en las que pueda imponer un alto grado de disciplina y control directo sobre los obreros, o puede decidir darles incentivos combinándolos con una supervisión menos estricta. Las prácticas de empleo que adopte la empresa capitalista variarán de acuerdo a la estrategia que se haya decidido seguir. El salario es parte de esta estrategia. La dirección puede decidir pagar salarios diarios relativamente altos para asegurarse de que los obreros acepten una vigilancia más estrecha, o puede optar por el pago por pieza en un intento de garantizar una producción alta a través del incentivo de pago en relación con la cantidad de trabajo hecho.⁵ De modo similar, se pueden utilizar tácticas de reclutamiento, promoción, adiestramiento y empleo temporal para asegurarse de que ciertas tareas se les asignen a los obreros idóneos y, al mismo tiempo, como incentivo en la ejecución del trabajo o como amenaza a los obreros que no lo realicen adecuadamente. La meta es siempre la misma —garantizar que los obreros desempeñen las tareas que les ha asignado la

⁵ Friedman (1977) desarrolla el argumento del control directo *versus* la "autonomía responsable" como una de las estrategias alternativas de la empresa. Aunque acepto la distinción general, creo que Friedman enfatiza demasiado la libertad que se concede a los obreros en la segunda estrategia y relaciona demasiado estrechamente las dos estrategias a cambios en la competencia entre las diferentes empresas.

dirección—, pero los medios para conseguir este fin varían considerablemente según las condiciones de competitividad en las que están funcionando las empresas, el tipo de tecnología que emplean, las condiciones de la oferta y la demanda en los mercados de trabajo para diferentes tipos de trabajadores, la fuerza de los sindicatos (o grupos no oficiales de obreros) y la situación política general.

La variabilidad potencial de estos factores significa que, aun cuando la tecnología sea igual en dos empresas, sus prácticas de empleo pueden ser bastante diferentes. Los efectos de las variaciones en estos factores se pueden especificar de la siguiente manera:⁶

a] Cuanto mayor es la especificación del trabajo que se ha de realizar, menor necesidad hay de incentivos que ofrecer a los obreros. El trabajo a destajo puede interpretarse, por lo tanto, como una falta de información de la dirección o como un control limitado de la misma (en especial, la resistencia de los obreros a una supervisión estricta).

b] Cuanto mayor es la especialización que se necesita por parte de los obreros, más necesita la dirección usar incentivos y relajar el control directo sobre el ritmo de los obreros. Donde mejor puede verse esto es en las salas de herramientas, en las que las asignaciones de trabajo son con frecuencia flexibles y los ritmos no imponen un control estricto sobre las actividades de los obreros.

c] Cuanto mayor es la responsabilidad de los obreros, más cuidado debe tener la dirección para asegurarse de que el trabajo se está llevando a cabo correctamente. Por ejemplo, hay partes de la industria química en las que se pagan altos salarios y se hacen grandes esfuerzos para dar a los obreros sentido de la responsabilidad debido a la importancia que tiene la supervisión constante de procesos de operaciones continuos, peligrosos y caros.

d] Cuanto mayor es la escasez de mano de obra, más necesario es para la dirección recurrir a incentivos antes que a un control directo de los obreros. Esto puede verse claramente en el caso de los obreros especializados en Brasil. La dirección acepta que no son tan fácilmente controlables como los trabajadores no especializados o semiespecializados.

e] Cuanto mayor es la fuerza de las organizaciones obreras y mayor la libertad política de estas organizaciones, mayor es la necesidad que tiene la dirección de recurrir a incentivos ya que su capacidad de ejercer un control directo se ve amenazada.

⁶ Esta lista no es exhaustiva.

La variabilidad tanto de tipos de procesos de trabajo como de formas de organizarse la dirección en torno a ellos es inmensa. Y ésta es la razón de que puedan encontrarse grandes diferencias incluso dentro de las industrias del denominado sector "moderno". No existe una determinación de las políticas de empleo según el tipo de tecnología que se utilice. ¿Qué es lo que determina entonces los rasgos característicos de la empresa? ¿Hay en realidad una serie de rasgos que definan a estas empresas y las distingan de otras? La primera característica de este tipo de industrias es su tamaño, el cual impone una cierta burocratización en las actividades de dirección de las mismas. Hay una división del trabajo en el seno del área administrativa entre los diversos departamentos de producción, adiestramiento, investigación, reclutamiento, etcétera. En segundo lugar, hay una tendencia hacia una mayor especificación y control de las actividades de los obreros a través de medios formales, lo cual significa la existencia de una división del trabajo entre los obreros dedicados a la producción directa, el personal de diseño, los capataces, los dedicados al control de calidad, al control de producción, etcétera. En tercer lugar, puede que haya una utilización mayor de maquinaria y que la dirección tenga más información y control sobre estas máquinas. En cuarto lugar, el uso de máquinas y el control que se tenga sobre los obreros estarán sometidos a una planificación mucho más rígida que en las empresas más pequeñas (en general). Existirán planes de producción, sistemas salariales, procedimientos disciplinarios, etcétera, de los que sabrá la dirección pero muy probablemente se mantendrán ocultos para los obreros. Los rasgos característicos de la gran empresa moderna arrancan, por lo tanto, no sólo de la necesidad de una organización racional de la empresa de producción a gran escala sino también del poder y control mayores que tiene el capital en estas unidades productivas. Cuando uno llega a la Volkswagen, por ejemplo, se queda impresionado por el tamaño de la fábrica y por el inmenso esfuerzo que debe ser necesario para integrar la producción a esta escala. Uno no puede dejar de asombrarse ante el hecho de que no dejen de salir automóviles continuamente de la línea de ensamble, con toda la planificación e integración de la producción que esto implica. No obstante, uno queda también impresionado ante el poder del capital. El simple hecho de llegar a la verja de la planta Volkswagen en São Bernardo es una provocación en contra del poder del capital; hay llamadas telefónicas, toman fotografías, revisan credenciales personales y finalmente entregan un pase especial. Se entra en un mundo en el que el capital está en el poder. Este aspecto dual de la gran empresa moderna recorre todas

sus actividades porque para la planificación e integración de la producción es necesario que el capital controle al trabajo. Cuando un antiguo obrero de la Volkswagen dice: “ellos conocen la velocidad de cada una de las máquinas”, se está refiriendo a la disciplina y a la especificación de cada tarea, no es admiración por la capacidad de planificación de la empresa.⁷

3. Diferenciación en el seno de los sectores dinámicos

La variabilidad de los procesos de trabajo y de las prácticas de empleo que se encuentran en el capitalismo moderno tiene como resultado una considerable diferenciación de la industria. Incluso en el seno de las tres industrias metalúrgicas de más rápido crecimiento —la automotriz, la mecánica y la eléctrica— hay variaciones en el tipo de trabajo que se realiza, la fuerza de trabajo empleada y la estructura de los salarios. Si se comparan estos tres sectores con la industria llantera y las industrias química y farmacéutica, la gama de variaciones es incluso mayor.⁸

En los cuadros I y II, se ha recopilado información sobre las estructuras de los salarios y la magnitud de las empresas en los tres sectores relacionados con el metal. En el cuadro I se puede ver la distribución de los salarios en múltiplos del salario mínimo, en tres grandes empresas de São Bernardo Campo, en marzo de 1975. Las empresas escogidas se cuentan entre las de mayor magnitud en cada uno de los tres sectores y la menor de ellas tiene dos mil obreros. En el cuadro II se puede ver la distribución de los trabajadores en los tres sectores en el estado de São Paulo, junio de 1974, de acuerdo a la magnitud de cada empresa y también el salario promedio de los “trabajadores directamente vinculados a la producción” (trabajadores manuales, capataces y técnicos) en las instalaciones de mayor tamaño así definidas en la investigación (más de quinientos obreros) y en la categoría de instalaciones pequeñas (de 50 a 99 obreros). En conjunto, la diferente distribución de los salarios en las tres grandes empresas y las cifras agregadas referentes a los tres sectores en su totalidad, proporcionan datos interesantes para el análisis de la gran empresa moderna.

⁷ Esta declaración la hizo un capataz de una pequeña empresa de partes de automóviles en São Bernardo. Se estaba refiriendo a la falta de disciplina en su fábrica comparada con el régimen de trabajo en la Volkswagen.

⁸ Para un análisis de las diferencias entre las plantas químicas y automotrices en Brasil y sus implicaciones en las estructuras directivas, véase Lobos, 1976.

Si empezamos por el sector de equipo de transporte, en el cuadro II podemos ver que existe una diferencia considerable entre el salario promedio en la categoría de industrias pequeñas y los niveles salariales en las grandes empresas. Esto refleja —aunque no lo exprese plenamente— un contraste entre el sector de ensamble de coches y el de partes componentes de los mismos. En la industria de partes de automóviles hay muchas empresas pequeñas e incluso las grandes firmas no pagan los mismos salarios superiores al promedio que se reciben en el sector de ensamble de automóviles, compuesto en su gran mayoría por sólo seis corporaciones transnacionales en el estado de São Paulo que entre todas emplean a más de cien mil obreros. En este estudio, prestaremos atención especial al sector de ensamble en el que se pagan salarios muy por encima del promedio en la industria. Esto lo refleja en parte la cifra del cuadro II, y también la del cuadro I, que muestra que la mayor concentración de obreros en la gran empresa de ensamble de autos se encuentra entre el triple y el quíntuplo del salario mínimo. En otra ocasión he sostenido que esta distribución característica de los salarios en la industria de ensamble de autos es el resultado de una política deliberada consistente en emplear a trabajadores no especializados o semiespecializados con sueldos relativamente altos, y analizaremos este punto en el apartado siguiente (para un análisis de esta política, véase Humphrey, 1980).

Cuadro I

1975: PORCENTAJE DE DISTRIBUCIÓN DE OBREROS QUE GANAN MÁS DE DIEZ VECES EL SALARIO MÍNIMO EN FIRMAS SELECCIONADAS EN SÃO BERNARDO DO CAMPO

Categoría salarial	Gran firma mecánica	Gran firma de ensamble de autos	Gran firma eléctrica
B-1 salarios mínimos	1.1	2.3	0.4
1-2 " "	12.6	2.0	16.8
2-3	15.7	16.4	32.3
3-4	14.2	26.2	22.4
4-5	18.3	21.9	11.3
5-6	15.8	13.0	6.5
6-7	11.3	8.4	4.4
7-8	6.3	5.7	2.6
8-9	2.4	2.1	1.7
9-10	2.4	2.0	1.6

FUENTE: Cálculo realizado a partir de las cifras proporcionadas por el Departamento Intersindical de Estadística e Estudos Sócio-Econômicos (DIEESE). La fuente original de estos datos es la Guia de Contribuição Sindical.

Cuadro II

1974: DISTRIBUCIÓN DEL EMPLEO Y NIVELES SALARIALES SEGÚN EL TAMAÑO DEL ESTABLECIMIENTO EN EL ESTADO DE SÃO PAULO.¹

Tamaño del establecimiento	Equipo de transporte	Mecánica	Eléctrica
Número de empleados (porcentajes) ²			
0-49 obreros	7.1	17.4	9.2
50-499 obreros	30.8	56.5	45.3
Más de 500 obreros	62.1	26.1	45.6
Salarios promedio ³			
50-99 obreros	92.8	137.2	98.7
Más de 500 obreros	139.9	153.5	103.9

FUENTE: IBGE, 1975.
¹ Las cifras se refieren a “obreros directamente vinculados a la producción”, lo cual incluye trabajadores manuales, capataces y personal técnico.
² Cifras correspondientes a junio de 1974.
³ Los salarios promedio correspondientes a todo el año están expresados en porcentajes del salario promedio de todos los obreros que trabajan en industrias manufactureras instaladas en el estado de São Paulo.

El modelo que se encuentra en el sector de la industria de ensamble de autos no se repite en los otros dos. La industria de productos eléctricos es obviamente diferente. En el cuadro II se puede ver que en ambas categorías de tamaño de los establecimientos, el salario promedio es muy similar al industrial promedio y sólo hay una diferencia del siete % entre las industrias pequeñas y las clasificadas como más grandes. En el cuadro I se puede ver que casi la mitad de los obreros que ganan hasta diez veces el salario mínimo ganaban entre dos y tres veces el mínimo, con otro 22 % que ganan entre tres y cuatro veces el salario mínimo. Comparada con la industria automotriz, la eléctrica paga en general un salario inferior y hay una significativa concentración de obreros en los apartados de pagas más bajas. Aunque en este ramo de la industria hay algunas grandes empresas y el 45 % de los obreros trabaja en instalaciones de más de quinientos obreros, el promedio de las tasas salariales aparentemente no asciende. Las cifras calculadas en otras dos empresas de la in-

dustria eléctrica (en Osasco y Santo Andre) muestran que en estas grandes industrias multinacionales el 73.1 % y el 56.2 % de los obreros ganan entre el doble y el triple del salario mínimo. La causa parece estar relacionada con la naturaleza de gran parte del trabajo en esta industria —ensamble ligero de electrodomésticos y pequeñas herramientas eléctricas— y es interesante observar que, según el censo industrial de 1978, la proporción de hombres y mujeres en la industria era de 2.6:1 comparada con 19:1 y 27:1 en las industrias de equipo de transporte y mecánica respectivamente.

La industria mecánica también es diferente. Hay un porcentaje muy pequeño de obreros empleados en instalaciones con más de quinientos obreros y, aunque los salarios son relativamente altos en los grandes establecimientos, están también muy por encima del promedio en la industria en las fábricas con entre 50 y 99 trabajadores. Los datos del cuadro I muestran que en el seno de la gran empresa que se ha escogido (industria en el subsector de herramienta maquinaria, que es el subsector más amplio, con el 33 % de todos los trabajadores en este sector en el año 1970), la distribución de los salarios está mucho menos concentrada que en cualquiera de los otros dos sectores. Si se compara con la empresa de coches, hay más trabajadores ganando hasta tres veces el salario mínimo y más trabajadores ganando más de cinco veces el salario mínimo. Aunque la principal concentración de obreros está en el mismo rango de salarios que en el caso de las empresas automotrices, el grado de concentración es mucho menor. Combinado con los datos obtenidos de *Pesquisa Industrial* referentes al sector mecánico en conjunto, esto puede sugerir que los obreros no especializados y semiespecializados ganan menos que en la industria de coches, pero los obreros especializados o bien ganan más o bien alcanzan un número relativamente mayor. Sin disponer de información más detallada, no podemos sacar conclusiones firmes pero es interesante observar que los salarios relativamente altos en promedio que se pagan en las industrias pequeñas podrían poner de manifiesto la importancia de la producción y la reparación a pequeña escala para las que se requiere trabajo especializado.

Incluso este examen rápido de la distribución de salarios en las tres industrias dinámicas tiene importantes consecuencias en el análisis de los obreros empleados en el denominado "sector moderno". Las diferencias esbozadas hasta ahora señalan diferencias en políticas salariales y prácticas de empleo que deben ser el resultado de diferencias en tipos de fuerza de trabajo empleada y, probablemente, tipo de trabajo realizado en cada sector. Es decir, las industrias diná-

micas distan mucho de ser homogéneas. Simultáneamente habría que añadir que, incluso dentro de las mismas plantas industriales, las situaciones de los obreros no son ni mucho menos idénticas, como lo indica la amplia gama de salarios del cuadro I. Esto significa que las empresas contratadoras más visibles pertenecientes a los sectores dinámicos, las grandes industrias automotrices, no se pueden tomar como modelo para el resto de las empresas. De hecho, las cifras indican que la industria de coches tiene casi un carácter único. En lo que respecta a niveles salariales sólo tiene equiparación con empresas pertenecientes a la industria de herramienta maquinaria, acero, equipo eléctrico pesado (locomotoras eléctricas, turbinas, etcétera), generadores de fuerza eléctrica y equipo para ferrocarriles, y únicamente estos últimos sectores pueden llegar a tener una distribución de especializaciones equiparable a la que se observa en la industria automotriz.⁹

Esto tiene dos importantes implicaciones en el desarrollo del movimiento obrero en las industrias dinámicas. En primer lugar, dada la diferenciación entre obreros no especializados y especializados (y los diferentes grados que hay entre estas dos categorías) en el interior de las plantas industriales, sería erróneo contemplar las movilizaciones obreras en ellas como las de una masa homogénea. La dinámica de las relaciones entre los diferentes grupos de obreros en la gran fábrica moderna merece especial atención cuando se analizan las movilizaciones obreras y el desarrollo de organizaciones sindicales y movimientos de base. En la industria de coches, la relación entre obreros especializados y no especializados ha sido muy importante en los últimos años tanto para el sindicato como para los cálculos de las industrias contratantes y el Estado. En segundo lugar, si dentro de la categoría de grandes empresas modernas existen diferencias en estructuras salariales, niveles salariales y políticas de empleo, la formación de un movimiento obrero unificado, en consecuencia, no surgirá naturalmente en estas empresas a partir de una franca identificación de intereses comunes. Esta unidad se ha de de-

⁹ Estas afirmaciones sobre niveles salariales se derivan de un examen de los datos proporcionados por el DIEESE. Es interesante observar que la planta Cobrasma en Osasco, que fue uno de los centros de la huelga de 1968, está dedicada a la producción de equipo para ferrocarriles, lo mismo que las dos plantas Fiat en Córdoba, Concord y Materfer. En Córdoba, a finales de los sesentas, los centros de las movilizaciones obreras fueron las plantas automotrices, las dos fábricas Fiat y el sindicato de trabajadores electricistas, Luz y Fuerza. Este último es un sector que se caracteriza por sus altos salarios, como apunta Sigal (1974). Roldán (1978) ha escrito una excelente crónica del periodo militante de Luz y Fuerza.

sarrollar en base a llamamientos a diferentes grupos dentro de un programa común y es interesante ver cómo, en el caso del sindicato de los obreros metalúrgicos de São Bernardo, ha surgido una amplia gama de planteamientos. El sindicato ha tomado seriamente la movilización de las mujeres y ha incluido entre sus demandas las que interesan directamente a las obreras (facilidades de guardería, permiso por maternidad, igualdad de salarios) aun cuando las mujeres son todavía minoría en esta categoría obrera en su conjunto. La creación de plataformas que unan a diferentes grupos obreros es obviamente esencial para alcanzar una unidad más amplia del movimiento obrero.

4. Salarios altos

El análisis del proceso del trabajo nos permite aclarar la cuestión de los salarios relativamente altos. En el apartado anterior hemos visto que los niveles salariales muy por encima del promedio industrial no están generalizados en todas las industrias dinámicas; están principalmente limitados a los sectores mecánico y de ensamble de autos, pero también se dan en partes de la industria química y de la llantería. En muchos de los análisis sobre las razones que existen para que haya salarios altos, se parte del supuesto de que deben derivarse de la situación de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo. Los salarios se vinculan, por lo tanto, al nivel de especialización requerido o a la posición de monopolio de los obreros (teorías sobre la segmentación del mercado de trabajo) o a la necesidad que tienen las empresas de estabilizar sus fuerzas laborales a fin de reducir costos de adiestramiento. Al mismo tiempo, la concentración en los aspectos técnicos del proceso de trabajo, que es el núcleo de muchos análisis sobre el desarrollo de la industria moderna, legitima la utilización de modelos de mercados de trabajo con altos salarios que se han desarrollado en Estados Unidos (véase, por ejemplo, Foxley y Muñoz, 1977). El problema que crea la importación de estas teorías no es que éstas tengan su origen fuera de Latinoamérica o Brasil — muchos de los análisis importantes se han producido en Estados Unidos o en otras partes— sino más bien que se aplican a la situación latinoamericana o brasileña sin tener en cuenta que las circunstancias obreras son muy diferentes a las que se dan en Estados Unidos. Las condiciones de la oferta de mano de obra y las oportunidades que se tienen de controlar el trabajo son muy diferentes y esto tiene un impacto crucial en las políticas de empleo que adoptan todas las empresas, incluyendo las transnacionales.

El análisis del proceso de trabajo capitalista acentúa la variabilidad de las prácticas de empleo (tipos de salario, políticas de promoción, etcétera) que se pueden combinar con una tecnología determinada y también la importancia que tiene para el capital el control del trabajo. La fuerza de trabajo no es simplemente otra mercancía que se pueda comprar, vender y analizar en función de la oferta y la demanda. Se ha de consumir productivamente en el proceso de trabajo y esto exige el control sobre los obreros. En el caso de la industria automotriz, los salarios altos se pueden interpretar como un mecanismo de control y un incentivo para que los obreros acepten tanto el control de la dirección como un ritmo de trabajo intensivo. El hecho de que se paguen salarios relativamente altos en tareas para las que no se requiere gran especialización es el resultado del trabajo que se realiza en las plantas de automóviles. El trabajo en estas plantas es relativamente duro y los obreros aceptan el tener que trabajar más duro por los salarios superiores al promedio que reciben (véase Humphrey, 1979: 98-101). Simultáneamente, estos salarios relativamente altos significan que los obreros temen perder sus empleos (porque sufrirán pérdidas en sus ingresos), y esto permite que la dirección imponga una disciplina especialmente estricta. Dicho de otro modo, los salarios altos en la industria automotriz forman parte de una política de empleo que se ha apoyado más en el control directo y la coerción que en proporcionar incentivos. La industria automotriz ha podido actuar así debido a la situación de la mayoría de los obreros, a los que se pedía ejecutar tareas sumamente específicas que requerían de una capacitación muy limitada. Esto, combinado con una buena oferta de mano de obra y organizaciones obreras con fuerza limitada, permitió a las empresas introducir una política de control rígido, salarios relativamente altos, altas tasas de empleo temporal (despido) y un antisindicalismo virulento. Esta política fue efectiva durante casi toda la década de los setentas excepto en lo que se refiere al control de los obreros especializados cuya situación es bastante diferente a la de la masa de obreros no especializados o semiespecializados (véase Humphrey, 1979: 105-21). A los obreros especializados se les tuvieron que garantizar muchas más concesiones y ellos fueron los que formaron la columna vertebral del desarrollo de la organización sindical en la industria automotriz que culminó en los paros de mayo de 1978 y en los acontecimientos de 1979 y 1980 que desafiaron al sistema de trabajo utilizado por los empresarios.

Interpretar las políticas de salarios altos a la luz de un control específico por parte de la dirección tiene importantes implicaciones en el análisis de los obreros de la industria del automóvil. Para ana-

listas como Foxley y Muñoz, los salarios altos están relacionados con un tipo concreto de mercado de fuerza de trabajo que se caracteriza también por la estabilidad del empleo, buenas condiciones de trabajo y buenas oportunidades de promoción (1977: 64-85). La relación entre estos factores se deriva de análisis de mercados de trabajo en Estados Unidos y de la distinción entre mercados de trabajo primarios y secundarios (véase Doeringer y Piore, 1971). No obstante, si es cierto que las prácticas de empleo pueden variar de acuerdo a la situación política, las condiciones del mercado de trabajo, la organización sindical, etcétera, entonces se podría encontrar la misma tecnología en diferentes países pero combinada con diferentes políticas de empleo.¹⁰ Más concretamente, un examen de las condiciones de trabajo en el sector moderno, y en especial en la industria automotriz, pone de manifiesto que las condiciones laborales no son de ningún modo buenas. Aquí pondremos de relieve sólo cuatro consecuencias de lo que esto implica.

En primer lugar, se pueden encontrar salarios altos en relación con una intensificación del trabajo. Las fábricas del sector moderno pueden muy bien necesitar obreros que trabajen largas jornadas, con complicados modelos de turnos y tasas altas de horas extraordinarias. Al mismo tiempo, existen todas las razones para creer que las condiciones para un aumento en la intensificación del trabajo existen en mayor medida en las industrias dinámicas, en las que el control de la dirección sobre la producción es más fuerte y las prácticas de trabajo están más especificadas y controladas. En relación a esto, es interesante recordar que Marx clasifica el aumento en la intensificación del trabajo como parte del proceso de creación de plusvalía relativa, porque incluso la mayor intensidad del trabajo depende del “desarrollo de las fuerzas de trabajo socialmente productivas” (Marx citado en Rosdolsky, 1977: 224). En otras palabras, el aumento en la intensidad del trabajo se basa en la organización capitalista y en el control de la producción. También es cierto que el uso cada vez mayor de capital en la gran fábrica moderna tiene tendencia a aumentar la necesidad por parte de la empresa de un período rápido de reintegración de capital, lo cual se logra mediante un uso intensivo.

¹⁰ Un análisis de los inconvenientes que tienen las teorías sobre los mercados de trabajo internos (del tipo de las utilizadas por Foxley y Muñoz) se puede encontrar en Ruberry (1977), quien subraya la importancia de las luchas obreras en el desarrollo de estos mercados en los Estados Unidos. Su crítica implica que estos modelos no se pueden aplicar en circunstancias diferentes sin tener un gran cuidado.

Un segundo rasgo de la industria moderna es la combinación de tecnología altamente avanzada con la permanencia de trabajo manual simple y pesado. Esto puede suceder a resultas de la imposibilidad de mecanizar ciertos procesos (como, por ejemplo, cuando los trabajos más difíciles de soldadura en las líneas automatizadas de carrocerías se dejan a los obreros porque los robots no pueden hacerlos), o porque todavía es más barato emplear a obreros que los hagan. Nichols y Armstrong (1976) señalan la coexistencia de tecnología de procesos automáticos avanzados y de trabajo manual pesado en una planta industrial petroquímica en Inglaterra, por ejemplo, y podríamos multiplicar los casos sin ninguna dificultad. Estos dos factores reunidos ponen de manifiesto que el problema de las condiciones de trabajo todavía es muy importante en el seno de las grandes industrias modernas. Los estudios de Capistrano y López desarrollan mucho más este punto. De esto se deduce que para los obreros de las grandes fábricas modernas todavía es sumamente importante estar protegidos por la ley. La aplicación de la ley en lo que respecta a condiciones de trabajo no es un problema reservado a los obreros de las industrias tradicionales.¹¹

Una tercera implicación de este análisis del papel que juegan los salarios altos es que éstos no necesariamente están asociados a promoción, adiestramiento y políticas de estabilización. La experiencia que se ha tenido con la industria del automóvil en Brasil es que para la masa de los obreros hay muy poco entrenamiento. El hecho de que en Brasil haya complejas estructuras salariales y esquemas de promoción en la mayor parte de las grandes compañías no se ha de interpretar como prueba de que los obreros dispongan de oportunidades reales de mejoramiento. A veces es posible, por ejemplo, que la forma pieza-tasa corresponda al contenido días-tasa. Los trabajadores cobran por pieza pero el cálculo lo hace el empresario para asegurarse de que los obreros sólo reciban un salario diario básico. Del mismo modo, lo que se denomina "promoción" puede que corresponda únicamente a una elaborada estructura de salarios diseñada para fragmentar a la fuerza de trabajo, ajustar los salarios a las condiciones que prevalezcan en el mercado de trabajo, y reducir el costo de la fuerza de trabajo al mínimo compatible con las necesidades de

¹¹ Si bien los obreros de las industrias dinámicas pueden oponerse a los constreñimientos de la legislación laboral existente, esto no implica que estén en contra de una legislación protectora en el terreno de la salud y seguridad. Por el contrario, como Lopes y Capistrano observan, lo que se necesita es una legislación puesta en práctica por una organización obrera adecuada en el mismo lugar de trabajo.

la empresa. Por lo tanto, para un análisis de la situación del empleo en la industria moderna, es necesario hacer un examen detallado del funcionamiento de cada una de las prácticas de empleo ya que sólo las formas no pueden revelar el contenido del sistema tal como funciona en realidad.

La implicación final del análisis del papel que desempeñan los salarios altos es que éstos forman parte de un sistema de control del trabajo que no sólo está determinado por factores tecnológicos. Si es cierto que las cuestiones de mercado de trabajo y libertad política y sindical de los obreros son también importantes para determinar las prácticas de empleo que tienen las empresas, los cambios, ya sea en el mercado del trabajo, ya sea en la situación política, influirán sobre estas prácticas. Esto puede verse en dos situaciones. Cuando se desarrolla una escasez de mano de obra, las empresas hacen un ajuste en sus políticas de empleo y esto pudo verse claramente en São Paulo a mitad de los setentas. Como Pinto da Silva (1977: 5-6) ha puesto de manifiesto, respondiendo a la escasez de mano de obra en 1973 y 1974, muchas empresas pequeñas y otras tradicionales empezaron a desarrollar sus propios departamentos de personal porque los métodos no organizados para reclutar fuerza de trabajo no eran los adecuados en un periodo de escasez de mano de obra temporal. Se promovió el desarrollo de la maquinaria administrativa para elaborar averiguaciones sobre los niveles salariales en otras empresas y las compañías empezaron a contratar "profesionales" que hicieran publicidad pidiendo obreros, a los que clasificaban someténdolos a pruebas psicológicas, controlaban la realización de su trabajo y diseñaban estructuras salariales para mantenerlos en el empleo. Todo esto implica cambios en la propia división del trabajo que haga la dirección y también transformaciones en la manera de tratar a los obreros. En especial, son de prever sistemas burocratizados para calcular salarios que sustituyan a un control de los mismos personalizado y sin estructura puestos en práctica por las personas que estén a cargo de la producción.¹² Dicho de otro modo, todos los aspectos de

¹² Mientras estaba estudiando una pequeña empresa de partes componentes en São Bernardo en 1974, pude ver esta transformación con toda claridad. La contratación de "profesionales" en el terreno de la administración del personal significaba que la determinación de los salarios se quitaba de las manos del antiguo jefe de producción, quien trataba con los obreros de un modo individual y paternalista, y se trasladaba a la esfera de estructuras salariales planificadas. Esta burocratización de las estructuras salariales pretendía en parte racionalizar el sistema en una situación de escasez de mano de obra y, en parte, alejar la determinación de salarios de una esfera en la que los obreros podían ejercer presión directa sobre las personas que decidían los aumentos salariales.

la “gran empresa moderna” se trasladan a las empresas pequeñas y tradicionales sin que haya habido ninguna transformación de la producción. El segundo ejemplo de factores no tecnológicos en las transformaciones que sufren las prácticas de empleo es la respuesta del empresario a la inquietud laboral en los últimos años de la década de los setentas. Aunque esto está todavía en etapa de planeación, la dirección de las grandes empresas sabe que políticas como la rotación del trabajo son inaceptables para los sindicatos y está haciendo planes para alterar estas prácticas, del mismo modo que está planeando hacer concesiones en el área de salud y seguridad cuando la presión sindical lo exige. Es muy probable que si el movimiento sindical se hace más fuerte¹³ la dirección tenga que reducir la rotación del trabajo y también las diferencias salariales dentro de las plantas industriales, etcétera, porque los obreros se oponen persistentemente a ellas. La tecnología es sólo un factor y los empresarios tendrán que idear nuevas maneras de controlar a sus obreros cuando las condiciones que permitieron implementar una estrategia represiva en los setentas ya han dejado de estar vigentes.

5. La gran fábrica moderna y el movimiento obrero brasileño

Hasta aquí hemos demostrado que hay una variación considerable de la tecnología y las prácticas de empleo en el seno de las industrias dinámicas y que la “modernidad” de las empresas “modernas” consiste principalmente en las formas de control que éstas ejercen sobre los obreros. No obstante, antes de que se puedan analizar las implicaciones de estas conclusiones, es necesario profundizar un poco más en los denominados sectores “tradicionales” porque el concepto de gran fábrica moderna implica inevitablemente la existencia de su contrario, la fábrica pequeña tradicional o taller. En contraste con la planta moderna caracterizada por altos salarios, alta tecnología, altas ganancias y de propiedad extranjera, está la imagen de la empresa pequeña, con bajos salarios, tecnológicamente retrasada y que lucha por mantenerse nacional, cuyos obreros no obtienen ninguno de los beneficios que se dice que concede la contratación con las empresas multinacionales. En este contexto, el desarrollo indudablemente desigual de la economía en el último cuarto de siglo, caracterizado con el término “heterogeneidad estructural”, se ha

¹³ Ésta sigue siendo una suposición razonable a largo plazo a pesar del resultado de la huelga de los obreros metalúrgicos en abril-mayo de 1980.

transformado en una noción de economía dual que acentúa las distinciones entre los diferentes sectores y palia la diversidad existente entre las industrias tradicionales y las modernas.

En el mismo periodo en el que se estaban desarrollando industrias productoras de bienes de consumo duradero y bienes de capital, estaban teniendo lugar dos procesos importantes. Por una parte, las nuevas industrias estimularon la creación de muchas empresas pequeñas en los sectores dinámicos. Esto dio origen a una diversidad de empresas dentro de estos sectores. Por otra parte, algunas de las industrias que ya tenían muchos años de antigüedad, sufrieron una rápida transformación. Entre 1949 y 1969, por ejemplo, en Brasil se registraron los crecimientos más altos en producción total por obrero en las industrias textil, alimentaria, tabacalera y de minerales no metálicos (Mata y Bacha, 1973: 307). Estas industrias también fueron afectadas por la penetración de capital extranjero y, en 1968, seis de las diez empresas más importantes, tanto en el ramo textil como en el alimentario, eran ya de propiedad extranjera (Fajnzylber, 1971: 144). De modo similar, según el Censo Industrial de 1970 del estado de São Paulo, la mayor importadora de maquinaria y equipo extranjeros era la industria textil. A results de estos procesos de desarrollo, la mayoría de los sectores industriales importantes brasileños dan muestras de una heterogeneidad interna considerable, con diferencias en la productividad que son mayores dentro de cada sector que entre ellos (Baltar, citado por Almeida, 1978: 478-79). Calificar a estos sectores, cuya cuota de producto interno bruto y de empleo manufacturero ha ido decreciendo (pero sólo en términos relativos, en su conjunto), de estancados o inalterados sería un grave error.

A consecuencia de la expansión de las industrias dinámicas y de la transformación de algunos de los mayores sectores "tradicionales", la masa de obreros en los principales centros industriales brasileños trabaja cada vez con mayor frecuencia en las grandes instalaciones. En los estados de Guanabara, Minas Gerais, Río de Janeiro y São Paulo, en 1974 había entre un 63 % y un 67 % de los obreros en la industria manufacturera que trabajaba en fábricas con más de cien empleados.¹⁴ Se ha de suponer que en la gran mayoría de estas fábricas con cien o más obreros, las relaciones entre el patrón y los trabajadores es plenamente capitalista. Incluso fuera de los sectores diná-

¹⁴ Estas cifras, tomadas de *Pesquisa Industrial* correspondientes a 1974, estiman por lo bajo el número de obreros que trabajaban en instalaciones pequeñas. No obstante, aun teniendo en cuenta esta subestimación, la concentración de obreros en las grandes fábricas no deja de ser impresionante.

micos, la empresa pequeña que se basa en gran parte en el trabajo familiar o en relaciones no plenamente capitalistas entre empresario y trabajador tiene únicamente una importancia marginal. Los sectores denominados “tradicionales” se están desarrollando, aumentando el tamaño de sus instalaciones y (como vimos en el apartado anterior) adoptando formas de control del trabajo que son las mismas que se encuentran en las industrias dinámicas. Es imposible, por lo tanto, explicar el ascenso de los sindicatos basados en las industrias dinámicas a un puesto de liderazgo en el seno del movimiento obrero brasileño apoyándose en teorías sobre la formación de una clase obrera totalmente dependiente del salario y el trabajo o en la noción de que la tecnología extranjera crea nuevas situaciones para la fuerza de trabajo que conducen a nuevas formas de acción. Si bien estas implicaciones *pueden* tomarse en cuenta para entender las diferencias entre el movimiento obrero en su conjunto en São Paulo y el movimiento obrero en, por ejemplo, las regiones más atrasadas del nordeste, no pueden explicar las diferencias existentes en el seno del movimiento obrero en São Paulo o en las otras zonas industriales importantes.

Para empezar, la noción de una dicotomía entre los sectores modernos y tradicionales conduce inevitablemente a enfatizar las diferencias y oposiciones en el seno del movimiento obrero. No obstante, en base a los argumentos expuestos hasta ahora, podríamos comenzar el análisis de las relaciones entre los diversos sectores de la clase obrera subrayando su común subordinación al dominio del capital. Este punto de partida dista mucho de ser una afirmación abstracta de la relación entre capital y trabajo. Se ha puesto de manifiesto que las empresas transnacionales en la industria del automóvil han creado una forma específica de control sobre el trabajo en la década de los setentas y esto no hubiera sido posible sin el apoyo directo del Estado. La legislación introducida en los terrenos del derecho de huelga y la estabilidad del empleo, junto con el control estatal tanto de los sindicatos como de los activistas de base en las plantas industriales, crearon una situación en la que se podía imponer un control especialmente rígido sobre los obreros no especializados y semiespecializados. Lejos de gozar de una posición privilegiada, estos obreros tuvieron que enfrentar reducciones en los salarios, inseguridad de empleo, intensificación del trabajo, largas jornadas laborales, y peligrosas e insanas condiciones de trabajo. Por estas razones, tuvieron motivos para oponerse al Estado y a los empresarios y luchar por un mejoramiento de su condición, y por estas mismas razones fueron capaces de unirse a otros sectores de la clase obrera en las

campañas por una mayor libertad sindical y por la democratización del sistema político.

Si bien es cierto afirmar que los obreros del sector dinámico fueron afectados adversamente por las políticas estatales durante el periodo posterior al golpe militar de 1964, esto no puede explicar sin embargo por qué ellos, y no cualquier otro grupo de obreros, han predominado tanto en la lucha por la reforma sindical y la democratización. Se pueden sugerir cuatro causas que explican su papel de liderazgo. En primer lugar, los obreros del sector dinámico han experimentado las contradicciones del milagrò económico brasileño de un modo particularmente agudo. Por ejemplo, en tanto que la industria del automóvil expandía su producción a un ritmo del 20 % anual o más y la productividad ascendía rápidamente, los salarios de los obreros no especializados o semiespecializados apenas si mantenían el paso con la tasa de inflación. La productividad y las ganancias crecían claramente pero los salarios se mantenían bajos en tanto que la intensidad del trabajo crecía. En segundo lugar, el tamaño y la concentración geográfica de las empresas en los suburbios industriales facilitaba la organización sindical en circunstancias difíciles. En São Bernardo en especial, la concentración de trabajadores en unas pocas plantas industriales de gran tamaño fue crucial para el desarrollo de las actividades sindicales a través de la utilización de los dirigentes sindicales como delegados de fábrica y estas pocas plantas industriales han dado su ejemplo a los obreros de otras empresas en la zona. En tercer lugar, el dinamismo de los sectores dinámicos ha tenido como consecuencia la formación de una base firme sobre la cual los sindicatos pueden llevar a cabo sus actividades. El empleo creció y las empresas ganaban obviamente lo suficiente como para que los obreros creyeran que los salarios podían ser más altos. La falta de canales formalmente establecidos que los trabajadores pudieran utilizar para mejorar los salarios y las condiciones de trabajo, simplemente los alentaron a buscar otros medios para mejorar su situación. En cuarto lugar, la presencia de un número significativo de obreros especializados en las industrias de ensamble de autos y mecánica proporcionó a los sindicatos un núcleo de trabajadores que no se dejaba intimidar o victimizar fácilmente por los empresarios, y estos obreros formaron la base de una rápida organización sindical en las fábricas.

Todas estas razones sugieren que los trabajadores de las industrias dinámicas enfrentaron los mismos problemas que los obreros de otros sectores y que la razón de su abierta resistencia al Estado fue su mayor capacidad para organizarse y expresar su descontento. La

implicación de este argumento es que los obreros de otras industrias pueden apoyar las demandas presentadas por los trabajadores de las industrias dinámicas y, cuando se gane una mayor libertad para la clase obrera, las movilizaciones del movimiento obrero serán más amplias. Esto es lo que sucedió de hecho en 1976 y 1979. Ello no significa afirmar que una posición unificada que esté apoyada por obreros de todas las industrias pueda desarrollarse en todos sus puntos, pero lo que sí sugiere es que la dicotomía entre obreros de industrias dinámicas y tradicionales no es ni mucho menos inevitable. Una vez abandonada la idea de que las situaciones de los obreros en estos sectores diferentes son fundamentalmente distintas, la cuestión de la unidad del movimiento obrero es algo mucho más complejo.

En vez de profundizar más en esta discusión sumamente compleja e importante sobre la clase obrera brasileña, quisiera concluir con algunos comentarios sobre el desarrollo de la industria que son más fáciles de incluir dentro de las limitaciones de extensión de este texto.¹⁵ Hicimos notar al comienzo que las industrias modernas se caracterizan por el tamaño de sus establecimientos y su concentración geográfica. Estos rasgos característicos han favorecido el desarrollo de la resistencia obrera. A los empresarios y al Estado les tomaron por sorpresa las movilizaciones obreras de 1978 y 1979 e, incluso en abril de 1980, no estaban preparados para el alto nivel de resistencia de que dieron muestras los trabajadores del metal en Santo André y São Bernardo. De todos modos, trataron de responder a su vez a los ataques. Inicialmente, intentaron utilizar las tácticas que habían funcionado durante casi toda la década de los setentas y, a medida que creció el desafío de los obreros, los empresarios se vieron obligados a buscar la ayuda del Estado para contener y reprimir las movilizaciones obreras en las industrias dinámicas. No obstante, el estudio del proceso capitalista de trabajo sugiere respuestas más fundamentales por parte de los empresarios que pueden empezar a manifestarse en el próximo periodo. En el apartado cuarto se mencionó la cuestión del cambio en las prácticas de empleo y, a largo plazo, puede que se adopten medidas más básicas. El análisis de la estrategia capitalista y del proceso de trabajo en Italia nos indica que, para responder a las movilizaciones obreras, el capital trata de: i] eliminar áreas específicas de resistencia obrera mediante la intro-

¹⁵ Aunque, llegados a este punto, los argumentos en este campo no se pueden profundizar más, vale la pena decir que el análisis del futuro derrotero de la unidad de la clase obrera que está teniendo lugar en Brasil mejoraría si se prestara mayor atención a los problemas y soluciones enfrentados y producidas respectivamente por los movimientos obreros en Italia, España y Portugal.

ducción de nueva maquinaria y técnicas, ii] descentralizar la producción para evitar que se reúnan grandes grupos de trabajadores; y iii] reorganizar áreas de trabajo que crean un especial resentimiento en los obreros. La primera y la tercera de estas opciones todavía no se han manifestado en Brasil por dos razones: en general, el trabajo especializado no es fácil de mecanizar y la línea de ensamble (el área de producción más impopular) todavía es controlable. Pero sí está teniendo lugar una descentralización. Por muchas razones — no sólo “problemas laborales” — la mayor parte de las nuevas inversiones importantes en la industria automotriz se están canalizando a instalaciones fuera de São Bernardo (en São José dos Campos y Taubaté, al este de São Paulo), y será interesante ver si esta tendencia continúa en los ochentas a medida que la industria automotriz brasileña se reorganice e integre más estrechamente a las industrias argentina y norteamericana.

De momento, el futuro de los sectores dinámicos, y el de la industria automotriz en particular, es incierto. La situación de los obreros que trabajan en ellos estará más influida por el desarrollo general de la vida política brasileña que por el del proceso del trabajo en las fábricas. No obstante, este último aspecto tendrá una importancia fundamental en el análisis de las bases de demandas presentadas por estos obreros y las posibles bases para la unidad de la clase. La lucha de clases en lo que respecta a la producción sigue siendo un aspecto decisivo, pero poco estudiado, de la experiencia de la clase obrera brasileña.

- John Humphrey. Profesor e investigador en el Departamento de Sociología de la Universidad de Liverpool, Gran Bretaña.

Bibliografía

ALMEIDA, María H. T. de, 1978: “Desarrollo capitalista y acción sindical”, *Revista Mexicana de Sociología*, 40 (2): 467-92.

Brighton Labour Process Group, 1977: “The Capitalist Labour Process”, *Capital and Class*, 1: 3-26.

DOERINGER, Peter B., y Michael D. Piore, 1971: *Integral Labor Markets and Manpower Analysis*, Lexington: D. C. Heath.

FAJNZYLBER, Fernando, 1971. *Sistema industrial e exportação de manufacturados*, Río de Janeiro: IPSA/INPES.

FOXLEY, Alejandro, y Oscar Muñoz, 1977: “Políticas de empleo en economías heterogéneas”, *Revista Paraguaya de Sociología*, 14 (38): 81-100.

FRIEDMAN, Andrew L., 1977: *Industry and Labour*, Londres; Macmillan.

HUMPHREY, Jonh, 1979: "Operários da industria automobilística no Brasil: novas tendências no movimento trabalhista", *Estudos CEBRAP*. 23: 81-103.

HUMPHREY, John, 1980: "Uso y control de la fuerza de trabajo en la industria del automóvil brasileña" Ponencia presentada en la conferencia sobre la Internacionalización del Capital y el Proceso del Trabajo, Universidad Nacional Autónoma de México, México, marzo 3-14.

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, s.f., *Censo industrial, Brasil, 1960*, Río de Janeiro: IBGE.

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, 1974a. *Censo industrial, Brasil 1970*, Río de Janeiro: IBGE.

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, 1974b. *Censo industrial, São Paulo, 1970*. Río de Janeiro: IBGE.

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, 1976. *Pesquisa industrial, Região sudeste 1974*, Río de Janeiro: IBGE.

LOBOS, Julio A., 1976: "Technology and Organisation Structure: A Comparative Case-Study of Auto and Processing Firms in Brazil" Tesis doctoral inédita. Universidad de Cornell, Ithaca.

MATA, Milton da y Edmar L. Bacha. 1973, "Emprego e Salários na Industria de transformação 1949/69", *Pesquisa e Planejamento Económico*, 3 (2): 303-40.

NICHOLS, Theo y Peter Armstrong, 1976: *Workers Divided*, Londres: Fontana.

PALMA, Armando de, 1972 "La organización capitalista del trabajo en *El Capital* de Marx", *La división capitalista del trabajo*, Cuadernos de Pasado y Presente, n. 32, Córdoba: Pasado y Presente.

PINTO DA SILVA, Moacyr, 1979: "Relações de trabalho na moderna empresa brasileira", Ponencia en el Segundo seminario sobre relaciones laborales y movimientos sociales, CEDEC, São Paulo, mayo.

ROLDÁN, Marta, 1978: *Sindicatos y protesta social en Argentina*, Amsterdam: CEDLA.

ROSDOLSKY, Román, 1978: *Génesis y estructura de El Capital de Marx*, ed. Siglo XXI, México.

RUBERRY, Jill, 1976: "Structured Labour Markets, Worker Organisations and Low Pay", *Cambridge Journal of Economics*, 2 (1): 17-35.

SIGAL, Silvia, 1974: "Attitudes ouvrières en Argentine" Tesis inédita. École Pratique des Hautes Études, Paris.

[Traducción: Isabel Vericat]

Chile: Estado y dominación

Jaime Osorio

Introducción

Analizado desde la esfera política todo sistema de dominación constituye la expresión de las correlaciones de fuerza entre las clases fundamentales de la sociedad, de las alianzas de clases prevalecientes y de los acuerdos y compromisos entre las diversas fracciones de las clases dominantes. Las modificaciones producidas en estos terrenos tienden a expresarse en las estructuras de dominio y ello será tanto más profundo si tales modificaciones afectan las relaciones entre las clases fundamentales.

Los cambios en el sistema de dominación en Chile desde el golpe militar son fundamentalmente el resultado de las alteraciones radicales producidas en las relaciones de fuerza entre la burguesía y el proletariado. El sistema institucional anterior —que permitió un importante avance del movimiento popular— fue abruptamente liquidado, iniciándose la construcción de una nueva institucionalidad que busca soldar las conquistas obtenidas por las clases dominantes.

Si bien existen momentos que permiten precisar con claridad los cambios en la estructura política —en Chile, el 11 de septiembre de 1973 con el golpe militar—, tales momentos son el resultado de tendencias que vienen gestándose desde fechas anteriores. Con la pérdida de las elecciones presidenciales de 1970 —que permiten al movimiento popular llevar hasta sus límites la democracia burguesa— sectores de la burguesía comprenden que el sistema de dominación vigente está haciendo agua por cuanto permite una alteración sustancial de los equilibrios sociales en su perjuicio. Por otra parte, las alianzas de las clases dominantes con diversos sectores de la pequeña burguesía venían fisurándose desde mediados del gobierno

demócrata-cristiano de Eduardo Frei (1964-1970), lo que favoreció el tránsito de estos sectores hacia el campo popular. También es claramente perceptible bajo la gestión freísta el auge de las disputas y fracturas en el seno del bloque dominante. A esto se agrega la incapacidad del régimen político para contener o canalizar la creciente activación de amplios sectores del movimiento de masas, misma que se elevará aún más entre 1970 y 1973. En diversos campos se debilitaban los acuerdos sociales y políticos que mantenían el antiguo sistema de dominación.

Lo que se produce en Chile en 1973 no es sólo una modificación radical de las correlaciones de fuerza entre las clases. En ese año se inicia la construcción de un nuevo sistema de dominación que busca sentar sobre nuevas bases y espacios políticos las relaciones interclases. El objetivo de este trabajo es analizar las principales características de ese nuevo sistema y los factores que inciden en hacer del actual modelo político un ordenamiento que impide los acuerdos consensuales, provocando que el régimen militar chileno sea uno de los más represivos de la región. En este sentido, intentamos discutir la pertinencia de hablar de "éxito político" en el caso de la dictadura chilena.¹

En el análisis que sigue concebimos al Estado como la cúspide o el núcleo de un sistema de dominación y desechamos aquel tipo de categorías que tienden a identificarlo, como ocurre en el concepto althusseriano de "aparatos ideológicos *de Estado*", que deviene de la fórmula gramsciana "Estado es igual a sociedad civil más sociedad política". En estos casos se postula una concepción en donde *el Estado lo es todo*, lo que plantea graves confusiones en una estrategia de conquista del poder.² Entendemos que son las formas particulares como se articula el Estado con la sociedad civil lo que nos permite descifrar algunos de los principales rasgos de la dominación.

I. Agotamiento del antiguo sistema político

Factores de orden económico, político y social se conjugaron para hacer del antiguo sistema de dominación un marco inadecuado para

¹ Véase al respecto Sergio Bitar, "El 'milagro' chileno", *Nexos*, n. 47, México, junio de 1981.

² Para un análisis de los problemas que se derivan de la identificación entre Estado y Sistema de Dominación, véase Ruy Mauro Marini, *El reformismo y la contrarrevolución*, ed. Era, Serie popular, México, 1976, pp. 92 y 93. También consúltese Perry Anderson, "Las antinomias de Antonio Gramsci", *Cuadernos Políticos*, n. 13, julio-septiembre de 1977, México, pp. 27-29.

encauzar la dinámica de las clases y equilibrar sus disputas. Si bien para amplios sectores de las clases dominantes ésta situación llegó a hacerse más palpable, dados los peligros que subyacían en el proceso de acumulación de fuerzas realizado por el movimiento popular *en el seno* del orden político anterior, ello también tendió a manifestarse en el movimiento popular. La dinámica rupturista de los cauces institucionales que se expresó en organismos como los Comandos Comunales e incluso los Cordones Industriales³ que se gestaron en el último periodo del gobierno de Salvador Allende, al igual que las masivas manifestaciones solicitando el cierre del Parlamento, en donde se concentraba una mayoría opositora al gobierno, así lo indican. El hecho de que los cambios estatales llevados a cabo tras el golpe militar sean el resultado de este doble agotamiento, debido a la agudización de la lucha de clases, es uno de los factores que explica el por qué de la radicalidad con que las clases dominantes rompen con las estructuras anteriores. Veamos los principales elementos que incidieron en hacer caduco el antiguo sistema político.

1. Cambios en los ejes de acumulación de capitales

La economía chilena, y particularmente su sector industrial, sufre en los años sesenta importantes readecuaciones. La creciente presencia del capital extranjero en el sector secundario provocó el desarrollo y auge de nuevas ramas y sectores industriales (bienes de consumo suntuario, bienes intermedios y bienes de capital): las llamadas ramas dinámicas, que tendieron a convertirse en los nuevos ejes de la acumulación, desplazando a las ramas creadas al inicio del proceso de industrialización (1930 y 1940), las ramas tradicionales, productoras fundamentalmente de bienes salarios: alimentos, textiles, etcétera.⁴ En el cuadro de una economía con deficiencias de acumulación por lo menos desde los años cincuenta, este desplazamiento se desarrolló con dolorosos resultados para diversos sectores de la

³ Los Comandos Comunales constituyeron los gérmenes de un nuevo poder estatal. Eran organismos de base que aglutinaban a diversos sectores sociales de una zona: obreros activos, desempleados, estudiantes, campesinos, pobladores, etcétera, que planteaban tareas de dirección política y administrativa sobre aquélla. Se multiplicaron durante el último año de gobierno de Salvador Allende.

Los Cordones Industriales organizaban a los sindicatos obreros de las zonas industriales. Desarrollaron una gran capacidad de movilización y allí se gestó la parte más importante de la resistencia al golpe militar.

⁴ Véase Ruy Mauro Marini, "El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación", *El reformismo...*, cit. pp. 57-66.

burguesía. La deficiencia de capitales obligó a Eduardo Frei, quien ascendió a la presidencia del país con el apoyo de un amplio bloque burgués, a tener que tomar opciones *dentro de líneas económicas alternativas*. Es así como la nueva fracción burguesa industrial comienza a encontrar en el gobierno un aliado fundamental.

Esta nueva dirección burguesa en el Estado no podía llevar adelante en forma plena su proyecto económico al tener que cargar con los costos económicos que se derivaban de las alianzas sociales y políticas que marcaron el ascenso de Frei a la presidencia del país. Baste recordar que el candidato demócrata-cristiano surgió en el plano interno como una alternativa burguesa populista de recomposición de alianzas sociales luego del impopular gobierno desarrollado por el empresario Jorge Alessandri y ante el avance electoral mostrado por la izquierda en las elecciones presidenciales de 1958;⁵ y en el plano internacional —auspiciado por el gobierno norteamericano— como la alternativa revolucionaria, “pero en democracia”, a la revolución cubana.

Por todo lo anterior, y a pesar de que la política económica tendió a concentrar los ingresos, en aras de fortalecer la esfera alta del consumo, con agudas caídas del salario y represión a diversos sectores populares, lo cierto es que la burguesía dinámica no encontró *condiciones políticas* para fortalecer su proyecto económico. Éste exigía primeramente modificar sustancialmente la fuerza presente en el seno del movimiento popular, el cual tendió a crecer en los últimos años del gobierno freísta, desplazando además a sectores burgueses y pequeñoburgueses, con lo que provocó mayores dificultades a los sectores dominantes. De esta forma, las instituciones democráticas comenzaron a ser un lastre para vastos sectores de la burguesía y particularmente para el naciente capital monopólico.

2. Diferenciaciones en la burguesía que agudizan la lucha por la hegemonía estatal

Una más estrecha integración del capital imperialista con algunos sectores de la burguesía industrial, que cristaliza en el desarrollo y expansión de las ramas dinámicas, trajo como consecuencia la gestación y el fortalecimiento de una nueva fracción burguesa, la burguesía industrial *dinámica* —antecedente directo de la burguesía financiera que se hará fuerte luego del golpe militar—, la cual entra en crecientes disputas con las fracciones burguesas tradi-

⁵ En dichas elecciones Salvador Allende perdió por sólo 35 129 votos, obteniendo la primera mayoría Jorge Alessandri con 387 297 votos. Allende obtuvo 352 168 votos

cionales. El problema residía en que a fines de los años sesenta, y también posteriormente, el capitalismo chileno no estaba en condiciones de expandirse asegurando la reproducción adecuada del conjunto de las fracciones y clases dominantes. De esta forma, la lucha por la hegemonía estatal cobra particular importancia al azuzar la *diferenciación política* de los sectores dominantes. Es así como en las elecciones presidenciales de 1970, las rupturas políticas en la burguesía, que arrancaban de disputas en la base material, adquirirán expresión en la presentación de dos candidatos: Jorge Alessandri y Radomiro Tomic. Esta división constituirá un factor de vital importancia en el triunfo de Salvador Allende en dichas elecciones.

3. Autonomización política de la pequeña burguesía

La función de equilibrio que la pequeña burguesía jugó en el sistema de dominación en Chile hasta 1970, fue uno de los factores que incidió en el largo periodo de estabilidad política que vivió el país.⁶ Desde la ruptura misma del Estado oligárquico, en los años veinte, la pequeña burguesía mantuvo una estrecha alianza con los sectores dominantes, pasando a ocupar un importante papel en el manejo del aparato estatal. La antigua clase política chilena, esto es, el sector social que manejó la “cosa pública”, gestada fundamentalmente de las capas profesionales de la pequeña burguesía, atemperó los conflictos entre las clases fundamentales, jugó el papel de clase amortiguadora de las disputas clasistas y fortaleció el sistema de dominación al constituirse en un agente que resguardaba la vigencia de las instituciones estatales.

Estas importantes funciones de la pequeña burguesía en la dominación eran la contrapartida de las prebendas que la burguesía le ofrecía para su desarrollo como clase: empleos con la expansión del sector estatal y el crecimiento de las universidades y de las profesiones universitarias, protección a los pequeños productores, etcétera. Sin embargo, los cambios en la esfera económica y en la estructura social de la burguesía antes indicados van a tener importantes repercusiones en esta clase. En efecto, si para la nueva fracción burguesa el sistema político y sus alianzas eran cada vez más un peso difícil de sostener, en el plano económico los acuerdos sociales vigentes también eran obsoletos. Sólo reducidos sectores de la pequeña burguesía estaban llamados a tomar parte del mercado suntuario y

⁶ Véase sobre este punto Ruy Mauro Marini, “La pequeña burguesía y el problema del poder”, *El reformismo...*, cit. pp. 86-118.

de las labores productivas derivadas de la producción dinámica. El deterioro de las condiciones de vida de la pequeña burguesía comenzó a ser manifiesto en los últimos años del gobierno demócrata-cristiano, como contrapartida de la fuerza que en el plano estatal ganaba la fracción burguesa monopólica.

La ruptura política entre la pequeña burguesía y los sectores dominantes no tardó en manifestarse, provocando la autonomización política de aquella clase y la búsqueda de condiciones para su reproducción en nuevas alianzas sociales y políticas, algunas de las cuales se establecerán con el movimiento popular, el cual iniciaba su ascenso.⁷

Este desplazamiento de la pequeña burguesía tendrá agudas repercusiones en el sistema político, por cuanto favorecerá la polarización de la lucha de clases.

4. Cambios en el seno del proletariado

El proletariado es una de las clases que sufren mayores modificaciones en su estructura y composición como resultado del paso del capitalismo chileno a nuevas etapas en los años sesenta. El desarrollo de nuevas ramas industriales traerá como resultado un crecimiento importante del proletariado propiamente industrial, otorgándole un peso social y político significativo en la vida del país. En este proceso no sólo son los factores numéricos los que acrecentan la presencia de esta clase en la sociedad chilena. De mucha mayor importancia es el hecho que estas nuevas capas proletarias presentan características políticas novedosas: es un proletariado joven que —a diferencia de las capas proletarias desarrolladas en la primera fase de la industrialización— no ha vivido las experiencias políticas frente-populistas y los compromisos del movimiento popular con el Estado y la burguesía. Presenta, por tanto, mejores condiciones para desarrollar una política rupturista frente al Estado y para implementar formas organizativas menos tradicionales. Por otra parte, la propia dinámica capitalista de establecer economías de escala hace que este sector del proletariado se concentre en zonas urbanas o corredores industriales (Cerrillos, Vicuña Mackenna, etcétera), lo

⁷ Las rupturas que se producen a fines de los años sesenta dentro del partido gobernante (la democracia cristiana) y el surgimiento del Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU), que pasó a incorporarse a la Unidad Popular, son expresión de esta situación. Con posterioridad, y bajo el gobierno de Salvador Allende, el desgajamiento de la democracia cristiana proseguirá, conformándose la Izquierda Cristiana, la cual también se integrará a la Unidad Popular.

cual facilita las formas organizativas que rebasan las fronteras de las empresas. La participación de este sector del proletariado industrial en el auge clasista entre 1967 y 1973 fue de significativa importancia; y fue allí donde se gestaron fundamentalmente los Cordones Industriales.

La integración imperialista de la economía chilena también generó en el proletariado otros efectos. La elevada composición orgánica de las nuevas inversiones aunada a una baja relativa en la demanda de trabajadores y al auge del capitalismo en el campo que provoca la expulsión de mano de obra hacia las ciudades, van a provocar el crecimiento y cristalización social del ejército industrial de reserva, condenado a la cesantía y al subempleo. Este sector obrero irrumpe en la vida nacional *sin conducción política* y totalmente marginado de las prácticas sociales que hacían de la negociación la fórmula principal de relación con el aparato estatal. Ello provoca que su accionar social, en los momentos en que la política del gran capital comienza a hacerse sentir con fuerza, presente un nivel de disrupción que da una nueva tónica a los enfrentamientos políticos en el país.⁸

En el agro, el proceso de desarrollo capitalista que impulsa el gobierno de Frei provoca el crecimiento del proletariado agrícola y de diversas capas del proletariado pauperizado. A esto se suma el auge de la organización sindical campesina y del proletariado agrícola, iniciada desde el gobierno demócrata-cristiano, pero que no tardará en asumir una posición de enfrentamiento hacia la política estatal.

El desarrollo de nuevos sectores en el seno del proletariado, aunado a la gestación de nuevas formas organizativas y de nuevas líneas políticas de conducción, permitirá un fortalecimiento de esta clase y de su capacidad de nuclear a su alrededor a sectores populares golpeados por la política de la burguesía dinámica. Esto polariza los conflictos sociales en el país y hará de todos los espacios institucionales un terreno de agresivas disputas.

5. Nuevos fundamentos ideológicos en las Fuerzas Armadas

Al calor de los cambios en la estrategia norteamericana hacia América Latina en los años sesenta, que se sintetizan en la política de

⁸ En la segunda mitad de los años sesenta, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) gana la conducción de diversos campamentos y poblaciones donde se concentran sectores del ejército industrial de reserva, dándose inicio a novedosas formas de organización y de práctica en el país.

contrainsurgencia,⁹ las Fuerzas Armadas chilenas, junto a sus iguales del resto de la región inician un proceso de reestructuración orgánica, política e ideológica, con el fin de llevar adelante la “guerra interna” contra la llamada subversión. Este giro en el problema de la seguridad nacional, del exterior hacia el interior, llevará a que las Fuerzas Armadas asuman nuevas funciones en la dominación y a plantearse mayores responsabilidades en la dirección política de la sociedad. De esta forma, cuando las contingencias de la lucha de clases requieren de una respuesta militar por parte de las clases dominantes, los aparatos armados no son “sorprendidos” ideológica ni orgánicamente. Parte importante del *modus operandi* de las Fuerzas Armadas en la implementación del golpe militar y en su gestión posterior se encuentra en su preparación previa bajo los principios de la contrainsurgencia. Esta doctrina cohesiona a los institutos armados y los hace menos permeables a las rupturas y enfrentamientos clasistas que atraviesan al resto de las instituciones del país. Así, en el momento del resquebrajamiento del antiguo aparato estatal, las clases dominantes encuentran en las Fuerzas Armadas las fuerzas orgánicas de recambio en las cuales apoyarse para iniciar la reorganización del sistema de dominación.

II. El golpe militar y la nueva hegemonía

Este conjunto de elementos se conjugó a fines del gobierno de Eduardo Frei para crear un cuadro de enorme inestabilidad política. El carácter agudo que asumían los enfrentamientos sociales, producto de una política burguesa que perdía capacidad para ofrecer prebendas a diversos sectores sociales, las divisiones dentro de las clases dominantes, el rompimiento de vastos sectores de la pequeña burguesía con las clases dominantes, y el ascenso de las luchas populares, encontrarán un punto de expresión institucional en las elecciones presidenciales de 1970, con el triunfo del candidato de las fuerzas populares, Salvador Allende, y su posterior ascenso a la primera magistratura del país, en noviembre de ese mismo año.

Más allá de las concepciones que prevalecieron en la dirección política del nuevo gobierno,¹⁰ los diversos sectores del movimiento popular —aunque con distintos ritmos y en diversos periodos—

⁹ Véase Ruy Mauro Marini, “La cuestión del Estado en las luchas de clases en América Latina”, en *Monthly Review*, vol. 4, octubre de 1980, Barcelona, España.

¹⁰ Véase Ruy Mauro Marini, “Dos estrategias en el proceso chileno”, *El reformismo...*, cit., pp. 15-52. También nuestro trabajo “Del problema del poder a la contrarrevolución”, *El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile* de A.

incrementaron su accionar en aras de conquistas económicas, sociales y políticas, haciendo entrar al sistema de dominación en una profunda crisis.

La pérdida del poder ejecutivo, el poder más dinámico del Estado chileno, acentuó en un primer momento las diferencias políticas en el seno de la burguesía, lo que impidió una respuesta homogénea de los sectores dominantes hacia el gobierno popular. En todo caso, esta derrota política reafirmó la convicción que venía haciéndose patente en los sectores burgueses más dinámicos respecto a que las alianzas de clase y las formas institucionales que presentaba el Estado eran obsoletas para lograr nuevos pasos en el desarrollo del proyecto capitalista por ellos auspiciado.

El fracaso de las estrategias “constitucionalistas” o legales para el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende, orientará los acuerdos interburgueses hacia una salida de fuerza frente a la situación. El golpe militar, que restaura la dominación burguesa sobre la sociedad, fue así el resultado del accionar político del conjunto de la burguesía, cuyas fracciones en todas sus expresiones políticas —aunque de distintas formas— actuaron con el fin de zanjar militarmente la situación.

El golpe militar también implicó un cambio importante de fuerzas *dentro de las clases dominantes* e hizo palpables las diferencias en los proyectos burgueses respecto a lo que seguía luego de la resolución del enfrentamiento con el movimiento popular. En efecto, la gran burguesía dinámica, que a los pocos años de la dictadura pasará a convertirse en burguesía financiera,¹¹ asume la dirección del proceso en un cuadro diferente al que vivió en los últimos años del gobierno de Frei, en donde debió compartir con otros sectores burgueses la cúspide del poder. Esta situación es lo que permitirá que se imponga el proyecto político que entendía el sistema de dominación anterior como un sistema agotado y que, por lo tanto, trataba de transformarlo radicalmente, por sobre los proyectos burgueses que concebían el golpe militar como una situación excepcional y transitoria, en la perspectiva de un retorno a las antiguas formas estatales y de dominio.

La capacidad del gran capital dinámico para imponer su liderazgo dentro del bloque dominante no proviene de factores aleatorios.

Aguilar, et al., Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1976, pp. 108-35.

¹¹ Véase nuestro trabajo “Auge y crisis de la economía chilena, 1973-1982”, *Cuadernos Políticos*, n. 33, julio-septiembre de 1982, México.

Por el contrario, existe una serie de elementos que permite explicar esta situación. Un primer elemento a considerar es que el gran capital, desde mediados de los años sesenta, cuando ya enfrentaba dificultades políticas y económicas para el impulso de su proyecto de desarrollo, inicia la preparación de sus cuadros intelectuales. En efecto, diversos contingentes de egresados de las escuelas de economía, particularmente de la Universidad Católica, son enviados en los años sesenta a la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago, en donde se encuentra Milton Friedman, para realizar estudios de posgrado. Los "Chicago boys", como se denomina a los principales miembros del equipo económico de la dictadura, ya se encontraban operando orgánicamente con el gran capital desde antes del triunfo de Allende y tuvieron destacada participación en la formulación del programa económico del candidato empresarial Jorge Alessandri para las elecciones de 1970.

En el plano político, por otra parte, se desarrollaron núcleos de intelectuales que se alimentan de las corrientes neoconservadoras europeas y norteamericanas, destacando en tal sentido el ideólogo Jaime Guzmán, de activa participación política opositora bajo el gobierno popular y de enorme influencia en el actual régimen militar. Desde antes de 1970 la gran burguesía chilena contaba con los cuadros orgánicos requeridos para poner en marcha su proyecto.

Un segundo elemento de enorme importancia se refiere al hecho de que los proyectos políticos emanados de la doctrina de la contrainsurgencia encuentran más puntos de confluencia con los proyectos neoconservadores, de democracias protegidas y restringidas, que con los planteamientos políticos de la derecha tradicional que busca una vuelta a las antiguas formas de la democracia burguesa parlamentaria. En este sentido, las Fuerzas Armadas incidirán activamente en inclinar la balanza en el plano político, hacia la burguesía financiera.

En el plano económico, por último, también se conjugan algunos elementos que terminan por otorgar al gran capital dinámico el control de la situación.¹² La crisis mundial provoca variadas alteraciones en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo, haciendo caduco el proyecto capitalista de una industrialización diversificada, vigente en Chile hasta 1973. Las nuevas condiciones exigen un proyecto mucho más integrado al capital financiero internacional y especializado en materia productiva (minera-

¹² Ibid.

les, producción pesquera y derivados industriales, explotación forestal y derivados: papel, celulosa, maderas, etcétera) aprovechando las ventajas comparativas en el mercado mundial. Quien contaba desde el proyecto anterior con las mejores relaciones con el capital extranjero, con los mayores montos de acumulación de capitales y con vocación exportadora, era la fracción burguesa dinámica. De esta forma, en un cuadro en donde no había mucho campo para contemporizar con diversos proyectos burgueses de desarrollo, es el proyecto del gran capital el que se impone, implementándose con agudos procesos de centralización de capitales, el despojo de las fracciones burguesas desplazadas, obligadas a supeditarse, y la violenta superexplotación de los trabajadores.

Nunca, en la historia moderna del capitalismo chileno, una fracción burguesa había contado con tantas prerrogativas dentro del aparato estatal y frente al movimiento popular para poner en marcha sus proyectos políticos y económicos.

III. Características del nuevo sistema de dominación

El Estado y la sociedad civil han sido objeto de profundas transformaciones bajo el periodo dictatorial. Estas transformaciones hacen patentes los objetivos de largo aliento de las Fuerzas Armadas y el capital financiero en el plano político y descifran la lógica de construcción de un nuevo modelo de dominio. Veamos sus principales características.

1. Las Fuerzas Armadas copan el Estado y se erigen en nuevo poder

El golpe militar no sólo provocó la irrupción transitoria del aparato militar del Estado burgués en la escena política y una acción superficial suya en la sociedad. Por el contrario, significó el comienzo de funciones permanentes de los aparatos armados en el primer plano del Estado y la reestructuración del conjunto del sistema de dominación en torno a las Fuerzas Armadas. En la actualidad éstas no sólo son la columna vertebral de la dominación, sino que también constituyen su cerebro.

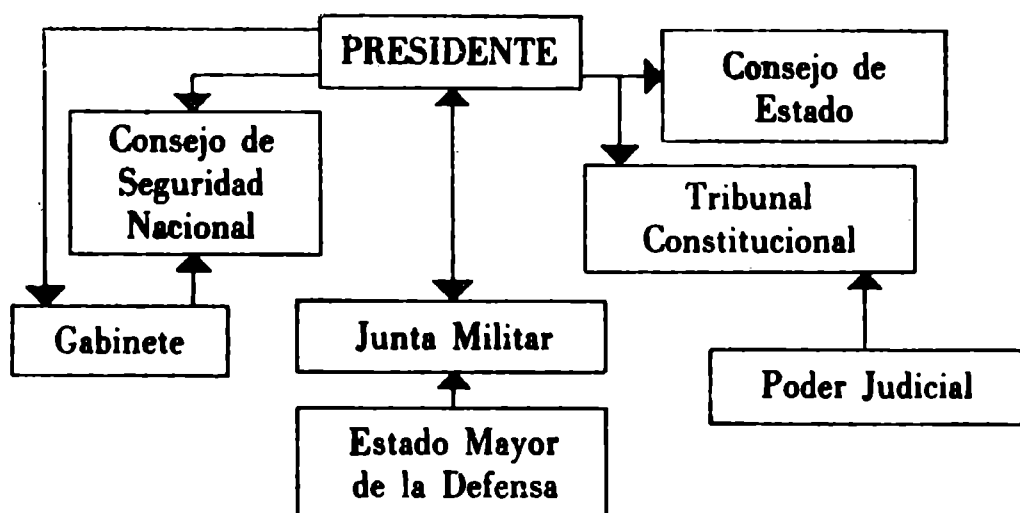
En el proyecto de institucionalización puesto en marcha con la nueva Constitución, en marzo de 1981,¹³ las Fuerzas Armadas

¹³ En esa fecha se puso en vigencia la nueva Carta Fundamental, la cual fue aprobada en plebiscito en septiembre de 1980. Algunos de los puntos de la nueva Constitución aún no entran en vigencia y para ello se decretó un cuerpo legal transitorio.

apuntan a constituirse en el cuarto poder del Estado,¹⁴ junto a los tres poderes clásicos de la dominación burguesa (ejecutivo, legislativo y judicial). Sus funciones de “protección” de la sociedad pasaron a ser complementadas por el Tribunal Constitucional, organismo encargado de velar por que los individuos e instituciones que actúan en la vida pública no violen las “bases morales” que sustentan el orden social y político.

Sin embargo, en la actualidad las Fuerzas Armadas controlan y “ocupan” tres de los cuatro poderes estatales: el poder ejecutivo, con la presidencia de Pinochet; el poder legislativo, en manos de la Junta Militar; y el poder militar propiamente tal. Sólo el poder Judicial ha quedado formalmente fuera de este avance militar sobre el Estado.

ESTRUCTURA DEL NUEVO ESTADO CHILENO



Todo esto hace palpable el grado de militarización de la vida política del país, generando una estructura estatal sumamente rígida, que no ofrece espacios flexibles para los acuerdos y compromisos entre las clases dominantes, muchos de ellos sustentados en el reparto y prorratio en las anteriores estructuras de dominación. De esta forma, las pugnas dentro de las clases dominantes no encuentran vías fáciles de solución, ya que las Fuerzas Armadas chilenas, por su verticalidad y rígida disciplina, no se han convertido en voceros y representantes *regulares* de las diversas fracciones burguesas. El carácter rector de la *rama militar* constituye una de las características fundamentales del nuevo Estado chileno.

¹⁴ Véase sobre la categoría Estado del Cuarto Poder, Ruy Mauro Marini, “La cuestión del Estado...”, cit.

2. Una nueva alianza dominante: altos mandos de las Fuerzas Armadas y burguesía financiera

La presencia de la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas en la escena política no ha implicado simplemente su transformación en una nueva clase política, en remplazo de los antiguos cuadros que ejercían estas funciones en el aparato de dominación. Mucho más importante es el hecho de que, como representantes de la institución militar, son uno de los pilares sociales de la alianza política que sostiene al nuevo aparato de dominación.

El otro polo de la alianza lo constituye la burguesía financiera, la cual por un largo periodo ha sido representada en el Estado por los llamados “Chicago boys”, quienes han detentado importantes cargos en las instituciones que definen la política económica del país.¹⁵ Se configura así una *rama económica* que encuentra en el Consejo de Seguridad Nacional un punto institucional de alianza con la antes mencionada rama militar. De esta forma la política de seguridad no queda restringida a un simple problema militar sino también a políticas de desarrollo.

3. El Estado copa la sociedad civil

Visto en su conjunto el sistema de dominación, constatamos que el Estado ya no sólo constituye el núcleo o la cúspide de aquél, sino que ha extendido sus propios límites, absorbiendo y copando la sociedad civil. Parte sustancial de las instituciones de la sociedad civil, como partidos políticos, sindicatos, medios de comunicación, etcétera, han sido destruidos o declarados ilegales. Por otra parte, los organismos e instituciones de la sociedad civil que permanecen, sufren re-adeecuaciones y un estricto control militar. Los programas de educación de todos los niveles han sido modificados, introduciéndose materias de defensa civil y geopolítica; se ejerce control policial en los salones de clases y se han nombrado rectores militares en los centros superiores de enseñanza. Hacia los medios de comunicación se establece una férrea censura y los organismos sindicales desarrollan su quehacer bajo estrictas medidas de vigilancia policial.

¹⁵ En fechas recientes el gobierno ha aplicado algunas medidas que afectan intereses del capital financiero, como intervenciones a la banca, disolución de empresas, etcétera. Estas acciones están enmarcadas en la necesidad de aplicar una cuota de racionalidad a la gestión económica de las clases dominantes en la crisis económica, debiendo para ello acentuar el Estado sus tendencias a la autonomía respecto a diversos sectores dominantes.

La reducción de la sociedad civil y el control coercitivo de las instituciones que le pertenecen, por el Estado, es la expresión política, en el plano de la dominación, de las rupturas en las alianzas de clases que caracterizaban al Estado chileno anterior, y muestra el desplazamiento y marginación política de amplios sectores sociales que han quedado “mudos” y sin posibilidades de expresión bajo las nuevas estructuras de dominio. De esta forma, los antiguos vasos comunicantes entre el Estado y la sociedad han sido rotos, creándose un cuadro de asfixia política que sólo puede sostenerse con medidas represivas. Las tensiones sociales tienden así a concentrarse, sin que existan las válvulas que permitan aliviar la presión.

4. Las modernizaciones: proyectos de atomización política y social

El despojo de los espacios e instrumentos de expresión de diversas clases, que ha creado un sistema político tremendamente rígido e inflexible, ha sido acompañado por los esfuerzos de construcción de nuevas formas de comunicación y de relación política entre las clases.

Instauradas las formas elementales de funcionamiento del nuevo esquema de dominación, el régimen militar se dio a la tarea de resolver la falta de relación entre la base social y el Estado. Las formas anteriores de esta relación estaban fuertemente marcadas por una connotación clasista, esto es, por el reconocimiento de la existencia de grupos y clases sociales que como tales actuaban, luchaban y presionaban por imponer sus intereses sobre la sociedad. Una vez destruidos o minimizados los instrumentos que expresaban esta situación, los partidos políticos, las centrales sindicales obreras, los colegios profesionales, etcétera, y reducido el papel del Estado como punto de referencia en la negociación de las clases, al ser trasladado éste al mercado, el gobierno se dio a la tarea de crear nuevas instancias de relaciones entre la sociedad y el Estado, que rompieran con los agrupamientos clasistas. En el fondo se trata de crear cuerpos institucionales que propicien la atomización social y política de la población. Éste es el principal objetivo del conjunto de transformaciones políticas llamadas “modernizaciones”.¹⁶ Se trata de encerrar a los miembros de la sociedad en pequeñas parcelas sociales y econó-

¹⁶ Se entiende por “modernizaciones” las transformaciones que el régimen militar ha realizado en diversos planos de la estructura de dominación del país. Se ubican los cambios en la educación, la nueva legislación laboral, los cambios político-administrativos, la previsión social, la justicia, etcétera.

micas (llámense municipios, empresas o centros universitarios) e impedirles plantearse una visión global del país y de los problemas que los aquejan. La política, entendida como una perspectiva general de la sociedad, pasa así a constituirse en privilegio de un reducido grupo social.

Uno de los proyectos que refleja más claramente los objetivos antes señalados es el que plantea hacer de los municipios los centros fundamentales de participación ciudadana. Son reiterados los señalamientos de Pinochet en tal sentido, y en la misma nueva Constitución se habla de la necesidad de crear Consejos de Desarrollo Comunal (CODECO) en los municipios, que permitan la incorporación de la población, *sólo en sus localidades*, a la discusión y solución de los problemas que los afectan. El municipio debe ser entonces el universo social y político de referencia de la población.

Bajo estos organismos municipales el régimen espera llenar el vacío político creado con la liquidación de los canales tradicionales de expresión y participación política de la población y, al mismo tiempo, transformarlos en los colchones políticos que amortigüen las presiones de la base social sobre el Estado con el fin de impedir que las demandas y conflictos sociales repercutan en las cumbres de la dominación.

El Plan Laboral, dictado en 1979, es otro de los principales proyectos de las “modernizaciones”.¹⁷ Más allá de sus objetivos económicos —institucionalizar la violenta política de superexplotación puesta en marcha desde 1973—, desde el punto de vista político estos decretos laborales buscan fomentar la división y el paralelismo sindical y las negociaciones individuales de los obreros con los empresarios por encima de las negociaciones colectivas y generales. Así es como se plantea el derecho a la creación de múltiples sindicatos por fábrica, el desconocimiento de organizaciones sindicales superiores, como federaciones y confederaciones, en tanto instancias de negociación salarial, la ilegalidad de las organizaciones sindicales de carácter nacional, etcétera.

Cualquiera sea el proyecto modernizador que analicemos, siempre se encuentra como denominador común el objetivo de romper con los agrupamientos clasistas en la sociedad: la Reforma Previsional puesta en marcha en 1981 echó por tierra la perspectiva soli-

¹⁷ Se denomina Plan Laboral a un conjunto de decretos puesto en vigencia en 1979 y que tiene por objeto establecer las condiciones para la organización sindical de los trabajadores y los marcos para el desarrollo de las negociaciones colectivas entre el capital y el trabajo.

daria y colectiva presente en la previsión social anterior, fomentando la solución individual al problema;¹⁸ la municipalización de la educación busca impedir planteamientos gremiales de carácter nacional entre los profesores, aislándolos y dejando en manos de los alcaldes la solución de los problemas laborales; el fraccionamiento de facultades y escuelas universitarias pretende impedir la unificación de los estudiantes, fomentándose además la competencia y la discriminación entre éstos al establecerse que sólo doce carreras universitarias mantienen el status de universitarias y el resto (más de cien) pierden esta calidad.

5. El nuevo papel del Estado en la economía

La adopción de los planteamientos neoliberales en materia económica y la constitución del mercado como instancia fundamental de distribución de los beneficios, han provocado profundos cambios en las formas de gestión del Estado en la economía. En lo más inmediato esta nueva política económica ha implicado el traspaso de cientos de empresas que se encontraban en diversas formas jurídicas bajo control estatal, a manos privadas, trastocándose la tendencia de más de tres décadas de injerencia directa del Estado en materia de inversiones productivas. Por otra parte, muchos de los servicios sociales proporcionados anteriormente por el Estado, generalmente subvencionados, como salud, educación, vivienda, etcétera, han pasado a la esfera de los negocios privados. El control del crédito por parte del Estado también ha sufrido importantes reducciones.¹⁹

Esta reducción del papel del Estado en materia económica y la transformación del mercado como factor determinante en la distribución de la riqueza social, responden a los requerimientos políticos y económicos de la burguesía financiera, ya que implican el abandono de amplios sectores sociales que a través de la acción estatal (subvenciones, creación de empleos, etcétera), encontraban condiciones de reproducción. El mercado, por otra parte, constituye el campo fundamental en donde el gran capital puede imponer sus condiciones al resto de las fracciones burguesas y someter a la fuerza de trabajo a las condiciones de superexplotación.

De esta manera, la reducción del papel directo del Estado en la economía no es más que otra de las formas como se expresa la ruptura

¹⁸ Véase al respecto Joaquín Nash Torres, *La reforma previsional*, Serie Estudios Jurídicos, Vicaría de Pastoral Obrera, Santiago, Chile, 1982.

¹⁹ Jaime Osorio, art. cit.

de las alianzas sociales que comprometían a las clases dominantes con sectores de la pequeña burguesía y del proletariado. Se abre un amplio campo para que el gran capital resuelva los procesos de centralización de capitales y otras contradicciones económicas con diversas fracciones burguesas y avance en contra de los intereses de las clases populares.

Pero la reducción del papel gestor e inversor del Estado no implica que su importancia se haya reducido en la creación de las condiciones que inciden en la reproducción del capital. Por el contrario, el Estado chileno sigue jugando, hoy más que nunca, un papel destacado en los factores que determinan el precio de la fuerza de trabajo, en la elevación de la tasa de explotación y en crear, por tanto, los condicionantes para que el capitalismo chileno pueda reorientarse al mercado mundial y amortiguar su actual crisis económica. La política económica y no las inversiones directas son su principal instrumento de gestión económica en la actualidad.

6. Las Fuerzas Armadas y la clase política

Parte importante de las líneas y soluciones políticas que el nuevo Estado chileno ha buscado dar a su vinculación con la base social están enmarcadas y limitadas por la particular relación que han mantenido las Fuerzas Armadas con la llamada clase política en la sociedad chilena, esto es, con aquel sector social que manejaba las cuestiones públicas y que “reinaba”²⁰ en el aparato estatal. Dicha relación ha sido históricamente conflictiva y excluyente y no se han dado lazos de complementación cuando ambas se han hecho presentes en la escena política; más bien han tendido a competir mutuamente: donde “reina” una es marginada la otra.

En los años veinte, en los momentos del derrumbe del Estado oligárquico, Arturo Alessandri debe abandonar su primer gobierno como resultado de las acciones que tienen lugar cuando un grupo de oficiales del Ejército irrumpe en el Congreso Nacional para presionar a favor del dictado de leyes sociales que estaban retenidas en el Parlamento por la mayoría oligárquica. Así se iniciaban las pugnas modernas entre los militares y los “políticos”. En 1932, iniciado el segundo gobierno de Arturo Alessandri, y reacomodadas las clases luego del desbarajuste producido por el quiebre del sistema de domi-

²⁰ Este término lo tomamos de Nicos Poulantzas. Véase su trabajo *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, ed. Siglo XXI, México, 1979 (13a. edición), tercera parte, capítulo 4.

nación oligárquico, la clase política desata una aguda ofensiva para limitar el papel de las Fuerzas Armadas en el nuevo sistema de dominación. Cabe recordar que durante los siete años anteriores, oficiales de todas las ramas de las Fuerzas Armadas, particularmente del Ejército y de la Aviación, actuaron en el primer plano de la dirección política del país. En su nuevo mandato Alessandri asumirá la tarea de hacer volver a los militares a sus cuarteles, debiendo para ello apoyarse en la creación de un poder militar paralelo, las Milicias Republicanas, las cuales sólo serán disueltas cuando se tiene la certeza de que los militares no volverán a la vida política activa.

Es a partir de esta fecha que comienza a ganar vida la imagen "constitucionalista" de las Fuerzas Armadas, calificativo que formaba parte de la camisa de fuerza que la clase política ponía a los militares con el fin de reivindicar su derecho a gobernar.

Desde 1973 se inicia un proceso con signo contrario. Las Fuerzas Armadas copan el aparato estatal, liquidan a los partidos políticos, el Parlamento y todas las formas privilegiadas en que se desarrollaba la clase política chilena. Los antiguos políticos pasan a ser excluidos y sólo aquellos que aceptan relacionarse con los militares no de igual a igual (o de corporación frente a otra corporación), sino subordinados, pasan a desarrollar funciones en el nuevo aparato estatal.

Los rechazos de Pinochet a "los políticos", haciéndolos responsables de la crisis política vivida por el país antes de 1973, sus constantes denuestos contra los partidos y la postergación en la definición del estatuto de los partidos políticos reconocidos por la nueva Constitución, forman parte de las reivindicaciones de los militares de su derecho a gobernar. De más está indicar que estas pugnas traban el diálogo entre los militares y los partidos políticos y hacen más inflexible y rígido el sistema de dominación.

7. La Iglesia Católica y el nuevo Estado

Tal como hemos indicado en páginas anteriores, el avance del Estado sobre la sociedad civil chilena ha sido extremo, dejando escasos espacios fuera de su control. La Iglesia Católica ha sido una de las instituciones que han logrado mantener su autonomía frente al Estado en los años de dictadura.

Más allá de los diversos momentos de acercamiento o alejamiento que ha mantenido frente al gobierno, lo cierto es que la Iglesia Católica ha asumido en estos años una serie de funciones y ha cumplido un papel que nunca antes había desarrollado con tal amplitud dentro del sistema de dominación. Atravesada por diversos y contradictorios intereses de clase, la Iglesia se ha convertido en voce-

ro y representante de diversos sectores opositores al régimen: fracciones burguesas y núcleos del movimiento popular han encontrado en las diversas instituciones eclesiásticas —con limitaciones de clase antes indicadas— una fuente de representación y de expresión que les ha sido negada en otros terrenos.²¹

Como quiera que sea, la Iglesia Católica ha extendido su campo de acción en el periodo dictatorial, creando instancias en asuntos tan diversos como defensa de los derechos humanos, defensa de presos políticos, asistencia social, centros de investigación y docencia, apoyo a organizaciones sindicales, etcétera, manteniendo espacios en la sociedad civil que difícilmente alguna otra institución podría sostener.

IV. Las debilidades del nuevo modelo de dominación

A la luz del punto anterior hemos podido constatar que han sido globales las transformaciones estatales y del sistema de dominación realizadas por el régimen militar. Los cambios operados han trastocado radicalmente el esquema institucional vigente en el país durante cerca de medio siglo. Las formas tradicionales de organización y de representación de las clases han sido suprimidas, y los espacios de relaciones políticas entre éstas y de éstas con el Estado han sido modificadas. Se ha hecho manifiesta la voluntad de impedir una vuelta atrás, no sólo en el sentido de poner atajo a una nueva crisis de dominación, sino, también, en no permitir que las clases se rearticulen y actúen como agentes políticos. En las páginas que siguen queremos ver si tales objetivos han sido logrados y si las profundas transformaciones de la superestructura alcanzan realmente a los agentes sociales y se engarzan en su dinámica real, o si, por el contrario, constituyen movimientos que no terminan de integrarse y orientar la conducta política del movimiento social.

1. Las limitaciones sociales del nuevo patrón de reproducción de capitales

Como indicamos anteriormente, en el plano económico la dictadura militar ha impulsado un nuevo patrón de reproducción de capitales que, a diferencia del modelo diversificado vigente hasta 1973, es altamente especializado y se sustenta en el desarrollo de un núcleo reducido de ramas y sectores económicos, básicamente aquellos que

²¹ Consúltese sobre este punto M. A. Garretón, "El camino institucional y el sistema político", en *Las modernizaciones en Chile: un experimento neoliberal*, Revista Chile América, Roma, Italia.

ofrecen ventajas comparativas en el mercado mundial. La creación de las bases de este nuevo proyecto económico exigió un agudo proceso de centralización de capitales, de canalización de recursos estatales hacia el capital monopólico y de superexplotación de los trabajadores. Con ello, las clases mayoritarias de la población sufrieron los efectos de la nueva reordenación capitalista. En el plano ideológico se indicó que tales costos eran transitorios y que pronto llegaría la época del reparto de beneficios. De 1977 a mediados de 1981 la nueva economía especializada vivió un periodo de repunte y reanimación en que las tasas de crecimiento fueron superiores al promedio de crecimiento del conjunto de América Latina, y aun en esos momentos el carácter restringido de la economía, la concentración del ingreso y el deterioro de sueldos y salarios se mantuvieron en sus tendencias fundamentales.²² Por otra parte, el nuevo proyecto de desarrollo apenas si lograba otorgar espacios para reproducirse a los sectores burgueses menos ligados a los nuevos ejes de acumulación. De esta forma, aun en los mejores momentos de la nueva economía, ésta no lograba crear las condiciones materiales para concertar en el plano político una ampliación de las estrechas alianzas sociales que sostienen a la dictadura militar.

A mediados de 1981, la situación política tendió a empeorar. La crisis mundial se hizo presente en el país, provocando una aguda recesión que ya no sólo ha afectado a los sectores burgueses ligados en forma periférica al nuevo patrón de desarrollo, sino que ha pasado a golpear los centros mismos del nuevo proyecto, generando un nivel de enfrentamiento entre el gobierno y los sectores empresariales del capital monopólico desconocido en años anteriores de dictadura. Junto a estas fisuras sociales y políticas, ha aumentado el distanciamiento entre el gobierno y las clases populares como producto de las políticas que redoblan la miseria para hacer frente a la crisis.

La pequeña burguesía, por otra parte, ha sido afectada en todos sus sectores: marginada del aparato estatal como producto de la reducción de empleos en la burocracia por la disminución del gasto público; golpeada por la aguda centralización de capitales, la reducción del crédito bancario, la competencia de productos extranjeros; desvalorizada su capacitación profesional por la pérdida del status universitario de sus estudios, por la reducción de empleos en las universidades y dependencias estatales; etcétera. Esta clase ha sufrido agudamente el rechazo económico y político de la burguesía financiera.

²² Jaime Osorio, art. cit.

En este cuadro los sectores dominantes se cuentan con escasos espacios para negociar y conquistar a sectores sociales que no sean los directamente relacionados con el nuevo patrón de desarrollo. En tanto el proyecto económico y el Estado han dejado de ser terrenos que favorecen —en mayor o menor medida— el desarrollo del conjunto de las clases dominantes, y se han puesto al servicio de una reducida fracción burguesa, en esa medida el sistema de dominación ha perdido capacidad para sostenerse por consenso y el recurso de la fuerza tiende a constituirse no sólo en un recurso transitorio, *sino en la forma regular y permanente del dominio*. Cuando ello ocurre, más que signo de fortaleza *lo que se expresa es la debilidad del proyecto político en marcha*.

2. Un sistema político no institucionalizado

En septiembre de 1980, con el llamado a plebiscito para sancionar la nueva Constitución política, y en marzo de 1981, con la puesta en marcha de dicho documento, se dieron los pasos fundamentales para la institucionalización del nuevo sistema estatal y de dominación en Chile, que apunta a consagrar las correlaciones de fuerza ganadas por las clases dominantes a partir del golpe militar. Sin embargo, más allá de las formalidades cumplidas, de la creación de nuevas instituciones, de la división de poderes ya establecida y de la definición de una ruta hacia la superación del carácter transitorio del actual ordenamiento político, lo cierto es que el proceso se encuentra débilmente institucionalizado y muchos de los aspectos fundamentales siguen sin resolverse. En efecto, el papel político de Pinochet es clave, no sólo por la importancia de su cargo, sino porque a pesar de las transformaciones operadas, el régimen chileno sigue siendo una *dictadura personalizada*, es decir, las instituciones y los diversos poderes siguen girando en forma subordinada al dictador, como en los primeros días del golpe militar. Esta *centralidad* del sistema político en la figura de Pinochet muestra la debilidad del proceso, ya que hace reposar su estabilidad más en el hombre que en las instituciones que representa.

En el periodo predictatorial, por ejemplo, los poderes del Estado y sus diversas instituciones mantenían autonomía respecto a las personas que ejercían en ellas, lo que aseguraba la vigencia del sistema una vez concluido el mandato de aquéllas. Esto es lo que no se ha resuelto bajo la dictadura militar, cuando nos acercamos a una década de su instauración. No se ha logrado conformar una *dictadura institucionalizada*, como en Brasil, en donde el traspaso de poderes de un

mandatario a otro no perturba el desarrollo del proceso. Por ello, a pesar de las deficiencias realizadas, el proyecto político aún se encuentra difuso y en disputa entre diversos sectores de las clases dominantes, las cuales interpretan los pasos de la institucionalización de manera contradictoria, particularmente respecto a lo que sigue luego de concluido el periodo de Pinochet o incluso exigiendo una reducción de los plazos de su mandato.

3. Persisten los agrupamientos clasistas en el movimiento popular

En este punto se concentra a nuestro entender una de las debilidades más importantes del proyecto político de la dictadura militar, por cuanto se pone en cuestión la capacidad de los sectores dominantes no sólo para golpear y arrebatarse espacios al movimiento popular y para quitarle formas de expresión de representatividad, sino para ganarlo ideológicamente y hacer que su accionar social y su organización se desarrolle por los cauces definidos por el régimen. En pocas palabras, el centro del problema es cuánto terreno ha ganado el proyecto político dictatorial en el seno del movimiento popular, es decir, en una zona estratégica por excelencia.

Hemos visto que los objetivos claves de los sectores dominantes frente al movimiento de masas en materia política son la atomización social y la desarticulación, en aras de impedir nuevos reagrupamientos clasistas en la sociedad. Esto requiere romper con las experiencias y prácticas que han marcado la vida social y política del movimiento popular chileno durante décadas.

Difícilmente se puede sostener que el golpe militar afectó superficialmente al movimiento de masas. Sólo el recuento represivo, con el asesinato de cientos de dirigentes sindicales y políticos, la cárcel y el destierro de muchos más, muestran que ello no ha sido así. Por otra parte, el cambio de escenario político producido con el golpe militar, en donde los planos naturales de acción del movimiento de masas sufrieron variadas alteraciones, además del agudo cambio en la correlación de fuerzas, muestran que la irrupción militar de la burguesía incidió profundamente en los primeros años de dictadura en la desorganización, el reflujo y en el ahogo político del movimiento popular. Sin embargo, pasados algunos años es posible constatar que si bien la ofensiva militar inicial logró los efectos arriba indicados, *la ofensiva ideológica y política del régimen ha tenido mucho menos éxito.*

Así, por ejemplo, más allá de los éxitos alcanzados por la clase empresarial en las negociaciones colectivas bajo los lineamientos del

Plan Laboral, lo cierto es que la reanimación y reorganización a que se asiste en el movimiento sindical de 1977 en adelante, sin ser espectacular, se desarrolla en una línea que retoma las tradiciones clasistas que caracterizaron al movimiento obrero y no bajo las perspectivas y modalidades trazadas por el régimen en la materia. Así, por ejemplo, se mantiene la tendencia a la unidad sindical en las fábricas, al igual que a nivel interfábrica, entre ramas y sectores económicos, y se imponen de hecho organizaciones sindicales con carácter nacional como la Coordinadora Nacional Sindical (CNS) que agrupa a más de medio millón de trabajadores, desconocida por la nueva legalidad de la dictadura. Por otra parte, se ha tendido a romper el cerco de las fábricas como foco de los conflictos y éstos, en muchas ocasiones, han sido agitados en las calles y han concitado la solidaridad de los trabajadores de otras empresas y organismos populares. También se ha roto el campo de acción puramente económico-salarial en que la nueva legislación laboral quiere circunscribir los conflictos, y se han agitado en el plano nacional reivindicaciones políticas que exigen el derecho de reunión y de organización y el cuestionamiento de la política económica del régimen. Tales fueron algunos de los puntos centrales presentados por la Coordinadora Nacional Sindical en el Pliego Nacional, a mediados de 1981; acción que significó el primer hecho político de carácter nacional realizado por el movimiento sindical bajo el periodo dictatorial. Y ello ocurría luego de más de ocho años de política represiva y de ofensiva ideológica desatada por el régimen militar. Allí se hacía palpable que los rumbos por los cuales avanza el movimiento obrero se entroncan con sus tradiciones históricas y no con la dinámica impulsada por el nuevo régimen.

Esto también se ha hecho palpable en las importantes manifestaciones de diciembre de 1982 y en la jornada de protesta general de mayo de este año, encabezada por la poderosa Confederación de Trabajadores del Cobre, que ha cimbrado al régimen militar al introducirse de lleno el movimiento obrero en la discusión de las opciones políticas para el país al calor de la crisis económica.

En indudable que el accionar del movimiento obrero chileno en los años de dictadura no puede ser analizado desde la perspectiva de su dinámica, movilidad y efervescencia entre 1970 y 1973. Aquél fue el periodo más alto alcanzado por la lucha de clases en el país y toda comparación, por tanto, a partir de esta medida, minimiza e impide una justa valoración de lo realizado en los últimos años. Esto no es tanto más cierto si consideramos que los parámetros políticos en los cuales se educó, forjó y actuó el movimiento obrero chileno por cer-

ca de cincuenta años han sido totalmente trastocados y ha comenzado el duro aprendizaje de una clase para actuar, organizarse y encontrar los medios de defensa de sus intereses, bajo condiciones totalmente nuevas. De esta forma, el desarrollo de huelgas, marchas callejeras, ollas comunes y los avances en materia de unidad sindical bajo el periodo dictatorial reflejan dinámicas sociales distintas de las que estas mismas acciones podían reflejar en la época de apertura democrática predictatorial. *Pero, por sobre todo, hacen patente la mantenimiento de la autonomía política del movimiento obrero, situación que expresa una de las mayores limitantes de la política del régimen militar.*

4. El desarme ideológico y político ante las acciones clasistas

Dentro de la concepción neoconservadora que prevalece en el régimen militar, se justifica la falta de espacios en el sistema político para la expresión de las diversas clases y para que éstas diriman sus conflictos, porque se supone que las clases —en tanto organismos políticos— deben ser eliminadas y los miembros de la sociedad deben realizar sus proyectos atomizadamente a través del mercado. Pero esta concepción poco tiene que ver con la dinámica real. En efecto, en tanto el nuevo modelo económico es incapaz de satisfacer los requerimientos de los sectores mayoritarios de la población, propicia la agitación y el malestar social. Por otra parte, hemos visto que la dictadura ha sido incapaz de derrumbar las tendencias clasistas que prevalecen en el movimiento popular en materia de organización, formas de lucha y tipo de relación frente al Estado y la dominación. De esta forma, los conflictos sociales y las expresiones de las clases se multiplican, sin encontrar caminos de solución y de canalización, en tanto que ideológicamente el nuevo sistema institucional no encuentra respuesta a la situación y orgánicamente no logra “amarrar” a las clases a las nuevas formas institucionales. Frente a esto, al Estado no le queda más recurso que la represión, es decir, apoyarse en los aspectos militares de la doctrina de la contrainsurgencia, declarando que los hechos clasistas responden a actos subversivos de enemigos abiertos o encubiertos; con ello hace patente a su vez las limitaciones de su accionar militar en cerca de diez años de despliegue sin contapisas. Este tener que fundamentar ideológicamente su quehacer represivo en los elementos primarios de la contrainsurgencia hace patentes las debilidades políticas del régimen y explica por qué la dictadura militar en Chile, a pesar de las profundas transformaciones políticas llevadas adelante, sigue cons-

tituyendo uno de los regímenes más represivos de la región, y con menor capacidad de asimilación de la disidencia que se genera en el país.

La incapacidad para impedir la rearticulación política de la sociedad y la falta de canales institucionales que encaucen la expresión política y que ofrezcan terrenos para los acuerdos interclasistas, genera una caldera que eleva en determinados momentos su presión. El termómetro político del actual sistema no logra medir estas situaciones y es por ello que se manifiesta sorprendido cuando se producen masivas movilizaciones que adquieren un claro tinte antidictatorial. Esta asfixia política obliga a las clases a las acciones de hecho y a buscar caminos extrainstitucionales para expresarse y defender sus intereses. Si en los periodos anteriores al golpe militar la institucionalidad vigente impulsaba y propiciaba una conducta legal e institucional en el movimiento de masas y en las organizaciones políticas que lo representaban, en la actualidad, por el contrario, el sistema político favorece e impulsa el desarrollo de una conciencia y un quehacer político ilegal.

Conclusiones

El análisis anterior permite mostrar que el sistema de dominación en Chile bajo la dictadura militar es sumamente frágil, por cuanto no ha logrado resolver problemas fundamentales. El bloque dominante no ha logrado reconstruir toda esa serie de intermediaciones institucionales que se interponen entre el Estado y la sociedad y que se constituyen en las "trampas" con que debe contar todo sistema de dominación para amarrar y empantanar los conflictos sociales, desviarlos de sus objetivos e impedir que cada convulsión social llegue a afectar los puntos neurálgicos de la dominación y obligue por ello al recurso extremo de la fuerza para enfrentar la situación. En este sentido el Estado chileno se encuentra desprotegido, totalmente al desnudo, y toda acción contestataria pasa por ello a convertirse en un hecho que afecta los puntos sensibles del esquema de dominación. La represión se transforma entonces en el recurso permanente, lo que denota las debilidades del sistema imperante y no su fortaleza.

Diversos sectores que agrupan a los núcleos más lúcidos de la alianza Alto Mando militar/burguesía financiera han constatado esta situación y han emprendido algunas medidas con el fin de dar un contenido ideológico, moral y político a las formas institucionales creadas, con el fin de que logren articularse orgánicamente con la sociedad. Es así como se han propiciado centros de estudios privados

que desarrollan una activa gestión en aras de resolver la aplicación de la doctrina neoconservadora a la situación concreta del país. Sin embargo, su gestión y materiales de difusión (libros, folletos, charlas, seminarios, etcétera) sólo alcanzan a núcleos reducidos de la población, a los "iniciados", y no logran significación en los sectores mayoritarios del país.

Una vez comprobadas las debilidades del nuevo sistema de dominación cabe preguntarse qué es lo que sostiene al actual sistema institucional. La respuesta se encuentra en las características presentes en el aparato militar de la burguesía, en las Fuerzas Armadas.

Más allá de los problemas que recorren al conjunto de las instituciones del nuevo Estado, de su incapacidad de engarce con la sociedad y la dinámica de las clases, y de reconstitución de la sociedad civil bajo la nueva hegemonía, las Fuerzas Armadas constituyen la institución más férreamente cohesionada desde el punto de vista orgánico e ideológico con que cuenta el actual sistema de dominación. En la medida en que allí se concentra el poder estatal en sus aspectos materiales, la fuerza que se impone a las clases, la dominación de la burguesía, a pesar de las múltiples debilidades, encuentra en ellas un punto fundamental de realización y apoyo.

La doctrina de la contrainsurgencia, que constituye un cuerpo ideológico global de explicación de la sociedad, de su funcionamiento, problemas y caminos de solución, es el fundamento del accionar como cuerpo del aparato militar en la sociedad chilena. El carácter vertical y jerarquizado del mando, la obediencia militar y la disciplina adquieren así nuevos basamentos para cohesionar a las instituciones armadas en una perspectiva monolítica. En ese sentido, las posibilidades de quiebres orgánicos, que atravesasen de arriba a abajo los aparatos armados, son cada vez más remotos, cuestión que se confirma al analizar lo que ha ocurrido con estas instituciones en países donde la lucha de clases ha llegado a niveles elevados, como Nicaragua, El Salvador o Guatemala. Sólo de carácter parcial o tangencial fueron las rupturas producidas en la Guardia Nacional de Somoza o las que se han producido en los ejércitos de los otros dos países. Las fisuras producidas en Chile en las Fuerzas Armadas en estos años, con el retiro incluso de un miembro de la Junta Militar²³ y la rápida regeneración del cuerpo militar, confirman lo anterior.

²³ Presionado por Pinochet ante las discrepancias sobre la conducción política y económica del país, el comandante de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh, debió renunciar a su cargo en la Junta Militar y en la dirección de la rama aérea en 1979. En su remplazo fue designado el general Fernando Matthei, quien asumió luego de que dieciocho oficiales de mayor antigüedad renunciaron tras la destitución de Leigh.

En esta perspectiva, las estrategias políticas en pro de la democratización del país necesariamente deben contemplar procesos de acumulación de fuerza militar, los cuales sólo pueden madurar fuera de los aparatos armados de la burguesía y en forma contradictoria con ellos. Por sus tradiciones democráticas, por el significativo desarrollo de las clases, por el peso de la lucha propiamente política y por las funciones y modalidades que han asumido en la actualidad las Fuerzas Armadas en la dominación, la lucha democrática en Chile seguramente combinará guerra de posiciones y guerra de maniobras, luchas de desgaste y golpes a los núcleos del poder, en formas hasta hoy desconocidas en los procesos revolucionarios de la región.

- Jaime Osorio Urbina. Sociólogo chileno. Profesor del Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México, D.F.

Crisis y salud en América Latina

Asa Cristina Laurell

I. Introducción

Los periodos de crisis son, en una perspectiva histórica, periodos de transición; de reestructuración económica, política y social. Así, la actual crisis, gestada en el auge de posguerra y que irrumpe en todo el mundo capitalista a partir de finales de los años sesenta, significa el agotamiento de un ciclo de acumulación de capital y simultáneamente una profunda redefinición en la relación entre el capital y el trabajo. Esta cuestión se expresa en cambios importantes en la correlación de fuerzas entre las clases de cada sociedad concreta.

El análisis de las condiciones de salud en la crisis, entonces, no puede basarse en una simple extrapolación de las tendencias del periodo anterior, sino que pasa por el reconocimiento de los procesos básicos de la sociedad: económicos, políticos y sociales, y sus implicaciones para el proceso colectivo salud-enfermedad. Pensamos que es en estas coyunturas históricas cuando la superioridad científica de una epidemiología materialista histórica se muestra con claridad, ya que la epidemiología tradicional, que se mueve en el terreno fenomenológico, no puede desentrañar las causas de los cambios, los cuales desde una perspectiva biológico-sanitarista parecen azarosos. Menos aún tiene capacidad predictiva, función última de la ciencia.

Sin embargo la realidad plantea algunos problemas que no se resuelven con el simple pronunciamiento de las reglas del método alternativo, sino que sólo pueden ser dilucidados en un proceso cuidadoso de investigación. Tal vez el problema más sorprendente es el decremento sistemático de la mortalidad infantil en la mayoría de los países latinoamericanos durante los años setenta, a pesar de que

parece igualmente innegable que hay un deterioro creciente en las condiciones de vida y trabajo de las clases dominadas.

Este ensayo obviamente no puede dar una respuesta al cúmulo de preguntas planteadas en el actual periodo, ni dar cuenta de la especificidad de la problemática de cada uno de los países latinoamericanos. Pretende simplemente fijar cuáles son los procesos implicados en la crisis actual, mismos que es preciso analizar para poder explicar el proceso colectivo salud-enfermedad. Como la inserción de cada una de las clases, y las fracciones de clase, es distinta en el proceso productivo, es necesario discernir las particularidades de los perfiles epidemiológicos de cada una de ellas, ya que es la combinación entre ellos lo que nos da el proceso global de salud-enfermedad de determinada sociedad.

Parece necesario, entonces, profundizar en el análisis de cada una de las partes y descubrir sus interrelaciones para poder volver a reconstruir la totalidad.

II. La crisis

El carácter estructural de la actual crisis se confirma, hoy, con la nueva tendencia recesiva que vive la mayor parte de los países capitalistas desde 1979. Las esperanzas de salir de la crisis con la aplicación de políticas económicas monetaristas se han probado infundadas. Lo más que se ha podido lograr son periodos de crecimiento errático, esencialmente apuntalados por el gasto público, alternados con periodos de estancamiento. La actual crisis económica, como cualquiera, se caracteriza por la caída de la tasa de ganancia, pero presenta algunos rasgos nuevos. La característica más sobresaliente es la presencia simultánea de inflación y desempleo, que se explica por la estructura monopólica del capital. El mecanismo empleado por las empresas monopólicas para compensar la baja en la demanda consiste en subir los precios, comportamiento que acelera la inflación aun en presencia de un ritmo lento de producción con un nivel de empleo bajo. En realidad, sólo los precios de las materias primas han bajado en este periodo con consecuencias especialmente graves para los países exportadores de este tipo de productos.

La estructura monopólica del capital, sin embargo, no excluye un incremento en la competencia intercapitalista, que se visualiza más claramente en la competencia entre los capitales de distinto origen nacional. La pérdida de la hegemonía económica norteamericana y el peso creciente del capital alemán y el japonés se expresan entre

otras cosas en el desorden monetario internacional, pero tienen como efecto más profundo una reestructuración de los procesos de trabajo mediante una creciente automatización y una nueva división internacional del trabajo. Aparte de que estos procesos son el origen del creciente desempleo estructural en los países capitalistas centrales, tienen profundas consecuencias para los países capitalistas latinoamericanos como analizaremos más adelante.

Pero las crisis no son únicamente fenómenos económicos, sino que se mueven en un terreno político; están inscritas en el campo de la lucha de clases. Los problemas de la acumulación de capital no son ajenos a la correlación de fuerzas entre capital y trabajo. Asimismo, las políticas económicas no sólo se dirigen a intentar corregir problemas económicos sino son una manera de enfrentar a las clases explotadas.¹ Por otra parte, la sola presencia de elementos económicos y tecnológicos suficientes no garantiza la salida de la crisis, si no existen determinadas condiciones políticas y sociales. La política económica monetaria significa un ataque global a la clase obrera que se materializa en la caída del salario real, el desempleo y los cortes del gasto social. La reestructuración del capital a nivel internacional aunada al recambio tecnológico, reconstituye el ejército industrial de reserva y transforma las condiciones de organización obrera. La crisis económica significa, así, crecientes dificultades para la lucha obrera reivindicativa al mismo tiempo que abre un ciclo de intensificación y ampliación de las luchas sociales y revolucionarias, como lo atestiguan Vietnam, Angola, Mozambique y Nicaragua. Sin embargo, en el proceso de polarización política, también la derecha ha consolidado sus posiciones, como lo muestran los gobiernos de Thatcher y Reagan.

La crisis mundial del capitalismo es el marco general dentro del cual se desenvuelven los países latinoamericanos, que durante los últimos diez años han experimentado los mismos problemas que el capitalismo central y por añadidura la profundización de una serie de contradicciones particulares. En prácticamente todos los países del área el desarrollo del capitalismo en el campo conlleva la destrucción de la agricultura de subsistencia, el auge de los cultivos de exportación, la penetración definitiva del "agrobusiness" y, como correlato necesario, la pauperización y/o proletarización del campesinado.² Por otra parte, el desarrollo industrial, sustentado prin-

¹ A. Gilly, "La mano rebelde del trabajo", *Coyoacán*, n. 13, 1981, pp. 15-54.

² CEPAL, *El desarrollo social en las áreas rurales de América Latina*, CEPAL, Santiago, 1978.

principalmente en la sustitución de importaciones de bienes de consumo básico y duradero, enfrenta crecientes obstáculos por su poca competitividad y la estrechez del mercado interno, al tiempo que no logra cambiar su eje dinamizador a la producción de bienes de producción.³ Como resultado de un crecimiento económico apoyado en el endeudamiento público, los Estados latinoamericanos muestran durante la última década una deuda externa exorbitante (México y Brasil baten récord mundial y Perú llega a la “quiebra”), que agudiza los problemas del crecimiento basado en la importación de maquinaria y profundiza las crisis fiscales. Los procesos inflacionarios se disparan en prácticamente todos los países y rebasan incluso el 100 % anual en países como Brasil y en momentos el 50 % mensual en Argentina. Los conflictos sociales y políticos, de por sí intensos, se agudizan y la década se caracteriza por amplísimos movimientos populares y como contraparte un autoritarismo político apoyado en el uso de la represión policiaca y militar, que llega incluso al genocidio, como en Centroamérica y Argentina.

III. La crisis y los perfiles epidemiológicos

Varias características de la crisis parecen tener una importancia profunda respecto a las condiciones de salud. En primer lugar ha provocado una pauperización absoluta de las clases trabajadoras latinoamericanas que se expresa en la depresión del salario real y el incremento en el desempleo y subempleo. En segundo lugar están en camino transformaciones profundas en los procesos de trabajo, como resultado de la reestructuración de la industria con la quiebra de pequeños y medianos establecimientos y la aceleración de la inversión extranjera. En tercer lugar, la aplicación de políticas económicas de corte monetarista ha restringido el gasto social y, en casos como Argentina y Chile, llevado a la privatización de los servicios médicos. Finalmente, la crisis ha cambiado de fondo las condiciones de la lucha reivindicativa y política de las clases dominadas. La represión, la legislación restrictiva, el desempleo y la inflación dificultan enormemente la defensa de las condiciones de vida y de trabajo, pero no han podido derrotar la resistencia popular, que se expresa bajo formas muy variadas y, por necesidad, cada día más políticas.

³ *Punto Crítico*, n. 123, pp. 9-30.

1. Pauperización y problemas infecto-nutricionales

En el proceso de pauperización se va entretejiendo una serie de elementos, que al final se resumen en el deterioro del consumo básico de las clases populares. La acelerada penetración del capitalismo en el campo, con el desplazamiento de los cultivos de subsistencia por las cosechas de exportación, se expresa en el hecho de que en el periodo de 1964 a 1974 la producción per cápita de aquéllos decreció en un 10 % mientras que éstas se incrementaron en un 27 % en América Latina.⁴ Incluso, países que anteriormente eran exportadores de granos básicos como México tuvieron que importarlos durante la última década. Las altas tasas de ganancia que logró el capital de sus inversiones han resultado en un aumento de la inversión norteamericana agroalimentaria en América Latina, de 365 a 832 millones de dólares, o en un 233 %, entre 1966 y 1977; la tasa de ganancia subió en el mismo periodo de 10 % a 17.7 %.

Esta dinámica agrícola tiene consecuencias tanto para la población rural como para la población asalariada urbana. Para el campesinado significa un proceso rápido de pauperización que conlleva su proletarización parcial o total, lo que entre otras cosas monetariza definitivamente su economía, con todo lo que implica de transformación de los patrones de consumo; también obliga a la migración masiva en búsqueda de trabajo y la ruptura de estrategias de sobrevivencia construidas en base a una determinada relación con la naturaleza. Para los asalariados urbanos, la capitalización del campo significa el encarecimiento de los productos alimenticios, hecho que se demuestra, por ejemplo, por el hecho de que en Brasil un trabajador con salario mínimo tenía que trabajar 105.13 horas para adquirir la ración mínima alimenticia en 1970, mientras que en 1978 correspondía a 137.37 horas.⁵ Asimismo, el consumo de calorías per cápita-día en Chile descendió de 218.1 a 106.5 y de proteínas de 65.9 a 57.1 entre 1970 y 1978.⁶

En México el consumo medio de alimentos bajó en los rubros de leche (15 %), carne (8 %), fruta fresca (25 %) y aceite (62 %), mientras que aumentó en maíz (11 %), raíces feculantes (12 %) y arroz (4 %) entre 1968 y 1975.⁷

⁴U.S. Department of Agriculture, *Agriculture in the Americas: Statistical Data* U.S. Government Printing Office, Washington, 1975.

⁵IBASE, *Saúde e Trabalho no Brasil*, ed. Vozes, Petrópolis, 1982, p. 34.

⁶D. Marcatti, *La mortalidad infantil ¿indicador de desarrollo?*, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1981 (mimeo).

Otro elemento del proceso de pauperización de las masas trabajadoras es la depresión del salario real que se ha dado con mayor o menor intensidad en prácticamente todos los países como resultado de la imposición de "topes salariales" dentro del marco de las políticas económicas monetaristas, con frecuencia dictadas directamente

CUADRO I

EVOLUCIÓN DEL ÍNDICE DE SALARIO.

ARGENTINA, BRASIL, CHILE, ECUADOR Y MÉXICO, 1970-1980
(1970 = 100)

Año	Argentina ¹ (Salario indus.)	Brasil ² (Salario mín.)	Chile ³ (Salarios y sueldos)	Ecuador ⁴ (Salario mín.)	México ⁵ (Salario mín.)
1970	100	100	100	100	100
1971	105	96	138	111	95
1972	96	94	125	106	107
1973	104	86	125	95	96
					(113) *
1974	115	79	54	127	105
					(129) **
1975	116	83	73	143	111
1976	74	79	66	152	117
					(144) ***
1977	65	82	79	135	124
1978	60	85	75	120	119
1979	68	70	83	150	118
1980	75	—	—	—	110
1981	67	—	—	—	—

* Después de aumento de emergencia en septiembre; ** después de aumento de emergencia en octubre; *** después de aumento de emergencia en octubre.

FUENTES:

¹ Modificado de FIDE, abril 1982, p. 13.

² DIEESE. Salario mínimo; *Divulgação*, 2/79.

³ M. Echeverría: *Crisis, trabajo y salud*, tesis de Maestría, UAM-Xochimilco, mimeo, 1982.

⁴ J. Breilh, E. Granda: *Acumulación económica y salud-enfermedad*, CEAS, Quito, 1981 (mimeo).

⁵ *La economía mexicana en cifras*, Nacional Financiera, México, D. F., 1981.

⁷ Gabinete del Sector Salud, *Cuaderno de Información Oportuna*, n. 1, Comisión Nacional de Información, México, 1980.

por el Fondo Monetario Internacional, y de los acelerados procesos inflacionarios.

Como se desprende del cuadro I el deterioro salarial se da con mayor fuerza en los países que viven bajo dictaduras militares pero también se presenta en países como México, especialmente a partir de 1977 cuando su gobierno firmó un convenio con el FMI. La política de contención salarial, que en tiempos de inflación equivale a depresión salarial, no es el simple reflejo de que hay menos que repartir, sino va de la mano con una distribución regresiva del ingreso. Por ejemplo, en Brasil, mientras que en 1970 le correspondía un 20.9 % del total del ingreso al 60 % de ingresos más bajos y un 34.1 % al 5 % de ingresos más altos, los datos correspondientes para 1976 eran 18.6 % y 37.9 % respectivamente.⁸ Datos semejantes han sido presentados para Argentina.⁹

Enfrentada con la depresión salarial, la población trabajadora necesariamente tiene que recurrir a nuevas estrategias para contrarrestar el deterioro de sus desde antes precarios niveles de sobrevivencia. Una de estas estrategias consiste en que más miembros de la familia se integren al trabajo asalariado para contribuir al sostén del grupo familiar. No existe mucha información al respecto pero datos de Brasil muestran que mientras que en 1970 en el 59.2 % de las familias sólo laboraba una persona, en el 19.2 % dos personas y en el 13.2 % tres personas o más, en 1976 los datos correspondientes eran 49.8 % , 23.0 % y 17.4 % respectivamente.¹⁰ Este hecho tiene varias implicaciones. Por una parte, significa cambios importantes a nivel familiar, ya que la integración de las mujeres a la producción en ausencia de servicios domésticos colectivos aumenta sus horas de trabajo y plantea el cuidado de los niños como un problema serio. Igualmente conlleva el incremento en el trabajo infantil y de jóvenes con consecuencias para su educación.

Por otra parte, parece claro que la integración de las mujeres y adolescentes al mercado de trabajo retroalimenta la tendencia de depresión salarial. Ocurre así porque incrementa la cantidad de fuerza de trabajo disponible, lo que hace crecer el ejército industrial de reserva. Esta situación está forzando una redefinición del valor de la fuerza de trabajo, que ya no corresponde al valor de los bienes necesarios de la familia obrera sino tiende a acercarse al valor de los

⁸ *Indicadores Sociais: 1979*, Secretaria de Planejamento da Presidência da República, Brasília, 1979, pp. 63-64.

⁹ *FIDE*, abril de 1982, p. 13.

¹⁰ *Indicadores Sociais*, cit., p. 18.

bienes necesarios para la reproducción tan sólo de la fuerza de trabajo del obrero.

Los bajos salarios, asimismo, obligan al trabajador a aceptar laborar más de 48 horas a la semana; o sea, no puede, por coerción económica, resistirse a la prolongación de la jornada. Por ejemplo, en Brasil el 24.8 % de la población económicamente activa trabajaba 50 horas o más a la semana en 1970, porcentaje que había aumentado a 29.1 % en 1975.¹¹ Si bien no se pueden hacer comparaciones temporales en México, para 1978 el 21.8 % de los obreros industriales laboraban 49 horas o más a la semana, dato que llegaba a cerca del 30 % en las industrias extractivas y de construcción.¹² Esta prolongación de la jornada incrementa el desgaste obrero y quita tiempo de reposo.

Otro efecto de la crisis que acelera el proceso de pauperización son el desempleo y el subempleo. Si bien es cierto que éstos son problemas crónicos de los países latinoamericanos, la crisis los agrava tanto estructural como coyunturalmente. La proletarización del campesinado, la integración masiva de mujeres y adolescentes al trabajo asalariado y la reestructuración tecnológica de la industria, todos son procesos acelerados por la crisis que alimentan el des-subempleo estructural. Además esto se añade al desempleo más coyuntural de las fases recesivas sucesivas características del *stop-and-go* de la economía.

Resulta difícil tener una idea precisa respecto a estos problemas tanto por lo precario de los datos oficiales como por el hecho de que la mayor parte del desempleo necesariamente se reviste de formas de subempleo, que no se registran, en ausencia de instituciones sociales que garanticen la sobrevivencia de los desempleados francos. Otra razón por la cual una parte del desempleo no aparece en las estadísticas nacionales, es porque da origen a migraciones internacionales muy importantes que, sin embargo, no son registradas como desempleo por nadie. Por ejemplo, una parte importante del desempleo mexicano asume la forma de aproximadamente cinco millones de "indocumentados" en Estados Unidos; hay un número indeterminado de desempleados colombianos trabajando en Venezuela; como resultado de la persecución política, pero también, importantemente, por razones de trabajo, un millón de chilenos y dos millones de argentinos viven fuera de sus países.

¹¹ Ibid., p. 38.

¹² *Encuesta continua sobre ocupación*, vol. 6, n. 1, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, 1979.

A pesar de todos los problemas de registro, por ejemplo, los datos de Chile son elocuentes (véase cuadro II). La implantación, a partir de 1975, de una política económica de corte estrictamente monetarista incrementó el desempleo abierto hasta el 14.5%, dato que se mantiene en 1980 en 12.2%.

CUADRO II

EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE DESEMPLEO ABIERTO, ARGENTINA, CHILE Y MÉXICO, 1970-1978

Año	Tasas de desempleo %		
	Argentina ¹	Chile ²	México ³
1970	4.8	5.7	—
1971	6.0	3.8	—
1972	6.6	3.1	—
1973	5.4	4.8	7.5
1974	3.4	9.2	7.2
1975	3.7	14.5	7.2
1976	4.0	14.8	6.8
1977	3.0	12.7	8.0
1978	2.7	13.4	6.9
1979	1.8	13.0	—
1980	2.0	12.2	—

FUENTES:

¹ *Evolución económica de la Argentina*, Ministerio de Economía, Buenos Aires, 1981.

² M. Echeverría: *Crisis, trabajo y salud*, tesis de Maestría, UAM-Xochimilco, 1982.

³ *Encuesta sobre ocupación* (números correspondientes) Secretaría de Programación y Presupuesto, México, 1973-1978.

Los datos de México muestran un incremento en el desempleo en 1977 que coincide con una aguda recesión de la economía y la implementación de una política monetarista pactada con el FMI a fines de 1976. Un disparo semejante del desempleo, aún no cuantificado, se dio a partir de las dos devaluaciones y los recortes presupuestales estatales en lo que va de 1982.

Todos estos indicadores apoyan la suposición de que se está dando un proceso de pauperización absoluta de las clases trabajadoras, que necesariamente se traduce en un empeoramiento de sus condiciones de reproducción. Sin embargo, en el terreno de la salud los indicadores tradicionales no muestran un comportamiento unívoco

CUADRO III

EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE MORTALIDAD INFANTIL.
ARGENTINA, BRASIL, CHILE Y MÉXICO, 1965-1978

<i>Año</i>	<i>Argentina</i> ¹ (Buenos Aires)	<i>Brasil</i> ² (Sao Paulo)	<i>Chile</i> ³	<i>México</i> ⁴
1965	31	69	—	61
1966	31	74	—	63
1967	33	74	—	64
1968	36	77	—	66
1969	37	84	—	68
1970	37	90	79	63
1971	32	94	70	61
1972	32	93	71	52
1973	31	94	65	47
1974	28	86*	63	49
1975	29	87*	55	52
1976	30	81*	54	—
1977	29	71*	47	—
1978	—	—	39	—

por 1 000 nacidos vivos.

* estimación.

FUENTES:

¹ S. Belmartino, C. Bloch, Z. T. de Quinteros: "El programa de estabilización económica y las políticas de salud y bienestar social", *Cuadernos Médico Sociales*, n. 18, 1981, p. 32.

² IBASE: *Saúde e Trabalho no Brasil*, Vozes, Petrópolis, 1982, p. 34.

³ D. Marcotti: *La mortalidad infantil: ¿un indicador de desarrollo?* Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1981, p. 4.

⁴ *Manual de estadísticas básicas sociodemográficas III*, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, D. F., s.f.

como expresión de este hecho. Por ejemplo, la mortalidad infantil, considerado como un indicador sensible de las condiciones de vida, muestran en prácticamente todos los países una tendencia descendente, tal como se puede apreciar en el cuadro III. Esta observación tiene carácter preliminar, dado que la mayoría de los países sólo han publicado oficialmente sus estadísticas hasta 1976 o 1977.

Una revisión más cuidadosa de los datos revela que en Brasil, Argentina y México el decremento en las tasas de mortalidad infantil está antecedido por un incremento, que coincide con el periodo durante el cual la crisis capitalista mundial empieza a manifestarse con toda claridad. Esta situación nos orienta a buscar una explicación de índole distinta a la que generalmente se da a las tasas de mortalidad infantil. Es decir, parece probable que lo que presenciamos no es un mejoramiento en las condiciones de salud sino una relación cambiante entre la morbilidad y la mortalidad. Este planteamiento conlleva la necesidad de explorar la posibilidad de que acciones sanitarias puntuales puedan bajar las tasas de mortalidad infantil sin mejorar ni las condiciones de vida y de trabajo, ni las condiciones generales de salud. Por ejemplo, con tres medidas relativamente sencillas y baratas de implementar como una alta cobertura de vacunación, rehidratación oral y distribución gratuita de leche, se puede modificar sensiblemente la mortalidad por enfermedades infectocontagiosas. Por ejemplo, a pesar de que la junta chilena cortó bruscamente el gasto en salud casi a la mitad entre 1972 y 1975,¹³ dejó intacto el programa de distribución de leche a los menores de cinco años.

En esta misma línea es necesario recordar que durante los años setenta se inició a una escala grande en muchos países la extensión de cobertura a través de los programas de atención primaria, que constituyen la infraestructura para llevar adelante el tipo de acciones antes mencionadas. La investigación de Casas¹⁴ sobre la mortalidad infantil rural en Costa Rica, confirma la importancia de la atención médica, ya que encuentra que la tasa de mortalidad infantil es un 40 % más alta en los cantones donde hay una baja cobertura —46.4 %— que en los de alta cobertura: 33.1 %.

Sin embargo, la misma investigación demuestra que, si bien la atención médica influye sobre la mortalidad infantil, los procesos socioeconómicos acelerados por la crisis tienden a agravar la proble-

¹³ C. Fassler, "Política sanitaria de la Junta Militar Chilena", *Revista Latinoamericana de Salud*, vol. 1, n. 2, 1982. p. 35.

¹⁴ A. Casas, *Evolución de la mortalidad infantil en 52 cantones rurales de Costa Rica*

mática de salud de los infantes. Así, las zonas rurales, donde menos del 6 % de la población está desocupada, muestran una tasa de mortalidad infantil de 33.7 por mil, mientras que fue de 41.6 por mil en las zonas de una desocupación mayor del 6 % . Por otra parte, en condiciones iguales de atención médica las zonas con alto porcentaje de población proletarizada exhibían sistemáticamente tasas más altas de mortalidad infantil. Estos resultados concuerdan con los de un estudio de morbilidad realizado en dos comunidades rurales mexicanas en 1973, que mostró que las tasas de morbilidad general fueron significativamente más altas entre la población desocupada y entre los jornaleros agrícolas.¹⁵

Datos de Guatemala y Panamá¹⁶ ofrecen otras evidencias que refuerzan la suposición de que estamos presenciando una relación cambiante entre la morbilidad y la mortalidad. Demuestran que mientras la mortalidad de los menores de cinco años bajó en estos países, la tasa de desnutridos de segundo o tercer grado se incrementó en un 21 % y un 84 % respectivamente. Es decir, el hecho de que las tasas de mortalidad infantil estén bajando no excluye que el deterioro alimenticio, provocado por los cambios en la estructura agrícola y la depresión salarial, efectivamente signifique un incremento en la desnutrición. Datos del estado de São Paulo, Brasil, confirman la estrecha relación entre el nivel salarial y la frecuencia de desnutrición en los niños, ya que se encontró que el 48 % de los niños de las familias con ingresos de salario mínimo o más era 11.5 % .¹⁷

La crisis está generando, pues, una población con altos índices de desnutrición que, sin embargo, no se muere. Resulta interesante recordar que una serie de estudios norteamericanos,¹⁸ realizados durante la crisis de 29, llegan a resultados semejantes. Constatan que a pesar de que los efectos de la crisis no se reflejan en las tasas de mortalidad, se incrementa la desnutrición en los sectores sociales más afectados por la debacle económica.

Como un último indicio de que la pauperización de grandes grupos de latinoamericanos conlleva un deterioro de sus condiciones de

1962-1977, tesis de Maestría en Medicina Social, UAM-X, México, 1982.

¹⁵ A. C. Laurell y Gil Blanco, "Enfermedades y desarrollo", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 22, no. 84, 1976, pp. 83-130.

¹⁶ C. Teller et al, "Population and Nutrition", ponencia al XI International Nutrition Congress, Río de Janeiro, 1978.

¹⁷ IBASE, op. cit., p. 18.

¹⁸ C. V. Kiser, R. K. Stix, "Nutrition and Depression", *Milbank Memorial Fund Quarterly*, octubre de 1933, pp. 299-307; C. F. Palmer, "Height and Weight of Children of Depression Poor", *Public Health Reports*, vol. 50, n. 32, pp. 1106-12.

salud es ilustrativo revisar el comportamiento de la incidencia de algunas enfermedades infecciosas. El problema más espectacular es un nuevo auge del paludismo, que después de un periodo de disminución vuelve a presentarse como un problema sanitario de primer orden, como se puede apreciar en el cuadro IV. Las razones del incremento del paludismo parecen ser varias, más ligadas a acontecimientos económicos y políticos que a dificultades técnicas.¹⁹ Otro ejemplo del incremento en las enfermedades infecciosas lo tenemos en el caso de Chile, que muestra un incremento sostenido en tifoidea, reportando 3 530 casos en 1973 y 11 533 en 1977. En el mismo periodo los nuevos casos de sífilis suben sostenidamente de 2 691 a 5 722.²⁰

Finalmente habría que aclarar que resulta insuficiente para poder desentrañar los efectos de la pauperización de las clases trabajadoras sobre sus perfiles epidemiológicos analizar solamente los datos globales respecto a la población, ya que no permiten distinguir los efectos diferenciales sobre los diferentes grupos de la población. Disponemos de poca información respecto a las diferenciales de morbi-mortalidad de la población latinoamericana, pero los datos brasileños del cuadro V nos dan una buena indicación del grado de diferenciación existente.

CUADRO IV

INCIDENCIA DE PALUDISMO EN ALGUNOS PAÍSES LATINOAMERICANOS, 1975-1978

País	1975	1976	1977	1978
Brasil	88 630	89 959	104 436	114 353*
Bolivia	6 615	6 714	10 106	10 897
Colombia	32 690	39 022	63 888	53 412
Ecuador	6 555	10 974	11 275	11 140*
Guatemala	4 979	9 616	34 907	59 755
México	27 925	18 153	18 851	17 810

FUENTE: *Malaria en las Américas*, Publicación Científica 405, OPS/OMS, 1981.

* Proyectado en base a datos hasta septiembre-octubre.

¹⁹ S. Franco, *El paludismo en América Latina*, tesis de Maestría en Medicina Social, UAM-X, México, 1980; H. Cleaver, "Malaria and the Political Economy of Public Health", *International Journal Health Services*, vol. 7, n. 4, 1977, pp. 557-79.

²⁰ *World Health Statistics Quarterly 1974-1978*, OMS Washington.

CUADRO V

ESTIMACIÓN DE LA ESPERANZA DE VIDA AL NACER SEGÚN
EL NIVEL DE INGRESO FAMILIAR, BRASIL, 1976.

Nivel de ingreso	
1 salario mínimo o menos	54.8
1 a 2 salarios mínimos	59.5
2 a 5 salarios mínimos	64.0
5 o más salarios mínimos	69.6
Toda la población	60.5

FUENTE: *Indicadores sociais*, 1979.

Secretaría de Planejamento da Presidência Da República, Brasília, 1979.

2. Transformación industrial, productiva y desgaste obrero.

Si bien los efectos de la crisis se muestran con toda crudeza en la distribución y el consumo como un proceso de pauperización de las clases trabajadoras, los cambios más profundos y decisivos ocurren en la producción. No es posible entender la conformación de los perfiles epidemiológicos de los grupos sociales a menos de analizar las características de los procesos laborales en los cuales participan, y que originan determinadas formas de consumo de la fuerza de trabajo que se corresponden con patrones específicos de desgaste obrero. Los perfiles epidemiológicos finalmente se derivan de la combinación entre el desgaste y la reproducción característicos de los distintos grupos, entendiendo que la reproducción no es un elemento disociado de la producción sino determinado por ella.²¹

La crisis agudiza la competencia intercapitalista y tiende a redefinir el tiempo socialmente necesario para la producción. Esto se logra a través del aumento en la productividad, que se implementa por medio de la intensificación del trabajo y/o del recambio tecnológico.²² En términos generales esto conlleva una reestructuración de la industria y la eliminación de su parte más atrasada y sin posibilidades de realizar las inversiones necesarias para producir rentable-

²¹ A. C. Laurell, "El carácter social del proceso salud-enfermedad y su relación con el proceso de trabajo", en *Vida y muerte del mexicano*, ed. Folios, México, 1982, pp. 189-217.

²² K. Marx, *El Capital*, ed. Siglo XXI, México, 1975, t. 1, cap. x.

mente bajo las nuevas condiciones. Respecto a los procesos laborales concretos esto significa ritmos de trabajo más altos, una tendencia al aumento del trabajo por turnos, un proceso de descalificación/re-calificación, una creciente pérdida de control por parte del obrero sobre su tarea, el manejo de tecnología potencialmente más peligrosa, etcétera. Elementos que tienen todas repercusiones para la salud, como se intentará demostrar más adelante.

La tendencia a la concentración y centralización del aparato industrial se ejemplifica por el caso mexicano donde en el periodo 1970 a 1975 los establecimientos industriales artesanales decrecieron en un 14.7 % y el personal empleado en ellos en un 16.4 % ; el número de establecimientos de la pequeña industria bajaron en un 2.6 % y su personal en 6 % , y los datos correspondientes para la mediana industria fueron —1.0 % y —3.3 % . Sólo los establecimientos con más de cien empleados crecieron en un 8.0 % y su personal en un 16.6 % ²³ Esto significó una creciente concentración de trabajadores en la gran industria, ya que era el 61.3 % en 1970 y el 66.4 % en 1975. En Chile y Argentina se dieron procesos semejantes y aún más agudos debido a la aplicación de políticas económicas, bautizadas de *shock* por la escuela de Chicago, iniciadas en los años 1975 y 1976 respectivamente, que tuvieron como requisito político previo los golpes militares y el ejercicio de una profunda represión contra el movimiento obrero.²⁴ En Chile esto se tradujo en quiebras masivas de pequeñas y medianas industrias y aun de empresas grandes en determinadas ramas. En términos de la concentración de los ocupados en la gran industria, se expresa en el hecho de que subió al 50.7 % del total de ocupados en 1977 en comparación con el 42.4 % en 1967, mientras que el empleo en la pequeña industria bajó del 29.2 % al 19.8 % en el mismo periodo.²⁵ El proceso argentino se asemeja al chileno y ha golpeado especialmente duro a la pequeña y mediana industria, pero también a las grandes empresas, por ejemplo en las ramas automotriz, electrónica y textil.²⁶ De paso cabe señalar que, si bien las políticas económicas monetaristas, en sus variantes blanda y dura, lograron una recuperación económica en términos del creci-

²³ A. Álvarez, "Heterogeneidad estructural del proletariado mexicano", en *El obrero mexicano*, ed. Siglo XXI (en prensa).

²⁴ J. Martínez y E. Tironi, *La clase obrera en un nuevo estilo de desarrollo*, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1981; A. Ferrer. "La economía argentina", *Economía de América Latina*, n. 5, 1980, p. 184.

²⁵ M. Echeverría, *Crisis, trabajo y salud: Chile 1970-1980*, tesis de Maestría en Medicina Social, UAM-X, México, 1982.

²⁶ Ferrer, op. cit., p. 155.

miento de PNB, para 1981 los países mencionados se encuentran de nuevo en agudas recesiones con crecimiento cero o incluso negativo.

Otro fenómeno en relación directa con la transformación de los procesos laborales concretos, que se ha acelerado por la crisis y que parece asumir características parcialmente nuevas, es la transnacionalización del capital industrial. Para 1980 el 54.1 % de la inversión privada norteamericana en Latinoamérica, excluyendo al Caribe, era inversión industrial.²⁷ Parece importante señalar que la nueva inversión extranjera directa en países como México y Argentina mantenía hasta 1978 un nivel relativamente estable, con altibajos dependiendo de las coyunturas político-económicas específicas de cada país. Sin embargo, en 1979, cuando se comienza a resentir una nueva recesión a nivel mundial, la inversión extranjera crece a un ritmo inusitado. Por ejemplo en México sube de 383.3 millones en 1978 a 1 622.6 en 1980, o sea se incrementa en un 425 %, ²⁸ tendencia que según informes preliminares se mantuvo en 1981.

Otro ejemplo lo constituye Argentina, donde la inversión extranjera directa se incrementó entre 1978 y 1980 en 275 %. ²⁹ En Chile, finalmente, entre 1977 y 1980 se incrementó en 625 %, ³⁰ aumento que, sin embargo, tiene que interpretarse a la luz de la historia política de este país, ya que se acercó a cero durante el gobierno de la Unidad Popular. El destino de inversión resulta de especial interés porque nos permite vislumbrar qué busca el capital extranjero y qué significa en relación con los procesos laborales concretos, y por lo tanto, qué repercusiones tendrá sobre el desgaste obrero y los perfiles epidemiológicos.

En México en 1980 el 77.6 % de la IED se encontraba en la industria de transformación, ubicándose un 18.5 % en la industria química, un 14.5 % en equipo y material de transporte (léase automotriz), un 9.0 % en eléctrica y electrónica, un 7.4 % en maquinaria y equipo, un 6.9 % en alimenticia, un 9.4 % en minero-metalúrgica y un 2.0 % en textil y vestido. ³¹ En Argentina la nueva IED de los años 1977 y 1980 se repartía en un 26.0 % en gas y petróleo, un 19.2 % en automotriz, un 14.1 % en minería y un 7.9 % en química

²⁷ *Punto Final*, vol. 9, n. 200, 1982, p. 11.

²⁸ *Anuario estadístico*, Dirección General de Inversiones Extranjeras y Transferencia de Tecnología, México, 1981, p. 8.

²⁹ *Evolución económica de la Argentina*, Ministerio de Economía, Buenos Aires, 1981, p. 51.

³⁰ J. Osorio, *La economía chilena bajo la dictadura militar* (mimeo), 1982.

³¹ *Anuario estadístico*, cit., pp. 11-12.

plástica y petroquímica.³² Otra vía tal vez de mayor importancia para condicionar el desarrollo de determinadas ramas industriales es a través de los préstamos extranjeros, públicos y privados, que sin embargo son mucho más ocultos. Por ejemplo, una parte muy importante de los préstamos al gobierno mexicano están absorbidos por petróleo, electricidad y siderurgia. Los datos respecto a la "ayuda" norteamericana para el desarrollo de la industria del acero en América Latina, son igualmente elocuentes: 941.2 millones a Brasil, 624.5 a México, 380.5 a Argentina y 122.4 a Chile.³³

Estos datos conforman un cuadro que permite precisar algunos rasgos fundamentales de lo que puede llegar a ser, efectivamente, una nueva división internacional del trabajo. Se basa en dos elementos distintos que están ambos interrelacionados con la crisis. Por una parte obedece a las características de la lucha de clases en los países capitalistas centrales, donde la clase obrera en la posguerra logró una organización y capacidad reivindicativa muy alta y que hoy se enfrenta a una burguesía que por vías distintas intenta debilitarla. Una vía es descentralizar la industria reconstituyendo el ejército industrial de reserva a nivel internacional y otra es desarrollar tecnología que elimina fuerza de trabajo e incrementa el control del capital sobre el proceso laboral cambiando, así, las condiciones de la organización obrera.³⁴ Por otra parte, se han generado las condiciones materiales de la descentralización industrial al desarrollar e integrar a la producción la informática y el control computarizado de la producción.³⁵

En concreto esto significa que el capital internacional, principalmente norteamericano pero también alemán, japonés y suizo, está transfiriendo procesos de trabajo a América Latina que requieren de abundante mano de obra; que implican tareas monótonas y descalificadas; que conllevan alto riesgo para los obreros y son altamente contaminantes y que permiten utilizar maquinaria obsoleta en los países de origen.

Ejemplo de lo primero es la llamada maquila de aparatos eléctricos y electrónicos y de vestido y calzado que en su mayoría se realiza

³² *Evolución económica de la Argentina*, cit., p. 52.

³³ H. Shapiro, S. Volk, "Global Shift, Brazil Steals The Show", *NACLA*, vol. 13, n. 1, 1979, p. 26.

³⁴ Gilly, art. cit., pp. 18-20.

³⁵ R. Murray, "Imperialism and Labour Process", ponencia presentada al primer Seminario internacional sobre internacionalización del capital, transformación del proceso de trabajo y organización obrera, UNAM, México, 1980.

en zonas francas de Brasil, Dominicana, El Salvador, Guatemala, Haití, Colombia, México, Panamá y Puerto Rico, ocupando, en cálculos conservadores, 275 mil obreros a mitad de los setentas.³⁶ Tomando como ejemplo México, el salario pagado representa aproximadamente el 25 % del de Estados Unidos, la productividad horaria es un 25 a 40 % más alta que en ese país y el ausentismo más bajo. El mercado de trabajo local, además, permite a los empresarios elegir obreros con características específicas en cuanto a capacitación, edad y sexo, adquiriendo fuerza de trabajo en condiciones óptimas que, sin embargo, se desgasta y queda inutilizada en un lapso de siete a diez años.³⁷

Las industrias química, petroquímica y siderúrgica ejemplifican la exportación de procesos laborales que implican riesgos altos para los obreros y el ambiente. Estas industrias se mueven hacia la periferia con la finalidad de evitar la legislación laboral y ambiental, resultado de la lucha obrera y ambientalista, y encuentran en América Latina condiciones óptimas de operación, ya que en caso de que exista legislación, ésta es mucho más inespecífica o simplemente no se aplica. Los estudios de Castleman³⁸ demuestran con claridad que industrias como la de asbestos y las de fundición, que ambas manejan sustancias carcinógenas, han sido trasladadas entre otros países a México. Cabe añadir que en México se maneja a gran escala benceno (depressor de la hematopoesis), cromatos (carcinógeno), vinilo de cloruro (carcinógeno), etcétera.

La industria automotriz, finalmente, ejemplifica procesos laborales monótonos, repetitivos y con acelerados ritmos de trabajo y un alto grado de conflictividad laboral. No es casual que tanto en Italia y Francia como en Estados Unidos los obreros de esta rama hayan desempeñado un papel importante en las luchas obreras. Las grandes empresas automotrices han desarrollado una política doble para contrarrestar la resistencia obrera y la caída de las tasas de ganancia. Por una parte, han automatizado segmentos de la producción, especialmente los de alta conflictividad, por otra han desarrollado plantas con producción semejante en distintos países, todas sometidas a control computarizado, lo que permite implementar reajustes

³⁶ F. Fröbel, Y. Henrichs, O. Kreye, *La nueva división internacional del trabajo*, ed. Siglo XXI, México, 1981, pp. 548-49.

³⁷ M. P. Fernández, *Las maquilas y las mujeres en Ciudad Juárez*, Department of Sociology, University of California, Berkeley, 1981 (mimeo).

³⁸ B.I. Castleman, "The Export of Hazardous: Factories to Developing Countries", *International Journal Health Services*, vol. 9, n. 4, 1979.

en la producción local instantáneamente. Estos mecanismos, evidentemente, garantizan mantener estable la producción a pesar de conflictos laborales locales.

Las transformaciones que ha sufrido la industria latinoamericana bajo la crisis se expresan en incrementos sostenidos de productividad, como se puede observar en la gráfica 1. La política salarial tanto de Brasil como de Argentina, además, está condicionada a los aumentos de productividad, ya que una parte de los aumentos salariales tiene que estar respaldada por ella.³⁹ En México hay una situación semejante, ya que el gobierno, apoyado por los dirigentes sindicales oficialistas, permite aumentos por encima de los "topes salariales" cuando están basados en aumentos de la productividad.

Al ir analizando las transformaciones industriales van apareciendo los elementos que se traducen en condiciones de trabajo concretas; condiciones de trabajo que no son externas al obrero sino formas de existencia social, biológica y psicológica. La dificultad metodológica de ir aprehendiendo esto en perfiles epidemiológicos estriba en dos problemas. Por una parte, no tiene expresiones inmediatas en la morbi-mortalidad, ya que son procesos que tardan años en concretarse en patologías específicas. El *stress* y la fatiga no matan necesariamente a corto plazo sino van minando el organismo poco a poco; la exposición a carcinógenos resulta en tumores malignos después de 15-20 años. La crisis la traerán consigo en sus cuerpos por un periodo largo las clases trabajadoras, independientemente del futuro cercano. Por esto podemos decir que la historia de la enfermedad de una población es social y no natural; que se va gestando en los procesos sociales antes de llegar a sus expresiones sensibles. Por otra parte, hay un silencio oficial en cuanto a estadísticas de morbilidad a partir de 1976-1977 o aun antes.

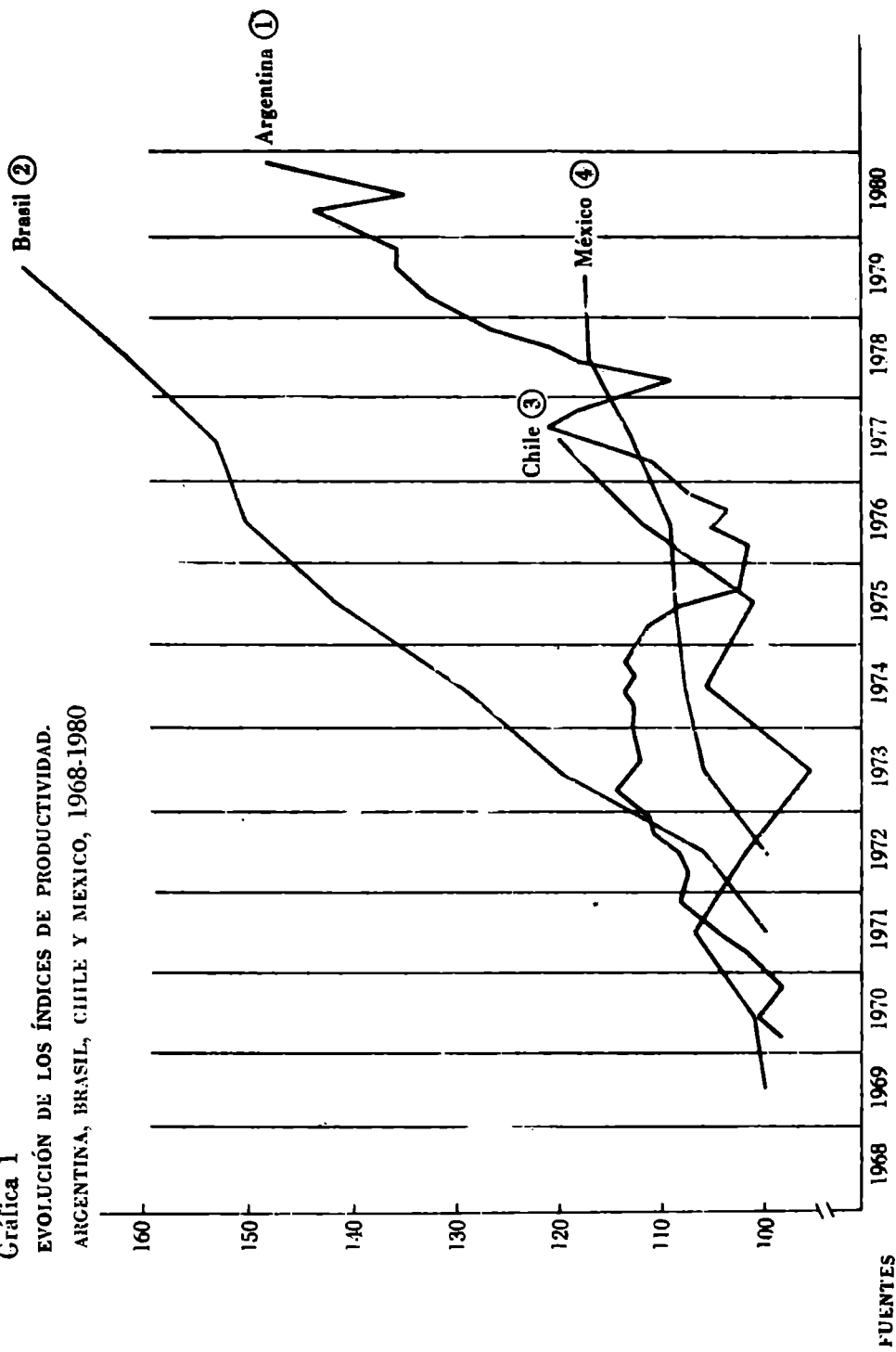
Sin embargo, en los accidentes de trabajo tenemos una expresión directa de los cambios ocurridos en el proceso laboral. El cuadro VI recoge la evolución de los accidentes de trabajo registrados por el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) entre la población trabajadora asegurada. Cabe señalar que este registro deja fuera los accidentes ocurridos en la población trabajadora no-asegurada, que en términos generales corresponde a los pequeños y medianos establecimientos.

Como se puede apreciar en el cuadro VI, el número de accidentes de trabajo se duplicó entre 1970 y 1979, los accidentados con invali-

³⁹ E. Sader, P. Sandorni, "Luchas obreras y táctica burguesa en Brasil", *Cuadernos Políticos*, n. 26, 1980, p. 60; *Evolución económica de la Argentina*, cit.

Gráfica 1

EVOLUCIÓN DE LOS ÍNDICES DE PRODUCTIVIDAD.
ARGENTINA, BRASIL, CHILE Y MÉXICO, 1968-1980



FUENTES

¹ *Evolución económica de la Argentina*, Ministerio de Economía, Buenos Aires, 1981. (Productividad Industrial.)

² IBAFE *Saúde e trabalho no Brasil*, ed. Vozes, Petropolis, 1982.

M. Echiverría, *Crisis, trabajo y salud*, Tesis de maestría en Medicina Social, UAMX, México, 1982.

C. Laurell, "El obrero mexicano: las condiciones de trabajo" en *El obrero mexicano*, ed. Siglo XXI, en prensa, 1982.

dez permanente se incrementaron 2.5 veces y las muertes aumentaron casi tres veces. Esta situación no se explica sólo por un incremento en la población trabajadora, ya que las tasas se van incrementando paralelamente aunque no al mismo ritmo. Esto quiere decir que el riesgo de accidentarse en el trabajo es hoy más grande que hace diez años. Como punto de referencia se puede mencionar que la tasa de mortalidad por accidente de trabajo, 28.9 por 100 mil, se ubicaría como séptima causa de muerte en la escala de mortalidad general en 1975 y como segunda causa de muerte en el grupo de 15 a 34 años.

CUADRO VI

EVOLUCIÓN DE LOS ACCIDENTES DE TRABAJO EN MÉXICO 1960 a 1979

Año	Total de accidentes		Accidentes c/invalidéz		Accidentes mortales	
	Núm.	Tasa por mil asegu.	Núm.	Tasa por mil asegu.	Núm.	Tasa por 100 mil asegu.
1960	100 762	79.0	2 148	1.68	138	10.8
1970	245 723	89.1	4 381	1.59	471	17.1
1975	361 154	98.9	7 185	2.13	936	25.6
1976	401 303	107.8	8 940	2.41	1 077	28.9
1977	449 508	116.2	9 640	2.49	1 269	32.8
1978	—	—	—	—	—	—
1979	547 883	112.3	11 578	2.37	1 371	28.11

FUENTE: Jefatura de Medicina del Trabajo, Servicios de Análisis e Información Estadística, IMSS.

Los datos de accidentes de trabajo en Brasil durante los años setenta muestran un comportamiento semejante al de los datos mexicanos, como se puede observar en el cuadro VII.

Cabe señalar que la frecuencia de accidentes de trabajo en Brasil es tan alta que a partir de la mitad de los años setenta se comenzó a denunciar intensamente la situación. Con la reorganización del movimiento sindical a partir de 1978, el problema de la salud del trabajador fue asumido por una serie de sindicatos como bandera de lucha.

Parece necesario insistir en que determinados modos de organizar el trabajo incrementan el riesgo de accidentes. Por ejemplo, la

práctica implementada por los empresarios de rotar la fuerza de trabajo, esto es, despedir obreros y contratar nuevos, con el fin de mantener bajos los salarios y debilitar la organización sindical, indudablemente incrementa los accidentes. Información de Chile y Brasil muestra una alta rotatividad. Por ejemplo, en 1976 el 41 % del proletariado industrial brasileño tenía un año o menos en su actual empleo.⁴⁰ Asimismo, formas salariales como el destajo tienden a incrementar la frecuencia de los accidentes, ya que inducen a violaciones a las normas de seguridad.

CUADRO VII

EVOLUCIÓN DE LOS ACCIDENTES DE TRABAJO EN BRASIL,
1969 a 1979

Año	Número de accidentes de trabajo	Índice	Número de muertes por accidentes de trabajo	Tasa por 100 accidentes
1969	1 059 296	100	---	—
1970	1 220 111	115	—	—
1971	1 330 523	126	2 587	1.94
1972	1 504 723	142	2 854	7.90
1973	1 632 696	154	3 153	7.93
1974	1 796 761	170	3 833	2.13
1975	1 916 187	181	4 001	2.05
1976	1 743 825	165	3 900	2.24
1977	1 611 750	152	4 145	2.75
1978	1 564 380	148	---	---
1979	1 476 056	139	---	---

FUENTE: IBASE: *Saúde e Trabalho No Brasil*, Vozes, Petrópolis, 1982, pp. 50 y 53.

Respecto a las enfermedades legalmente reconocidas como ocupacionales se puede constatar que están gravemente subregistradas, ya que en Brasil constituyen entre el 0.10 al 0.32 % del total de los re-

⁴⁰ Echeverría, op. cit.; J. Humphrey, "Control del trabajo en la industria automotriz brasileña", *Cuadernos Políticos*, n. 24, 1980, pp. 70-71; A. C. Minella, "El proletariado industrial en Brasil", *Anuario del Movimiento Obrero Latinoamericano*, n. 1, Centro de Estudios del Movimiento Obrero "Salvador Allende", Guadalajara, 1980, p. 185.

gistros laborales registrados y en México entre el 0.36 y el 0.45 %. Por ejemplo, en 1977 en ese país no se registró un solo caso de cáncer ocupacional y casi el 50 % de las enfermedades registradas eran neumoconiosis. El mismo año se reportaron 131 casos de sordera, a pesar de que la mayor parte de la industria trabaja con niveles de ruido por encima de 90 decibeles.⁴¹

Sin embargo, los daños a la salud más importantes implícitos en los procesos de transformación de los procesos laborales impulsados por la crisis seguramente no se encuentran entre lo que la ley define como riesgos laborales sino se verifican en lo que se registra como patología "civil". Habría que poner especial atención en la patología del *stress*, que está íntimamente ligada a las formas concretas de organización del trabajo. Por ejemplo, un estudio de la morbilidad en una empresa automotriz mexicana demostró que existía una relación directa entre las consultas obreras por enfermedad relacionada con el *stress* y el aumento en la productividad. Asimismo, datos de la mortalidad por enfermedades izquémicas del corazón muestran un incremento sostenido tanto en México como en Ecuador al incrementarse la productividad.⁴² Habría que contemplar que las fuentes del *stress* no sólo se encuentran en los procesos laborales sino también en la tensión que genera un salario decreciente y una inseguridad laboral creciente.

Uno de los pocos estudios que han intentado reconstruir la morbilidad obrera durante el periodo de la crisis es el realizado por Echeverría en Chile.⁴³ Ella encontró un incremento sostenido en el número de consultas por obrero de 1979, especialmente por causas psicológicas, sicosomáticas, accidentes y enfermedades por esfuerzo y posición. Concluye la investigación que las razones de estos perfiles epidemiológicos cambiantes están tanto en las transformaciones de los procesos laborales como en la amenaza constante y real del despido en una sociedad caracterizada por sus altos índices de desempleo.

Otra práctica de organización del trabajo inherente al uso capitalista del tiempo es la implementación del trabajo por turnos, las más

⁴¹ IBASE, op. cit., p. 45; Jefatura de Medicina del Trabajo, Servicios de Análisis e Información Estadística, IMSS, México, s.f.; *La medicina del trabajo en México*, SynTex, México, 1979, p. 25.

⁴² M. Echeverría et al, "El problema de la salud en Dina", *Cuadernos Políticos*, n. 26, 1980, p. 87; A. C. Laurell, "Proceso de trabajo y salud", *Cuadernos Políticos*, n. 17, p. 71; J. Breilh, E. Granda, *Acumulación económica y salud-enfermedad*, CEAS, Quito, 1981 (mimeo)

⁴³ Echeverría, *Crisis, trabajo y salud*, cit.

de las veces con rotación. Mantener la producción 24 horas al día puede ser una exigencia técnica en determinados procesos laborales, pero en la mayoría de los casos se debe a las necesidades de valorización del capital. Esto ocurre especialmente cuando el ciclo de renovación tecnológica es corto, ya que obliga al empresario a trabajar al máximo la maquinaria antes de que se vuelva obsoleta. Un estudio mexicano demostró que el 22 % de los obreros involucrados en trabajos por turno con rotación trabajaban en procesos laborales que no se podían interrumpir por razones técnicas para el otro 78 %, no existían impedimentos técnicos para realizar el trabajo en horarios normales sin embargo se realizaba en turnos rotativos. Un exhaustivo estudio sobre los trabajadores por turno en Perú realizado por Galin⁴⁴ muestra que el porcentaje de trabajadores por turno aumentó del 53.6 % al 60 % durante la década de los setenta. El incremento se da principalmente en la gran industria donde en 1971 el 38.4 % de las empresas empleaban este régimen de trabajo, porcentaje que había aumentado al 48.5 % para 1980.

Estos datos asumen relevancia en relación al proceso de reestructuración industrial acelerada por la crisis, porque permiten suponer que situaciones semejantes se han dado en otros países latinoamericanos. En México se estima que un 45 % de los obreros participa en trabajo por turno, dato igual que el peruano, 44.2 %. Llama la atención que sobrepasa en mucho lo registrado en los países capitalistas centrales: Francia el 22 %, Estados Unidos el 27 % y Japón el 13 %. Las consecuencias sobre la salud derivadas del trabajo por turnos especialmente cuando hay rotación, involucra problemas como trastornos digestivos incluyendo úlcera, accidentes más graves, agudización de problemas nerviosos, insomnio y fatiga patológica.⁴⁵ Los sindicatos peruanos entrevistados al respecto señalaron todos estos problemas y añadieron el desgaste y envejecimiento prematuro y, como consecuencia, el acortamiento de la vida.

Los aumentos en la productividad están ligados a incrementos de los ritmos de trabajo sea por vía del control tecnológico o por vía de las formas salariales. En el primer caso tenemos los procesos taylorizados o fordizados ordenados como una sucesión de tareas simples eventualmente ligadas por la banda de producción. Esta manera de organizar el proceso laboral, que por ejemplo en México involucra

⁴⁴ P. Galin: *Las condiciones de trabajo y vida de los trabajadores por turno en el Perú*, CLACSO, 1982 (mimeo).

⁴⁵ D. Baker, "The Use and Health Consequences of Shift Work", *International Journal Health Services*, vol. 10, n. 3, 1980, pp. 405-20.

al 17 % de los obreros industriales,⁴⁶ somete al trabajador a un mayor *stress* que cuando él puede determinar sus ritmos de trabajo produciendo el mismo volumen de mercancías, como fue demostrado a través de una excreción mayor de catecolaminas. La forma salarial de preferencia para incrementar los ritmos de trabajo es el destajo, que de la misma manera que el trabajo en cadena incrementa el *stress*.⁴⁷

Finalmente, es necesario considerar el cambiante ambiente químico que sufre una parte de los trabajadores latinoamericanos, ya que guarda una relación estrecha tanto con el riesgo de intoxicaciones agudas y frecuentemente masivas como con una serie de enfermedades ocupacionales tradicionales y con el cáncer. El proceso de transformación selectiva de este tipo de producción a Latinoamérica presagia problemas graves en el futuro.

IV. A modo de conclusión: una sugerencia

La crisis por la cual transita hoy América Latina tiene implicaciones profundas para el proceso de trabajo global de las sociedades. Significa tendencias de reestructuración tanto de los procesos laborales agrícolas como industriales y parece agravar el no-trabajo: el desempleo. En cuanto al consumo hay evidencias claras que nos hablan de un proceso de pauperización absoluta de las clases trabajadoras, especialmente profunda en los países que viven bajo regímenes militares. Es justo admitir que no sabemos con precisión qué significan estos procesos en términos del proceso salud-enfermedad de las clases trabajadoras tanto porque carecemos de datos como porque a todas luces estamos frente a problemas que no pueden ser aprehendidos por los indicadores sanitarios convencionales. Pero si estamos convencidos, porque la ciencia lo ha demostrado, que la salud-enfermedad colectiva es un proceso social y biológico, estamos en la obligación de profundizar la investigación respecto a en qué y cómo están transformándose los perfiles epidemiológicos.

Lo que intenta este ensayo no es resolver cómo se expresa la crisis en las condiciones colectivas de salud sino problematizar la realidad

⁴⁶ A. C. Laurell y M. Márquez. "La estructura tecnológica de la industria mexicana" ponencia al segundo Seminario internacional sobre crisis, nuevas tecnologías y procesos de trabajo. UNAM. México. 1981.

⁴⁷ M. Timio, S. Gentili, S. Pedde. "Free Adrenaline and Noradrenaline Excretion Related to Occupational Stress", *British Heart Journal*, n. 42, 1979, pp. 471-74.

que tenemos enfrente. Espero haber podido demostrar que prácticamente cualquier aspecto que se elige contiene una serie de preguntas que no tienen respuesta hoy pero que pueden ser respondidas en un proceso de investigación. Es mérito de una generación de sanitarios latinoamericanos, crecidos en íntima relación con las agudas luchas sociales que caracterizan la última década, el haber roto con el pensamiento sanitario tradicional e iniciado la formulación de nuevos planteamientos teórico-metodológicos dentro del marco del materialismo histórico. Éstos son los instrumentos que deben permitirnos aprehender la esencia del periodo de cambio que estamos viviendo.

- Asa Cristina Laurell: Médica y socióloga mexicana. Actualmente investigadora y profesora de la UNAM. Autora de varios artículos publicados en revistas especializadas.

ARTE, HISTORIA Y SOCIEDAD

Michel Lequenne

El arte... ¿qué es?

Antes de enfocar las relaciones del arte con la vida social y la lucha de clases, hay que definir el primer término. Tal vez ningún término necesite tanto una definición como el de arte, tema de mil discusiones entre sordos. Por eso se intentará primeramente examinar las definiciones actuales, con el fin de entresacar nuestro propio empleo del vocablo y, por ende, del concepto.

Actualmente, el término *arte* es objeto de los discursos más contradictorios. Un manual popular destinado a la juventud manifiesta: “*El Arte* (entre comillas y con mayúscula) no tiene existencia propia. Sólo hay artistas”. De esto se hace eco la proclama *gauchiste*: la idea de arte debe rechazarse, es un mito burgués, uno de los sectores de la ideología que, como tal, desempeña su papel en la enajenación de las clases dominadas y en la justificación de la dominación ejercida por las clases dominantes.

La lectura de Hegel, el pensador más eminente de la burguesía, podría justificar este rechazo. En efecto, según Hegel, el arte es la manifestación del Espíritu o sea una verdad que es social, que progresa y justifica así la realidad de la clase dominante.

Hay teóricos marxistas que, casi a la inversa, definen el arte como trabajo y su producto como producción, es decir, captándolo con un solo movimiento que lo subordina a su dimensión de actividad socio-económica.

A primera vista, no existe posibilidad de conciliación entre estas dos definiciones opuestas.

La primera, negativa, es principalmente la expresión de lo que en la actualidad se llama la crisis del arte, y que tal vez sólo sea la crisis de su noción, la cual expresa la crisis de la relación entre arte y sociedad. El rechazo izquierdista, expresa dicha crisis de manera distinta, más radicalmente. Pero al suprimir la palabra no se suprime el

problema, como tampoco el avestruz suprime el peligro al meter la cabeza en la arena. Es cierto que el arte, por ser una actividad autónoma en el sentido de que no está subordinada a propósitos religiosos ni de exaltación de un poder —también sacralizado— sólo existe desde el momento en que la burguesía se constituye como una clase en sí. ¿Significa eso que la proyección de la palabra en épocas anteriores fue abusiva y carente de significado? Habría que señalar que ya en el apogeo de la civilización griega y durante los periodos helenístico y de florecimiento del imperio romano, el arte había gozado de una gran autonomía en relación con sus fines esencialmente religiosos, por lo menos en cuanto a las clases dominantes de la época.

Y si se aceptara rechazar el término, no por considerarlo culpable de mistificación sino por ser un inevitable vector de mistificación, entonces ¿con qué podría sustituirse para nombrar un fenómeno cuya unidad es innegable a pesar de todas las desigualdades? El neomarxismo más reciente propone sustituir el vocablo “arte” con la fórmula de “ideología gráfica”. Semejante fórmula, que aísla a las artes plásticas (¿habría que hablar de “ideología sonora” al tratar de la música?) acentuando un aspecto esencial y encubierto de cualquier expresión artística, se hace acreedora al reproche expresado por el crítico-historiador Francastel contra quienes estudian el uso de la imagen “eliminando todo lo que constituye su carácter estético, para quedarse únicamente con significados” “Los interesados —prosigue— están privados del sentido de la vista”; y se siente también la tentación de decir: y privados de la capacidad de emoción y de participación.

El arte *significa*, indudablemente, más que cualquier otro medio de expresión, pero de acuerdo con códigos que le son propios, en los cuales la forma, inseparable de los contenidos, posee su propia lógica, su propia historia. Ésta, por supuesto, es paralela a la historia general pero su movimiento nunca está mecánicamente determinado por los acontecimientos sociales y políticos sino que, por el contrario, disfruta de una autonomía relativa en su desarrollo. En suma, gravita en una dimensión particular aunque esté en interacción constante con todos los elementos de la historia, en particular con la historia del trabajo y de la ciencia, por cuanto ésta modifica la concepción de la relación del hombre con el mundo, y ante todo, por el hecho de que enriquece sin cesar las técnicas que el arte obtiene de los medios de producción.

Y eso nos trae de nuevo hacia las concepciones marxistas-economistas que parten, en lo referente a las interpretaciones del arte, del hecho de que éste, mediante un trabajo, produce objetos de intercam-

bio. ¡Qué teoría tan insatisfactoria! Porque ella también examina al arte únicamente en las sociedades de carácter mercantil.

Si se limita la definición a la producción de objetos de intercambio, se dejan fuera todas las actividades artísticas espontáneas, todas las artes no mercantiles que todavía subsisten a nuestro alrededor. Esa concepción, que se pretende marxista, equivale a un elitismo, puesto que sólo se queda con un arte que lleve etiqueta de calidad. Pero más que nada es insatisfactoria en tanto que la observación de las civilizaciones más primitivas demuestra hasta la evidencia que, inclusive donde hay trabajo (fabricación de instrumentos musicales, adornos para la danza e inclusive elaboración de narraciones), se trata de uno que se presenta como no-trabajo por ser liberación del trabajo, expresión de la satisfacción del trabajo terminado, de las necesidades satisfechas. E inclusive ahí donde las artes manifiestan temores que han de ser calmados, favores que deben conseguirse de las potencias oscuras, las manifestaciones artísticas más toscas reclaman tiempo liberado en relación con la satisfacción de las necesidades elementales.

Que el arte se convierte progresivamente en trabajo, y muy pronto en el trabajo más calificado (y esto *exclusivamente* hasta nuestro siglo) es tanto más evidente cuanto que, durante milenios, el artista, aun sin dejar de ser sacerdote, no se distinguirá mucho de los artesanos. Pero inmediatamente, y más alto aún de lo que pueda alcanzar nuestro saber histórico, el producto artístico se distingue de cualquier otro por un carácter radical. Por ser el hombre un animal que fabrica (un *homo faber*), su trabajo satisface generalmente las necesidades que tiene en común con el animal. Por el contrario, el trabajo artístico no responde a ninguna necesidad animal sino a una necesidad social exclusiva de la especie humana.

Esa particularidad no planteaba problemas a las múltiples concepciones sucesivas del hombre como un ser no animal. A nosotros nos resulta evidente que esa particularidad significa que la producción artística está vinculada con lo que constituye la particularidad de la especie humana entre las especies animales: "la conciencia reflexiva". Por ser el hombre el único animal que se plantea a sí mismo la pregunta del porqué de su existencia y de su lugar en el universo, tiene que responderse por medio de elaboraciones mentales que estén en relación con el grado hasta el cual se encuentre adaptado a su ámbito.

Y por eso, durante muchísimos milenios el arte no ha sido más que la manifestación duradera de la magia y la religión. Así pues: ¿ideología? Sí y no.

Sí, con tal de que se defina la ideología como el conjunto de las representaciones mentales surgidas de la sociedad, incluyendo las más espontáneas, por ejemplo la del niño que representa esquemáticamente a su familia y su casa. Pero entonces se quedan fuera los dos problemas más importantes que el arte nos plantea: el del sentimiento estético y el de la eficacia duradera de las obras de arte.

El problema de la estética lo sortean los teóricos neomarxistas mandándola, a ésta también, con la ideología. Su especificidad, que por mucho tiempo ha sido tratada como el problema de lo bello, sigue sin embargo en pie, una vez que ha sido rechazada, por considerarse esta última palabra-concepto como demasiado inadecuada. Inclusive en la inversión negativa (masoquista) de ciertos aspectos del romanticismo y de gran parte del arte moderno, subsiste en la producción del placer que ha proporcionado. No cabe duda de que el sentido de lo bello y lo agradable también está socializado. Pero Kant no estaba totalmente equivocado cuando le encontraba cierta autonomía. El placer estético tiene raíces que le son propias, más profundas que lo mental, que las tiene físico-fisiológicas y sin las cuales, por cierto, el arte no podría significar. Si, por ejemplo, los colores adquieren socialmente significados simbólicos, no será esta función la que funde su valor sino, a la inversa, este valor espontáneo será el que funde las funciones que les sean atribuidas. De esa manera, el rojo ha podido ser el color del zarismo y el de la revolución; este color, que llamará la atención de cualquier niño, seguirá siendo elemento importante en cualquier cuadro refinado. Otros ejemplos serían igualmente claros, como el de la relación entre simetría y asimetría. Digan lo que digan quienes sostienen la teoría de la estética como ideología, ignorar su especificidad no dejará de ser "marxismo vulgar"

El segundo problema, al cual la teoría del arte como ideología no proporciona respuesta alguna, es el de la perennidad de ciertas obras mucho más allá de su adecuación ideológica, inclusive en el rechazo tajante de los valores que las fundamentaban como conjunto significativo.

En cuanto al marxismo auténtico, conviene dar una definición del arte que no sólo sea valedera para la estatuilla mágica, el dios más espiritualizado, el paisaje impresionista y el *ready made* de Duchamp, sino que explique, además, porqué tal o cual de esas obras sigue conmoviéndonos.

El denominador común de toda obra de arte es que *expresa*, quiérase o no; porque el cuadro más abstracto, la música más

“pura” expresan, *aunque sólo sea en hueco...* como el arte de las civilizaciones iconoclastas... y casi siempre expresan inconscientemente mucho más que figuraciones pobres cuyo contenido sea explícito.

El arte expresa y, por ende, es un lenguaje o, más exactamente, lenguajes múltiples, pero cuyo código casi nunca suele ser explícito. E inclusive, apenas puede dudarse de que la explicitación de un código artístico sea el más importante elemento de esclerosis y muerte de un arte dado. El arte expresa, pues, tanto más fuertemente cuanto que es un lenguaje cuyo código cambia con la misma frecuencia que el discurso. Y eso se debe a que el código saca su fuerza de lo que constituye la debilidad de un lenguaje práctico corriente: de su esoterismo o, por lo menos, del hecho de presentarse como un acertijo cuya interpretación acentúa su sentido a la vez que provoca el gozo del misterio descubierto y adquiere valor en sí como forma perfecta del mensaje que transmite. Sin embargo, el autor de la obra nunca conoce por completo el sentido de su mensaje cifrado, e inclusive puede ignorarlo totalmente. Y eso se debe a que el cifrado, en toda la espontaneidad que encierra, es obra del inconsciente.

Casi todos los críticos que se dicen avalados por el marxismo tropiezan con esta cuestión. Uno de los más eminentes la ha rechazado reduciendo el psicoanálisis al acto de evidenciar al Edipo del autor de la obra. Otros consideran que esa mediación es insignificante y se ven obligados a interpretar la totalidad de las obras como si su elaboración correspondiera enteramente a la conciencia clara y, por lo tanto, como si los artistas fueran ideólogos que codificasen su mensaje por capricho.

En realidad, la razón por la cual el mensaje descifrado de las ideologías se vuelve obsoleto, ilegible, ridículo u odioso, mientras que la obra de arte sigue viviente, se debe precisamente a que, por expresar al inconsciente colectivo, transmite muchísimo más que ideas: la vida tal como se experimenta con sus conquistas parciales, sus problemas, sus límites e inclusive... su crítica.

El inconsciente colectivo no existe fuera de los miembros de la colectividad. Los inconscientes individuales matizan hasta el infinito los datos que la historia y la vida social les proporcionan. Por eso, cuando el artista encuentre la autonomía individual en la sociedad burguesa, la manera en que cada inconsciente particular filtre el inconsciente social se diferenciará de modo creciente. El logro artístico dependerá entonces de la particularidad individual para expresar, con mayor agudeza, al grupo o subgrupo al que

pertenezca o al que se dirija, o ambas cosas. Y eso explica las posibles diferencias que hay entre un artista y su época. En cambio, ahí donde el encargo social impone al artista criterios y exigencias rigurosas, la mediación del individuo tiende a cero, por ejemplo en un arte como el del Tíbet donde no sólo los temas del arte (religioso) sino las formas, hasta sus más ínfimos detalles, los colores mismos y sus relaciones pletóricas de significados fijos, le son impuestos al artista sin que éste disponga de la menor posibilidad de salirse de ellos; lo que tiene por consecuencia la imposibilidad de distinguirse de otros como no sea por la perfección formal mayor o menor de la ejecución; lo cual, digámoslo de paso, reduce su contribución a lo que, en nuestro lenguaje, llamaremos estética pura, ya que de ese modo demuestra su existencia.

La obra de arte como totalización

Un cuadro de Gauguin —uno de los grandes maestros del arte moderno— se titula: *¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos?* Puede decirse que toda obra de arte es un intento de responder a esas preguntas. Y ahí tenemos lo que permite vincular ambos extremos de la contradicción de las definiciones modernas: la obra de arte es producto de un trabajo, del único trabajo cuya producción exige la colaboración de fines conscientes y de impulsos inconscientes, y se encuentra precisamente en el punto donde coinciden las intenciones conscientes y los impulsos inconscientes. La finalidad de ese trabajo es la única finalidad de un trabajo que sólo se conoce por su acierto eventual, el cual es la adecuación más o menos evidente, más o menos provisoria, a las eternas preguntas que se hace la humanidad. Más exactamente: la flecha tiene por finalidad matar a la presa, es un medio aun cuando sea objeto de ritos mágicos que le atribuyan poderes. Pero la finalidad del dios esculpido consiste en manifestar su existencia y su poder. No es el medio para obtener lo que de él se solicita; en cambio, su escultor se considerará como el medio de su surgimiento, lo cual —de manera desacralizada— expresaba también Miguel Ángel al decir que tenía que *desprender* la forma que el mármol ocultaba. Actualmente, junto a nosotros, muchísimos escultores modernos manifiestan que su precursor fue el cartero naif Cheval, que se ponía al servicio de la forma sugerida por la piedra en bruto del camino, diciendo: “La Naturaleza ha hecho la escultura; yo me hago su arquitecto y su albañil”

Precisamente porque nada que le sea extraño en su entorno responde a la pregunta del hombre: “¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos?”, las respuestas que a sí mismo se da —y eso sin llegar a las eras históricas— sólo podían antojársele como procedentes del más allá, como revelaciones, y eso con mayor razón puesto que las respuestas se imponían con la evidencia de los resplandores súbitos. Ese sentimiento, que ha llegado hasta muy cerca de nosotros en forma de inspiración, no tiene nada de charlatanería (por lo menos, no en sus formas originales) sino que es la expresión inmediata de la relación del hombre con su inconsciente cuya estructura es histórica y social. En ese sentido, es correcto plantear la obra de arte auténtico como totalización de un saber y de una utopía, forzosamente puesta sin cesar en tela de juicio por el movimiento de la historia y, por consiguiente, constantemente vuelta a cuestionar.

Antes del arte (en el sentido propio), la divinidad aparece como si dictara, es la que restituye como un eco el orden social proyectado en su fuera-del-mundo. Para comprender este paso primitivo del arte basta con meditar sobre las artes espontáneas que nos rodean: el arte de los niños, de los auténticos naïfs, de los enfermos psíquicos. Esos reflejos del mundo, que en ocasiones pueden alcanzar la más alta calidad plástica, manifiestan clara y simultáneamente, por lo general, la potencia de las determinaciones inconscientes de la obra de arte, el carácter social de la estructuración de ese inconsciente y la espontaneidad de la preocupación estética. Los “autores” de esas obras nunca tienen una clara conciencia de las motivaciones que ha tenido la elección de sus temas, del valor que otorgan a los elementos representados de su universo, del carácter histórico de éste y, cuando tienen una teoría (a menudo rudimentaria) de sus opciones estéticas, ésta suele ser pocas veces estética y muy a menudo ideológica (valor de los colores, proporción de los elementos figurados, etc.).

Como en cualquier obra de arte, las obras de los niños, de los naïfs y de los locos son proyecciones totalizadoras de su mundo, modeladas por las particularidades de su psiquismo. Las principales diferencias de fondo entre tales obras y otras cuyo código está altamente elaborado (digamos, por ejemplo, la representación esculpida de un dios), consisten en que, por una parte —en el primer caso— las totalizaciones son pobres de contenidos y, a la inversa, la individualización de las representaciones es ampliamente dominante aunque poco original (composición orgánica que no impide, cabe señalarlo aquí, la capacidad de resonancia de masa que tales obras pueden tener); y por otra parte, en que la realiza-

ción estética espontánea pocas veces proporciona al espectador el sentimiento de plenitud que da la obra que expresa la culminación de cada momento histórico del arte; a pesar de que, en este último caso, la totalización es a la vez compleja y refinada, mientras que la mediación del autor, aunque esencial, tiende a borrarse en su cohesión con el inconsciente social, y la ejecución manifiesta una destreza que, no obstante ser personal, concreta todo el saber y el saber-hacer de una cultura.

Antes del arte (en el sentido moderno de origen burgués de la palabra), el arte es aquello en lo cual el hombre se sorprende más de sí mismo. Por consiguiente, quien se revela (a sí mismo y a los demás) capaz de crear una obra no lo experimentará como su expresión propia sino como poder de expresar al grupo social. Y en efecto, eso es. Tanto más cuanto que la individualización psicológica y la diferenciación cultural son fenómenos relativamente modernos, y que, a la inversa, la creación de obras que hoy nos parecen artísticas responde, entonces y por mucho tiempo, a un pedido social preciso y cuidadoso en que la calidad estética está subordinada o, más exactamente, implicada como evidente, como la forma necesaria del contenido. Y el autor tendrá por mucho tiempo la función social de hechicero o sacerdote.

Las primeras artes conocidas son anteriores a las sociedades de clases propiamente dichas. Y expresan entonces al grupo social entero. Pero lo esencial de las artes que podemos estudiar en su relación con la sociedad es que son artes que, bajo formas religiosas o por lo menos sacralizadas, expresan a clases dominantes, al sistema del mundo y a la estructura social tales como los han elaborado dichas clases.

Algunos ejemplos separados por inmensos espacios de tiempo demostrarán cómo, de maneras infinitamente distintas, podían totalizarse sistemas sociales en obras cuyo acierto plástico es tal que sigue fascinándonos.

Una etnia africana ha reproducido en muchísimos ejemplares una extraña escultura cuya base es un cráneo humano bajo una forma circular labrada en que se sostiene una pequeña forma humana cabeza abajo, con brazos y piernas extendidos. Por encima de ese círculo hay un pájaro. Lo que a primera vista podría antojarse un conjunto reunido por la imaginación es, en realidad, un sistema cosmogónico de la mayor riqueza puesto que cada parte de la escultura está cargada de significado: el cráneo es el del antepasado que es la muerte y el elemento tierra en que reposa. Sobre él se encuentra el elemento agua que se yergue bajo la for-

ma de la vida física del niño en el vientre de su madre; el pájaro representa al elemento aire y al espíritu. Esta explicación, en términos que se refieren a nuestros conceptos filosóficos occidentales, empobrece el carácter de vinculación dinámica del conjunto, y, sin el menor lugar a dudas, de sus resonancias para quienes participan en ese sistema. Pero la armonía de la construcción, su equilibrio, vale para nosotros y nos prepara para la riqueza de su significación alcanzada mediante una sorprendente economía de medios.

Conocemos todos los dioses egipcios, animales o de rostro animal. Sabemos que ese panteón fantástico reúne lo que podría calificarse como dioses-tótem de las ciudades reunidas en el doble imperio del alto y el bajo Egipto (cuyos símbolos están igualmente reunidos en los adornos del faraón), y que su jerarquía, variable en las representaciones pintadas o esculpidas, manifiesta en realidad predominancias político-religiosas. Todo el arte egipcio se encuentra sometido de ese modo al sistema, extremadamente complejo, de los signos del poder sacralizado que ordena los conjuntos. Ahí también, la adecuación de la invención plástica con fines ideológicos se sale de éstos, llega a lo más profundo, y así es como nos alcanza.

Demos un salto hasta mediados de la Edad Media: en Gante, el retablo del Cordero místico, obra de los hermanos Van Eyck, representa igualmente todo un sistema del mundo y la sociedad que funda la jerarquía terrestre de las clases sobre la del cielo que la reproduce. La maravillosa perfección formal de esa obra manifiesta a la vez un momento de equilibrio inestable entre la joven burguesía y el mundo feudal en decadencia, y la culminación de un arte que pronto desaparecerá. Como imagen del universo feudal, resulta apasionante comparar ese retablo con obras que representaban la pirámide social más antiguamente, y cuyas variaciones son paralelas a las de las relaciones de fuerza entre clases sociales. Para nosotros, esa obra restituye un momento del pasado humano, pero en forma más profunda, sensual y por ende humana, que cualquier bloque de documentos históricos.

Mas ¿cuál es la relación entre los movimientos de la historia y las modificaciones de las concepciones estéticas?

Periodos de arte y ciclo de las clases

Por lo menos, se puede desprender una importante ley que pro-

porciona una base para la comprensión de los periodos del arte: cada nueva sociedad de clases produce un primitivismo artístico que no debe considerarse de manera peyorativa sino en el sentido de una expresión primera, sin tradición o rompiendo con una tradición o distorsionando una tradición anterior, y cuya espontaneidad de la forma es comparable en algo a la de la infancia —lo cual justifica, por cierto, la idea de infancias históricas, con la condición de que se entienda “infancias”, en plural, como infancias renovadas de sociedades y no como desenvolvimiento único de la humanidad a la manera positivista.

Luego, cuando esa sociedad alcanza un alto grado de equilibrio social en la armonía entre el nivel de sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción, mientras la clase dominante desempeña el papel progresivo que la hace surgir y todavía no experimenta las manifestaciones de la lucha de clases como una amenaza contra su existencia, el sentimiento profundo de la concordia social y la buena conciencia se reflejan en el arte en lo que por extensión se puede llamar: un *clasicismo*.

Si ese equilibrio social se paraliza por la incapacidad en que está una clase dominada para sacudir sus cadenas y erigirse abiertamente como candidata a la dominación social, el arte se paraliza igualmente en lo que pudiera llamarse —también por extensión— un *academismo*.

Pero cuando la lucha de clases trastorna profundamente a la sociedad sin que la clase dominada que afirma su fuerza subversiva pueda aún derribar a la antigua clase dominante, las convulsiones sociales se expresan entonces en arte por medio de lo que —aquí mediante una extensión, más insólita aún que las anteriores, de un término fechado históricamente al recibirse su acepción— llamaremos un *barroquismo*, el cual también puede conocer cierta academización durante un periodo de reflujo.

Las artes que llamamos “barrocas” están producidas por artistas al servicio de las clases dominantes pero que, más o menos inconscientemente, no pueden dejar de expresar las contradicciones sociales, lo cual se traduce antes que nada en sus obras mediante combinaciones formales contradictorias (aunque con posibilidades frecuentes de resultados fascinadores a causa de la reflexión formal de contradicciones vivientes).

El arte, pues, se desarrolla constantemente, partiendo de primitivismos, en un balanceo más o menos rápido entre clasicismo y barroquismo, lo que Apollinaire ha traducido de manera admirable al expresar la fórmula: “esa prolongada pugna entre el or-

den y la aventura” —de la cual probablemente no vio el fundamento social, ya que el orden y la aventura también pueden congelarse en el entumecimiento de una rigidez cadavérica o en las muecas de los días de barbarie.

(Traducción de Leonor Tejada.)

Michel Lequenne— Ha publicado artículos en *L'Unité* (periódico sindical), colaborado en la versión francesa de las obras de Cristóbal Colón (Madrid, 1980), y en la revista *Satellite* con una crónica sobre los “precursores de la ciencia ficción” que integrará un libro: *Défense de l'Utopie*. Ha participado en la filmación de *Setubal, ville rouge*, en Portugal, y en dos cortometrajes: *Le peintre Jean Pons* y *La mort de León Sedov, fils de Trotsky*. Sus críticas literarias para la *Revue de la IV^e Internationale* han versado principalmente sobre las obras de *samizdat* traducidas al francés; desde 1974 se encarga de la sección de crítica de arte en *Rouge*, y desde 1975 es redactor de *Critique communiste*.

**Este libro se terminó de imprimir en los
Talleres EDIGRAF S.A. Delgado 834,
Buenos Aires, República Argentina,
en el mes de mayo de 1985.**

Cuadernos del Sur

ALBERTO SPAGNOLO • Argentina: la transición y sus problemas

CARLOS ABALO • Notas sobre la economía argentina durante la crisis de los años ochenta

PEDRO VUSKOVIC • A propósito del texto de Raúl Sendic

JOSE MIGUEL CANDIA • Argentina: proceso militar y clase obrera

JOHN HUMPHREY • La fábrica moderna en Brasil

JAIME OSORIO • Chile: Estado y dominación

CRISTINA LAURELL • Crisis y salud en América Latina

MICHEL LEQUENNE • Arte, historia y sociedad